

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

CRÓNICA



Martín Caparrós
Alfonso Gumucio Dagron
Alejandro Zambra
Héctor Abad Faciolince
Rodrigo Soto
Karla Suárez

Horacio Castellanos Moya
Ignacio Vidal-Folch
Rodrigo Rey Rosa
Segisfredo Infante
Malva Flores
Gioconda Belli

Víctor A. Mojica
Renée Ferrer
Jorge Eduardo Benavides
Eduardo Lalo
Ramiro Sanchiz
José Balza

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

Avda. Reyes Católicos, 4
CP 28040, Madrid
T. 915838401

Director

JUAN MALPARTIDA

Redactora

Verónica Delgado Mayordomo

Administración

Magdalena Sánchez

magdalena.sanchez@aecid.es

T. 915823361

Suscripciones

María del Carmen Fernández Poyato

suscripcion.cuadernoshispanoamericanos

@aecid.es

T. 915827945

Imprime

Solana e Hijos, A. G., S. A. U.

San Alfonso, 26

CP 28917-La Fortuna, Leganés, Madrid

Depósito legal

M.3375/1958

ISSN

0011-250 X

Nipo digital

109-19-023-8

Nipo impreso

109-19-022-2

Edita

MAEC, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación
AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación

Josep Borrell Fontelles

Secretario de Estado de Cooperación Internacional
y para Iberoamérica

Juan Pablo de Laiglesia y González de Peredo

Directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ana María Calvo Sastre

Director de Relaciones Culturales y Científicas

Miguel Albero Suárez

Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural

Pablo Platas Casteleiro

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, fundada en 1948, ha sido
dirigida sucesivamente por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José
Antonio Maravall, Félix Grande, Blas Matamoro y Benjamín Prado.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales:

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic
American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en el catálogo
de la Biblioteca.

La revista puede consultarse en:

www.cervantesvirtual.com

www.cuadernoshispanoamericanos.com

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

CRÓNICA

CRÓNICA

- 2 **Prólogo** *Miguel Albero* – Tiempo de crónicas
- 4 *Martín Caparrós* – Patagonia *fashion*
- 12 *Alfonso Gumucio Dagron* – Crónica en tierra Chipaya
- 24 *Alejandro Zambra* – La biblioteca o la vida
- 32 *Héctor Abad Faciolince* – Ballenas, palmas y pájaros
- 40 *Rodrigo Soto* – Verde que te quiero verde o cómo se convirtió Costa Rica en un «paraíso ecologista»
- 52 *Karla Suárez* – La Habana
- 60 *Horacio Castellanos Moya* – El Salvador: éxodos, retornos e ilusión
- 70 *Ignacio Vidal-Folch* – Escuela de tolerancia
- 82 *Rodrigo Rey Rosa* – Carta abierta al Santo Padre
- 100 *Segisfredo Infante* – Nueva mirada. Sobre el mestizaje hondureño
- 110 *Malva Flores* – Salir de la ratonera
- 120 *Gioconda Belli* – ¿Cuántos tiranos alcanzan en una vida?
- 130 *Víctor A. Mojica* – Gilma
- 140 *Renée Ferrer* – Insularidad y ostracismo, una constante de la historia del Paraguay
- 150 *Jorge Eduardo Benavides* – ¿Y a usted qué le gusta más, el ceviche o la causa?
- 160 *Eduardo Lalo* – Puerto Rico «Huracánópolis»
- 170 *Ramiro Sanchiz* – La sobrevida
- 180 *José Balza* – Venezuela 2019

Tiempo de crónicas

Por Miguel Albero



Que la crónica es hoy un género en alza, en un momento donde los géneros literarios parecen difuminarse, es un hecho incontestable. Que para encontrar hoy la mejor literatura en español hay que acudir a la crónica es, más que un hecho incontestable, una afirmación arriesgada, pero no demasiado hiperbólica. O sólo un poco hiperbólica.

Claro que estos cronistas de hoy no se atienen a la versión canónica de la crónica, la que nos dice que estamos ante la descripción de hechos históricos en orden cronológico. A veces, el relato no es cronológico; otras, ni hay orden, pues la confusión de géneros se da también dentro del género, y hoy la crónica es también cajón de sastre, donde cabe de todo, lo único importante es que el cronista sepa enganchar al lector. Dice Martín Caparrós en *Por la crónica*, que «la magia de una buena crónica consiste en conseguir que un lector se interese en una cuestión que, en principio, no le interesa en lo más mínimo». Pero sí hay un elemento común, la presencia en estos textos de los hechos ciertos; es decir, esa cuestión, además de suscitar interés, debe estar conformada por hechos, aquí los hechos priman sobre la ficción. Y es que, en un mundo donde la ficción ha invadido impertinente el territorio antes consagrado a los hechos, la literatura, que antes era el terreno natural de la ficción, se consagra entusiasta a éstos y también al yo, el otro género en alza. En definitiva, a buscar desesperada la verdad, esa cosa tan difícil de definir, y que en España tiene al menos una definición, ella sí incontestable. Nadie puede decirnos que la verdad no existe, porque *La Verdad* es un periódico de Murcia. Ésa sí que es una verdad con mayúscula. Y, por si fuera poco, los domingos lleva suplemento.

Pero, por hablar de otra verdad, aunque sea con minúscula, verdad es que es en América donde este género ha hecho furor, donde se dan sus mejores exponentes. Por eso *Cuadernos Hispanoamericanos* ha querido rendirle homenaje con este número monográfico, y con un Festival en México, donde reuniremos a algunos cronistas de relumbrón. Pasen y lean, ya verán que se interesarán por cuestiones que, en principio, no les interesan lo más mínimo.

Patagonia *fashion*

Por Martín Caparrós



«Hay una cosa que yo lamento en la vida», le dijo hace unos años Deng Xiaoping a un amigo periodista. La entrevista ya se había terminado: conversaban. Deng medía un metro y medio y, sentado en el borde de su sillón floreado, los piecitos no le llegaban hasta el suelo. Pero era el emperador que había introducido la economía de mercado en China y reinaba sin disputas sobre mil doscientos millones de personas; seguramente tenía más de una cosa que lamentar en la vida. «Soy viejo, ya sé que nunca podré ir a la Patagonia. Me pesa. Desde chico, cuando leía las historias de Magallanes y de Darwin, siempre pensé que alguna vez iría. Pero claro, uno nunca decide», dijo Deng, casi triste: era otra víctima del mito.

El mito de la Patagonia es uno de los más resistentes en estos tiempos en que los mitos duran poco. Libros, películas, sueños, marcas de los artículos más variados llevan muchos años vendiéndose gracias a él. Pero no hace tanto que algunos multimillonarios avisados descubrieron que el mito mismo estaba en venta.

En la primera tranquera una mujer me para y me pide que me identifique. Le digo que me esperan, chequea, me abre el paso:

–Tiene que seguir este camino, sin desviarse, hasta la casa.

El camino privado avanza veinticinco kilómetros entre bosques de Bambi, ríos de calendario, una cascada que cae noventa metros y ninguna persona. El paisaje del noroeste patagónico es una combinación de lagos suizos con montañas himalayas y arboledas canadienses: la Argentina. Todo muy salvaje hasta que aparece, de pronto, una llanura de césped cortado a mano que va a morir al lago y, majestuosa, al fondo, una mansión *beverly hills*. En el césped remolonean ñandúes, guanacos, teros, llamas y variopintos patos; las truchas, obedientes, en el agua. Todo, hasta las hojas secas del otoño austral, pertenece a Joe Lewis.

Joe Lewis es un financista *british* que tiene residencia en Bahamas, casas en Florida, un *yacht* siempre listo que navega alrededor del mundo y la casa más lujosa de la Patagonia –que terminó hace tres años pero ya está en obras–.

–¿Tuvieron que refaccionar?

–No, estamos ampliando.

–¿No alcanzaba?

–Acá nunca alcanza.

La casa tenía dos mil quinientos metros cuadrados –y sólo seis camas–. Ahora le están construyendo una piscina cubierta

con motores para nadar contracorriente, un simulador de golf y algunos *gadgets* más. Los que trabajan para Lewis dicen que su frase favorita comprende una palabra sola: «Sorpréndanme». Y ellos hacen todo lo posible aunque no es fácil.

En la casa principal ya hay alfombras como colchones persas, internet satelital, sillones versallescos, ventanas al edén y varios cuadros que parecen Picassos pero quizás no sean; en la propiedad ya hay canchas de fútbol, *hockey*, vóley, un hipódromo chico, establos para cien caballos, cien caballos, setenta empleados y los alerces más antiguos al sur del Ecuador.

«Atención, atención, en el camino del lago hay dos faisanes... difuntos», le comunican a mi guía por radio.

El lago fue la piedra de la discordia: en la Argentina los cursos de agua son públicos y, teóricamente, cualquiera puede acceder a ellos. Pero las tierras que rodean al lago Escondido son completamente Lewis, que tiene derecho a que nadie se las camine: un huevo del que sería lícito comerse la yema, pero sin tocar la clara. La cuestión produjo declaraciones, condenas, movimientos y está paralizada: Lewis dice que si la provincia quiere abrir un acceso al lago, que construya un camino; la provincia dice que no tiene dinero. Alrededor hay unos treinta y dos mil acres de tierras sin usar. Cuando le pregunto si las explotan de alguna manera, el administrador, un excampeón argentino de *ski*, me mira casi alarmado: «No, acá la única explotación es el placer... del dueño».

El dueño llega, un par de veces al año, en su *jet* privado con sus dos chefs privados y su secretaria privada y algún hijo o nieto privados hasta el aeropuerto público de Bariloche, cien kilómetros al norte, y se toma su helicóptero hasta su hogar del sur. Joe Lewis y su lago Escondido son el emblema de la Patagonia *fashion*.

La corrida empezó a mediados de los noventa. En esos días la Argentina parecía segura, y el mundo mucho menos. La Patagonia se ofrecía como una de las últimas fronteras: un enorme territorio mítico lleno de naturaleza virgen, y vacío –casi vacío– de habitantes: un millón de personas en un millón de kilómetros cuadrados, la población de Dallas en la superficie de Colombia. Un espacio fuera del espacio de este tiempo. La corrida tenía antecedentes reputados: 1901, por ejemplo, cuando Butch Cassidy y el Sundance Kid, dos bandoleros americanos, decidieron perderse en los desiertos del extremo sur –y dieron ocasión a una película y a más de una canción–. Aunque ahora no se trataba de esconderse de la justicia de los hombres, sino de sus posibles

injusticias: las amenazas del desastre nuclear, por ejemplo, o los bandidos modernos o los periodistas fisgones nunca estarán tan lejos como aquí, en el fin del mundo.

Pero el problema surgía de la ventaja: la distancia. Sólo los muy ricos podían pensar en tener su casa de fin de semana a miles de kilómetros de sus circuitos habituales –y eso era, para ellos, un beneficio adicional: mantenía la privacidad de un *country club* donde nadie entraba a menos que pudiera comprarse nueve o diez mil acres de lagos y montañas. Así llegaron Lewis, el empresario de aviación Joe Wells, el matrimonio cristalero Swarovski y, con ellos, una excitación nunca vista en estas tierras. Los vecinos de Bariloche y alrededores empezaron a ver figuritas del *jet set* detrás de cada pino. Sylvester Stallone, por ejemplo, se convirtió para el público y los medios en el dueño de una finca maravillosa.

–Pero Stallone no tiene tierras acá: ni siquiera conoce la región.

Me dijo un periodista local.

–¿Y entonces por qué se habló tanto de sus tierras?

–Porque al público le gusta escuchar ese tipo de cosas, y a los periodistas nos gusta inventarlas.

El fundador del canal de televisión CNN, Ted Turner, y su señora Fonda, en cambio, eran muy reales y su finca, La Primavera, más aún. «Sí, me compré unas tierras porque en Estados Unidos no hay temporada de pesca en enero», dijo hace un par de años el potentado de las gorras de béisbol. Había pagado seis millones por once mil acres de belleza y lo consideraba una bico-ca: era menos que la paga anual de su *pitcher*, peor pago en los Atlanta Braves. Su finca en el valle del Traful es una gran reserva de caza y pesca para un solo hombre; en su casa, Turner guarda sus trofeos: entre ellos, una de las mayores cornamentas –de ciervo– que la región ha producido.

–Sí, ellos conservan la flora y la fauna, son muy ecologistas.

Me dijo un exgobernador de la región que me pidió reserva de su nombre.

–El problema es el mismo que suelen plantear los movimientos ecológicos: pareciera que para preservar ciertos ecosistemas hay que excluir de ellos a los hombres. Y eso sería imposible en los países ricos, donde la tierra vale demasiado. Entonces, al final, nosotros funcionamos como reserva natural al precio de nuestro propio desarrollo. Acá la naturaleza se conserva, pero los hombres no.

«No sabe lo que fue la negociación por las tierras que compraron los Benetton», me dirá después Federico Van Ditmar, el agente inmobiliario más potente de estas tierras, que llevó adelante la operación. Los Benetton intentaban otro tipo de negocio: querían hacerse con enormes extensiones de la tierra menos espectacular –la estepa que se extiende entre los Andes y el océano– para criar ovejas que proveyeran sus fábricas de lana.

«Se pasaron dos años discutiendo con los dueños anteriores, los Paz y los Menéndez. Acá las grandes estancias no se venden por el tamaño, sino por la cantidad de ganado que pueden alimentar. Entonces las negociaciones eran interminables», me contará Van Ditmar, un personaje extraordinario: mole de carne en movimiento. Van Ditmar nació hacia 1935 en Rotterdam, donde su padre dirigía un diario que tuvo que abandonar ante la invasión nazi. La familia consiguió un campo en la provincia argentina de Córdoba: allí Federico creció entre vacas, cabras y gauchos hasta que fue contratado por una misión de la Nasa que instaló una estación para detectar el paso de satélites rusos por el cielo austral. Después Van Ditmar hizo muchos oficios hasta que recaló en Bariloche como agente inmobiliario.

«He hecho muchas operaciones, pero ninguna tan difícil como ésa. Cuando los Benetton pidieron una muestra de lana para probar en su fábrica, los argentinos les mandaron una cajita así, dos o tres kilos. ¡Imagínese la sorpresa de los tanos!».

Al final, los Benetton pagaron unos treinta y siete millones por aproximadamente un millón doscientos mil acres que, según Van Ditmar, valían si acaso veinticinco, pero después los vendedores argentinos no quisieron pagarle su comisión. Los Benetton siguieron comprando: ahora, con dos millones de acres—más de trescientas mil ovejas, mil toneladas anuales de lana—, son los mayores propietarios de tierras argentinas. El segundo, George Soros, también tiene lo suyo por aquí: en 1995 su empresa argentina pagó trece millones de dólares por el mejor hotel de la región, el Llao Llao, un inmenso chalet cinco estrellas construido hacia 1930 que se ha convertido en la rampa de lanzamiento: en él suelen parar los que vienen a comprar el mito.

Comprar y vender tierras en la Patagonia no suele ser fácil. Para empezar, está el problema de los títulos de propiedad. En estos confines todavía quedan muchas tierras fiscales, que los pioneros ocupan a punta de pistola; si logran conservarlas durante veinte años, pueden reclamar la propiedad. La pistola es necesaria: los pioneros se apropian de espacios confusos que, a

menudo, ya tenían ocupantes; muchos de ellos eran mapuches, los indios de la zona –que se quejan, sin mayor escucha, de que les están sacando lo poco que les queda–.

Joe Lewis les compró sus bosques y montañas nevadas –por unos tres millones– a los trece hermanos Montero. Tras la venta, la gente de Lewis recibió la visita de una patrulla de la Gendarmería Nacional –la policía de fronteras argentina–.

«¿Y les parece que ahora vamos a poder entrar en este valle?», preguntó, melindroso, un gendarme muy recio. Los Montero lo tenían cerrado y en los pueblos cercanos la gente cuenta que debían varias muertes: entre ellas, la de uno de los hermanos y su esposa. Las malas lenguas dicen que ella era bruja y la mataron para acabar con sus hechizos; las buenas, que fue un asunto de ganado. En cualquier caso, así es la ley de esta frontera: las muertes siempre quedan en el saldo deudor y el *default* es la regla; la única forma de cobrarlas es con otras muertes. Que, suele ser, también, una forma común de conseguir más tierras.

El lago Epuyén es un fin posible del mundo, uno de los más bellos. Para llegar al lago hay que andar docenas de kilómetros por caminos de piedra que suben y bajan montañas entre bosques de pinos sombríos como aquel olvido. En el lago el silencio es perfecto: olitas, el viento entre los árboles. No es fácil encontrar con quien hablar en el lago Epuyén. Al cabo de un buen rato, me cruzo cinco gauchos con tres o cuatro perros y dos vacas: están empezando a juntar la hacienda suelta en los bosques porque mañana tienen que marcarla. Entonces les pregunto por el asesinato de la familia Cseh.

(Verónica Schuttoff de Cseh tenía tenía años; su hijo Esteban, cuarenta y cinco: los dos –junto con la otra hija, Marcela– eran dueños de cuatro mil acres sobre el lago hasta que aparecieron muertos a golpes de hacha en la Semana Santa de 1997. Poco después, Marcela vendió las tierras por muy poco dinero a un empresario de la capital de la provincia con buenos contactos políticos. El crimen nunca fue realmente investigado.)

–Vaya a saber, don. Acá ya no se sabe nada. Hubo una época en que sabíamos, pero ahora ya no. Hay demasiada gente que quiere nuestras tierras. Y con lo fácil que resultan las muertes...

La Argentina está confusa, y el tema de las tierras patagónicas no es una excepción. En estos días resuena con fuerza, por un lado, el discurso de la líder política con más aceptación en las encuestas, la diputada de centroizquierda Elisa Carrió: «Hay que pararlos, ya nos sacaron todo y ahora se vienen por nuestras

tierras», suele decir ante cada micrófono; «ellos», en este caso, se refiere a indefinidos capitales extranjeros. El discurso prende y, para muchos, las tierras a las que alude son, sobre todo, patagónicas. De ahí las reacciones contra ciertas compras forasteras.

Pero, por otro lado, se multiplica la sensación de que la Argentina no tiene destino y que, por lo tanto, su destino puede ser cualquiera. Hace unos días un diario de Neuquén, la primera ciudad del norte de la Patagonia, publicó una encuesta: el cincuenta y tres por ciento de los neuquinos cree que la región debería independizarse del resto del país –y, entre ellos, casi el ochenta por ciento de los jóvenes–. En medio de todo esto, la segunda ola de la Patagonia *fashion* ya se está formando.

Un círculo de corderos crucificados rodea el fuego. Más allá, peñones increíbles cribados de agujeros y rematados en agujas: el capricho de algún dios borracho. El lugar se llama Valle Encantado y para llegar a la finca de Federico Van Ditmar –tierras, peñones, sus cavernas– hay que atravesar el río Limay en barca. Los corderos llevan horas asándose: Van Ditmar los prepara con delectación para dos clientes recién llegados de Francia.

«Yo tengo que vender sueños, el mito de la soledad, el infinito, el fin del mundo», me dice Philippe, el empresario de Béziers que está por cerrar la compra de «tres mil hectáreas –seis mil ochocientos acres– de paraíso» cerca de Esquel, unos doscientos kilómetros más al sur, por un millón de dólares. En su país, Philippe construye casitas junto al mar con cuarenta metros de jardín, pero aquí piensa hacer dos docenas de chacras de cuarenta hectáreas cada una para venderlas por doscientos cincuenta mil dólares a «dueños de supermercados, notarios, industriales medianos de Alemania, Francia, Estados Unidos: gente que tiene el dinero suficiente como para pagar una parte de sus sueños, aunque no tanto como para comprárselos enteros».

«Las casitas del Mediterráneo son el sueño industrializado: les vendés el sol, la costa, el pescadito con su vino blanco. Acá les puedo vender el sueño de los sueños: la naturaleza intocada, el gran espacio por conquistar, el mito. ¿Vos viste lo que es esto?», me dice Philippe, y que lleva años pensándolo pero que éste es el momento: la baja del «costo argentino» –la gran devaluación de estos últimos meses– hace que ahora sea no sólo posible, sino también barato.

«Sí, el negocio funciona, pero no todo es tan fácil»–dice Van Ditmar, costilla de cordero exquisito en una mano– «Hay demanda, pero ahora hay muchos que no quieren vender porque no

sabrían qué hacer con la plata. Acá ya nadie cree en los bancos, así que no puede ponerla en una cuenta, ni tampoco se puede invertir en este ambiente de inseguridad. Y además tienen la sensación de que están vendiendo algo único: el que vende es porque está fundido, porque no tiene más remedio». Y se sonríe: no me lo dice, pero los dos sabemos que los fundidos, penosamente, son legión. Así que los extranjeros siguen llegando, comprando paraísos impensables.

«Yo nunca vi algo como esto. Acá cada hombre se siente el primer hombre, el amo de la creación», me dice Philippe, y no es el único. Es sólo un buen representante de esta segunda ola de la Patagonia *fashion*, la llegada de los que no pueden tener todo un lago para ellos solos, los que no llegan al orgullo de aquel millonario americano: «¿Usted sabe lo que es poder decir esa montaña es mía?».

Muy pocos en el mundo lo saben; muchos se lo imaginan. Entonces los que pueden vienen y compran Patagonia, y reinventan el mito.

(Argentina)



Crónica en tierra Chipaya

Por Alfonso Gumucio Dagron

No muy lejos aparecieron las dunas de arena. Con el sol que declinaba en el horizonte, las dunas eran de miel y parecían moverse lentamente en el vaivén de sus propias sombras. El barniz dorado las mostraba cálidas, pero el frío que se colaba por las rendijas de las puertas del *jeep* indicaba que la temperatura exterior ya había caído por debajo de cero grados.

Pasa siempre en estos páramos del altiplano: cuando el sol está arriba hay que cuidar incluso el cuello porque el reflejo del sol es traicionero. Y cuando se esconde al final de la tarde, es mejor enfundar chompas y chamarras hasta el día siguiente. En todos nuestros viajes anteriores a Chipaya dormíamos vestidos porque no era suficiente el peso de cuatro o cinco frazadas en el albergue.

«Vamos a pasar las dunas» anunció el chófer del *jeep*, a tiempo de mover la palanca de doble tracción. Ya sabíamos lo que se aproximaba: un estrecho paso de unos cien metros de largo entre dos dunas grandes. Había que acelerar y cruzar los dedos. Casi siempre lográbamos pasar cuando el chófer maniobraba con habilidad. Lo otro era dar un rodeo de un par de kilómetros que nos haría llegar muy tarde al pueblo. Además, la excitación de desafiar a las dunas movía adrenalina en el pecho. Al regreso, dentro de varios días, tendré que buscar en internet lo que realmente es la adrenalina y por qué creo que está en el pecho.

El *jeep* aceleró para entrar al callejón de arena. El chófer maniobraba el volante para que las ruedas ya gastadas del viejo vehículo no le jugaran una mala pasada. Pero le jugaron una mala pasada: aceleró demasiado y una de las llantas traseras se hundió en la arena.

Bajamos del *jeep* para hacer menos peso. Cuando Marco sacó el trípode y la cámara le pedí que se instalara sobre la duna más alta para registrar un plano fijo del atardecer. El sol se estaba ocultando detrás de una cadena de cerros distantes y los teñía de un rojo intenso, como una cortina de sangre. Sólo en el altiplano la levedad del aire permite ver tan lejos con tanta nitidez. De pronto, el paisaje austero se transfigura, nadie diría que ahí la tierra se niega a dar frutos. Mientras la escribo me parece que la palabra frutos es excesiva porque sugiere colores, aromas, sabores jugosos. Esta tierra ya no da siquiera quinua, no da un pequeño brote de nada.

El chófer acelera de nuevo pero es peor, el vehículo se inclina a un lado y las dos llantas de la izquierda se entierran en la arena hasta que el eje topa. Mientras Marco planta bien el trípode

para que el viento, que ahora sopla fuerte, no mueva la cámara, los otros tres hacemos lo imposible para sacar al *jeep* de su trampa. Metemos la gata para elevar el chasis pero la propia gata se hunde, necesitamos una tabla, algo que sirva de base. Caminando por los alrededores, con la arena que se mete en los ojos, encontramos unas ramas secas y unas cuantas piedras para incrustarlas detrás de las ruedas hundidas. Intentaremos la maniobra hacia atrás, donde el suelo es un poco más duro.

El sol ya cayó definitivamente, por hoy. Mañana surgirá del lado opuesto para llevarse el frío. Pienso en todos los viajes a Chipaya anteriores a éste y en el documental que comencé a filmar meses atrás sobre el proceso autonómico de la nación Uru Chipaya. Tenía que ser una visita de dos días, unas cuantas entrevistas, y veinte minutos de resultado para cumplir con el contrato. Pero algo pasó desde el primer viaje. Algo que esta crónica tratará de describir sin mucho artificio, apenas esbozando el universo de sentimientos y sensaciones que se mezclan en el proceso de filmar este documental. Éste, y no otro.

Una crónica tiene la ventaja de no ser un reportaje periodístico, sino un relato cuyo valor reside en la carga testimonial. En otras palabras: nadie puede contarlo de la misma manera porque probablemente habría muchas maneras de contarlo. Las crónicas son historias subterráneas que, muchas veces, son despreciadas en las salas de redacción porque no son información, al menos no la que puede sintetizarse en titulares de dos líneas. Aquí no vale la apreciación a primera vista. La crónica obliga a comprometerse porque toca la intimidad de los hechos y de las personas.

El cronista es como un antiguo juglar o narrador tribal que cosecha fibras de relatos individuales para convertirlas en tejidos colectivos. Eso requiere de observación paciente y despojada de prejuicios. Lejos de la altanería de nuestro ejercicio como periodistas que lo saben todo, la crónica se llena de ganas de aprehender la realidad. La noticia va por otro lado, fría y urgente. Las historias de los cronistas son subjetivas y se componen con momentos de vida que el lector tiene que armar como una colcha de retazos.

Finalmente, todos empujamos y el *jeep* logra subirse a las piedras y retroceder unos metros fuera de la arena. En estos casos, serían útiles esas cadenas que se usan en los países donde nieva, pero aquí rara vez nieva, aquí congela y la humedad es escasa. Las bajadas de temperatura son abruptas, pasan por cero

grados a menos cinco o menos diez en pocos minutos. Ahora, por ejemplo, que ya es de noche y no hay luna.

En el segundo intento, tomando velocidad desde más lejos, el *jeep* pasa por el callejón de las dunas con las luces encendidas. Filmamos esa escena porque es bella y porque quizás la usemos en algún momento del documental. Luego seguimos camino hacia el último puente antes de llegar a Santa Ana de Chipaya, el pueblo cercano a la frontera con Chile donde se han reducido a sobrevivir las familias de esta nación que alguna vez fue grande y que, a través del tiempo, fue arrinconada en este páramo desolado.

Si siguiéramos todas sus reglas, el documental se parecería a un ensayo o a un reportaje, pero esta vez será una crónica por su carga testimonial. Desde un principio, me di cuenta de que no podía mirar desde afuera el proceso de los indígenas chipaya, ya estoy adentro, ya me metieron ellos en sus historias, en sus proyectos y en sus sueños. Por eso regreso cada vez, con la excusa de que me falta filmar algo, de que el documental no puede terminarse sin el testimonio de alguien más.

Regreso a este lugar que parece tan alejado de todo, más por la vida que llevan sus habitantes, que por las distancias que hay que recorrer para llegar. Cada vez se repite nuestro trayecto desde La Paz: subimos muy temprano en el Teleférico Amarillo hasta Ciudad Satélite, en El Alto. Ahí tomamos un taxi que en pocos minutos nos lleva a la calle donde estacionan los autobuses que salen hacia Oruro, que en Bolivia se llaman «flotas». No importa cuál sea la empresa, lo que queremos es subir a la que ya esté saliendo, porque aquí no hay horarios fijos, sino aproximados. Una flota donde los ayudantes vocean «ya sale, ya sale», puede tardar todavía una hora en salir, ya conocemos la treta. Lo mejor es mirar a través de las ventanas si ya están casi llenos los dos pisos del autobús, y si quedan menos de diez asientos compramos el pasaje de veinte bolivianos y subimos. Tres horas a Oruro, donde nos espera un *jeep* o camioneta del Tribunal Electoral Departamental para llevarnos hasta Chipaya, otras tres horas. Entre paradas y retrasos, es todo un día de viaje.

La parte informativa de esta historia tiene que ver con la política, con el discurso, con la historia, con la economía. Todo eso está en los informes y el documental lo mencionará apenas. Hay que remontarse en la historia para entender muchas cosas. Muy atrás para decir que la nación Uru Chipaya es una de las más an-

tiguas de América del Sur. Y más cerca, para decir que el proceso autonómico tiene menos de diez años de antigüedad.

Y aquí entra el relato político, como telón de fondo de la crónica.

Entre la tentación centralista del gobierno de Evo Morales (que ocupa el poder desde el año 2005) y los procesos autonómicos que desde 1994 fueron ganando terreno gracias a la Ley de Participación Popular, se instaló un debate nacional cruzado por consignas políticas pero también por la genuina decisión de naciones indígenas, territorios y municipios de acceder a formas de autogobierno reconocidas por la Constitución Política del Estado de 2009.

Desde entonces se avanzó mucho en el reconocimiento de la voluntad social de comunidades indígenas cansadas de ser manipuladas por partidos políticos que no dejaban ningún margen al ejercicio de formas de democracia ancestral, en desuso o debilitadas por la imposición de protocolos de gobierno occidentales, dependientes de un poder central y modelados según formas electorales ajenas a las tradiciones.

Así se abrió una puerta a las autonomías indígenas que quisieran acogerse a la posibilidad de autogobernarse y recuperar sus formas históricas de organización, con menos interferencia del Estado, aunque recibiendo los mismos recursos que antes recibían las alcaldías. Hubo cabildos, discusiones y votaciones en las que tres comunidades optaron por la autonomía indígena originaria: Charagua Iyambae en la zona guaraní del oriente, Raqaypampa en el valle central de Cochabamba, y Uru Chipaya en el altiplano, al norte del Salar de Coipasa.

Se presentó entonces la oportunidad de registrar en forma audiovisual esos procesos autonómicos y fue el de Uru Chipaya el que me tocó realizar. Para un director de cine documental era una ocasión única de escribir visualmente la historia mientras ésta estaba ocurriendo.

La comunidad Chipaya es emblemática por razones que se irán revelando en la crónica. No quedan más de cinco mil miembros, dispersos en el noreste del altiplano boliviano, muy cerca de la permeable frontera con Chile. Tan permeable, que los chipaya la cruzan de ida y vuelta como si no existiera. Muchos viven la mayor parte del año en ciudades del norte chileno, donde trabajan como albañiles o agricultores, a falta de tener trabajo en su país. Bolivia los expulsa, así de simple, al mismo tiempo que en la retórica se enorgullece de su historia, su lengua ya contaminada

y su típica vestimenta de pesados ponchos blancos rayados con delgadas hebras de color.

Toda democracia es una construcción colectiva. Como la memoria, la cultura y la comunicación, la democracia no es un episodio ocasional sino un proceso permanente cultivado, irrigado, alimentado todos los días para que sus raíces se afirmen, para que su follaje se despliegue vistoso y para que sus frutos puedan ser compartidos. La edificación del imaginario democrático me parece más el tejido de una red que la cimentación de una construcción rígida y vertical. En el tejido importa más la diversidad de texturas y de colores que la precisión de las líneas o el peso de la plomada.

Está equivocado quien confunda un proceso democrático con una sucesión de eventos electorales. Si bien estos tienen que ver con el ejercicio de una opinión vinculante, no garantizan el fortalecimiento de un proceso que sólo se consolida en la medida en que suma cotidianamente una multiplicidad de acciones colectivas, de comportamientos ciudadanos que apuntalan un ideal de convivencia con pleno ejercicio de todos los derechos.

En estas cosas iba pensando en el *jeep* cuando aparecieron las luces de Santa Ana de Chipaya, la pequeña «capital» del nuevo proceso autonómico. Esas consideraciones y expectativas también fueron discutidas a fondo en los cuatro *ayllus*, entre autoridades tradicionales, ancianos y mujeres. Todos suelen participar sentados en el suelo sobre cueros de oveja, mientras pasan, de una mano a otra, bolsas de plástico verde transparente de las que van tomando un puñado de hojas de coca para *acullicar*. El acto ritual de quebrar las hojas de coca y ensalivarlas no es propiamente una masticación. No se usan los dientes sino la lengua para darle vueltas al bolo de coca en el carrillo de la boca, hasta que se vuelve pastosa.

Como en ocasiones anteriores, nos alojamos en el albergue en las afueras del pueblo, administrado por Crimaldo Quispe, que llegó en su moto casi al mismo tiempo que nosotros al ver que las luces del vehículo se aproximaban. El albergue tiene cuatro cabañas, cada una con dos habitaciones con tres camas. Las cabañas las hicieron reproduciendo el modelo de las viviendas tradicionales de los chipaya, aunque en el pueblo ya no hay ninguna de éstas, y sólo se encuentran cuando uno sale a los terrenos. Crimaldo asignó las camas y preguntó, como siempre, si queríamos sólo desayuno o los tres tiempos de comida. Optamos por lo último porque la señora a la que llaman para cocinar cuan-

do hay visitas tiene muy buena mano. Bueno, la verdad sea dicha: además no hay en el pueblo ningún otro lugar para comer, apenas una tienda donde solemos sentarnos a tomar mate de *lampaya*, una hierba que crece en los arroyos.

Este proceso autonómico lo he acompañado durante meses, observando con atención en las reuniones y conversando con los amigos chipaya, de modo que me ha servido para profundizar en la reflexión sobre la democracia participativa. Para ellos y para mí, es un aprendizaje.

La historia muestra que los procesos democráticos se alimentan de acciones cotidianas que consolidan la capacidad asociativa ciudadana, con base en la toma de conciencia sobre el papel que cumple cada individuo y cada grupo en el andamiaje de esa casa para todos, cuyos muros son permeables y cuyo techo protege a la colectividad.

Si bien es una responsabilidad del Estado hacer prevalecer eso que llamamos democracia, su ejercicio efectivo depende de la participación de todos. La apatía y la abstención sólo producen democracias frágiles, mal alimentadas, anoréxicas. Las democracias vigorosas se distinguen por su vitalidad en la opinión pública, en el debate y también en las calles. Aquí en Santa Ana de Chipaya las calles suelen estar vacías. Al recorrerlas, uno ve los candados cerrados en las puertas de las casas. Muchos se han ido a Chile a trabajar y regresarán sólo para los tres o cuatro eventos importantes del año. El más importante de todos: el campeonato deportivo en el que participa toda la comunidad, varones, mujeres, niños. Es el espacio de socialización más importante de los cuatro *ayllus*. Luego, las fiestas de fin de año, los carnavales y alguno que otro evento político. Chile está más cerca que La Paz, de manera que los que trabajan allá pueden venir rápidamente cuando es necesario.

La cena está lista. Es un placer llegar luego de un viaje tan cansador y encontrar una sopa espesa y caliente, con pan hecho localmente, sin levadura. Paulino Condori, el *Qhastan Yoqztan qamñi zoñi* (autoridad máxima de la nación Uru Chipaya), se une a nosotros para la cena. Nos acompaña en la mesa pero no come con nosotros. Hablamos del programa de los próximos días, como lo hemos hecho otras veces. Paulino se encargará que convocar a las personas. Ha sido nuestro anfitrión y nuestro enlace durante meses, incluso nos hemos reunido durante sus visitas a La Paz, que son frecuentes.

Esta vez ha habido una preparación previa porque al día siguiente en la noche proyectaremos en el salón del Colegio Santa Ana, en la plaza principal, la película semidocumental *Vuelve Sebastiana*, realizada en 1953 por Jorge Ruiz, pionero del cine boliviano. Ruiz tuvo la iniciativa personal de hacer esa película de veintiocho minutos de duración en un momento en que Santa Ana de Chipaya era aún un pueblo con todas las características arquitectónicas tradicionales: las casas circulares con el techo en punta. No había una plaza central lastimada por el cemento, como hay ahora. Ruiz, que no había cumplido aún treinta años de edad, llamó a su amigo Luis Ramiro Beltrán, seis años más joven, para que escribiera una historia, y se fue a filmarla con otro cómplice de toda la vida, Augusto Roca, hábil con las manos para hacer funcionar equipos testarudos y precarios.

Ya entonces había en este trío de jóvenes cineastas una idea de la democracia concebida como inclusión y participación. Eso me lleva a pensar cómo la producción cultural –y, en particular, el cine, por ser un espejo tan concreto de la realidad– puede contribuir en la construcción de procesos democráticos: apela a la memoria, a los sentidos y a la afectividad. También el cine de ficción o la novela pueden ser instrumentos de análisis histórico o sociológico tan válidos como los ensayos e investigaciones científicas, porque representan la realidad con una fuerza que a veces supera la mirada descriptiva. Y ahí vuelvo a encontrar los valores de la crónica: la capacidad de revelar el silencio y de sacar a la luz aquello que los ciudadanos quieren olvidar demasiado pronto, cuando no han cerrado aún las heridas y no se han reconstituido los tejidos sociales rotos.

Definitivamente, estamos filmando una crónica cinematográfica parecida a la que hicieron Ruiz y Roca siete décadas antes, aunque el sesgo de ellos era etnológico, como exigían esos tiempos del cine documental. La fuerza del cine-crónica radica no tanto en el discurso de la voz que explícita, sino en lo que se sugiere a través de las miradas de los sujetos. El cineasta propone y el espectador enriquece su imaginario a partir de la experiencia propia y del conocimiento que se genera en el diálogo entre la propuesta fílmica y las necesidades individuales y colectivas de los espectadores.

Sigo dándole vueltas estas ideas mientras me hundo debajo de las frazadas, sin poder conciliar el sueño. Mañana será un día muy importante para todos. Para los chipaya en primer lugar, porque Paulino ratifica que, salvo dos o tres de ellos que han te-

nido oportunidad de verla en La Paz, nadie en el pueblo ha visto la película de Ruiz y Roca en casi siete décadas; para nosotros, los cineastas que ya hemos visto el cortometraje muchas veces, porque queremos leer en los rostros las reacciones de los más viejos, de las mujeres, de los más jóvenes. Para todos será una experiencia inolvidable y, por supuesto, la vamos a filmar.

No es indispensable haber vivido en carne propia una experiencia para tener una memoria de ella. El cine ayuda a incorporar los hechos en nuestro imaginario como un filtro que permite darle un valor a las representaciones que configuran la identidad, la cultura y el conocimiento. Y no hay conocimiento si no se construye con base en valores propios.

El amanecer en Chipaya es luminoso, siempre. No recuerdo ningún viaje donde no haya saltado de la cama para esperar el sol. En viajes anteriores nos levantábamos aún de madrugada para llevar el trípode y la cámara a algún punto desde el cual podríamos filmar una panorámica de los cerros distantes, entre ellos el Tata Sabaya, donde los antiguos Uru Chipaya realizaban sus rituales. A las seis de la mañana, cuando los primeros rayos asoman apenas en el horizonte, ya está un grupo de jóvenes jugando fútbol en la cancha que queda cercana al cementerio.

Hacemos tomas dentro del cementerio, donde vemos entrar a un grupo de hombres y mujeres tambaleantes que se recogen luego de una noche de alcohol. El alcohol, como escape, es común en todas las comunidades indígenas, una costumbre adquirida sobre la que solamente tienen influencia las sectas evangélicas que han ido desplazando a las prácticas católicas. Recorremos el cementerio con la cámara hasta llegar a la parte más alejada de la entrada, donde hay un pequeño cuarto en el que se mezclan montones de botellas rotas, papeles y osamentas. Es como el cementerio del cementerio, donde van a parar los que ya no tienen siquiera una tumba. El cementerio de Santa Ana de Chipaya tiene una característica excepcional: es perfectamente circular. Uno no se da cuenta hasta que no lo mira desde la altura. Pudimos hacerlo con un dron que nos permitió realizar las tomas finales del proceso de elección de nuevas autoridades. Pero eso sería más tarde, en otro viaje.

El día transcurre en reuniones y entrevistas. Buscamos a los dirigentes de los cuatro *ayllus* para hablar con ellos y asegurarnos de que su gente estará en la proyección de la película esa noche. Somos conscientes de que ha habido roces entre los *ayllus*, eso es normal, es parte de la historia no narrada. Hablamos con Tito

Quispe, *jilaqata* mayor del *ayllu* Wistrullani, con René Lázaro Mollo, segunda mayor del *ayllu* Aranzaya, y con Ezequiel Mamani Condori, *jilaqata* mayor del *ayllu* Manazaya y su esposa Julia Felipe. En un viaje anterior, filmamos una escena en su casa, mientras desayunaban con su hija pequeña, y luego fuimos a las afueras del pueblo para filmar otra escena que permitiera ver la topografía del lugar, los ríos cada vez menos cargados de agua. Con ambos he desarrollado en estos meses una linda amistad, al punto que Julia está tejiendo para mí un poncho chipaya, algo que no es usual, ya que son muy celosos de su vestimenta tradicional. En otra escena que será clave en el documental, Ezequiel y Julia explican frente a la cámara las características de cada una de las prendas que visten. No dudo sobre el valor que eso tendrá para la propia memoria de los chipaya dentro de un par de décadas.

Donde no llegamos a ir esta vez es al *ayllu* Aymaravi, que está alejado del pueblo, aproximadamente a treinta o cuarenta minutos, dependiendo del estado del camino. Allí hay otro buen amigo, el *jilaqata* mayor Adrián Quispe Condori. Nos aseguramos con Paulino que le hayan hecho llegar el mensaje sobre la proyección, y algunos afiches pequeños que enviamos con anticipación y que ahora están pegados en algunos lugares transitados del pueblo.

Aymaravi no sólo es un *ayllu* muy aislado, sino quizás el que más ha sufrido los cambios de clima en décadas recientes. Medio siglo atrás, el *ayllu* tuvo que reconstruir sus casas a unos kilómetros de donde estaban antes. En su historia se habla de tres traslados forzosos por sequías o inundaciones, los dos extremos del cambio climático. Todavía quedan las ruinas del último traslado junto al río Barras, que hoy ya no inunda las tierras para sembrar; está completamente seco, a pesar de las ceremonias que cada año realizan el 3 de enero llamando a la lluvia. Todo esto nos mostró y contó Adrián en una visita anterior, y quedará como testimonio en el documental.

La sala está repleta media hora antes de la proyección. Las autoridades ocupan la primera y segunda fila. Mis colegas instalan el proyector de video para proyectar sobre el muro, a falta de una pantalla adecuada. Se apagan las luces y comienza la historia narrada por Jorge Ruiz: Sebastiana, una niña de diez años de la comunidad Chipaya sale a pastar ovejas y, de pronto, se aleja demasiado de las tierras chipayas e ingresa en territorio aimara. El comentario en *off* nos dice que los aimaras fueron cercando a

los chipayas hace muchos años, despojándolos de sus tierras. La situación no ha cambiado hasta hoy.

Sebastiana encuentra en su caminar a un niño aimara. Duda en acercarse, tiene algo de temor. En su comunidad le han dicho que se cuide de los aimaras. Pero el niño parece inofensivo, se acerca a ella y comparte su comida con Sebastiana, maravillada de ver papa, chuño y mote, delicias que ella no prueba casi nunca. Paulino se llama el niño aimara y la invita a acompañarlo a su pueblo.

Mi mirada no está en la pantalla, está en la audiencia. En primera fila está Sebastiana Kespi (ahora Quispe), la niña de la película de Jorge Ruiz, que ahora tiene setenta y seis años, y Paulino Lupi, de la misma edad, que interpreta al niño aimara. Ambos tienen la mirada fija en la pantalla, aunque a ratos intercambian algunas palabras. El resto de la audiencia, todas las autoridades de los *ayllus*, están fascinados por la película de Ruiz y Roca.

Hasta hace pocos meses ninguno de los que ha escrito sobre el cine boliviano había reparado en la existencia de Paulino porque se presumía que era aimara y «quién sabe qué habrá sido de él». Pero en un viaje anterior, conversando con Sebastiana, le pregunté por él: «No es aimara», me dijo sonriendo traviesamente. «Es del *ayllu* Manazaya, vive en la esquina de la plaza». La emoción de ese descubrimiento me hizo cruzar rápidamente las tres cuadras que separan la casa de Sebastiana de la plaza. Ya frente a Paulino (ahora López, ya no Lupi) sentí una inmensa satisfacción y no pude contenerme de darle un abrazo antes de comenzar a conversar. La memoria de Paulino está mejor que la de Sebastiana. Recuerda bien que él y ella fueron escogidos porque Jorge Ruiz preguntó al maestro de la escuela quienes eran los mejores alumnos.

Termina la proyección con la nota triste que había introducido en el guión Luis Ramiro Beltrán: alarmados en Chipaya porque Sebastiana no ha regresado en todo el día, el abuelo decide ir a buscarla y la encuentra, pero en el camino de regreso fallece de agotamiento. Se encienden las luces y en los rostros también hay luz. Los comentarios giran en torno a cómo han cambiado los trajes, los peinados, las casas. Todos los detalles han pasado por la criba memoriosa de los ancianos, mientras que los jóvenes se sorprenden al descubrir una página desconocida de su propia historia.

Al día siguiente, temprano, recogemos a Paulino y a Sebastiana, y nos vamos a filmar con ellos en las afueras del pueblo.

Les muestro unas cuantas fotos de la película en las que aparecen juntos y les pido actuar de nuevo las mismas escenas. Es un momento mágico, no tanto para ellos como para nosotros, los cineastas. Nos damos cuenta de que estamos cerrando un círculo de la memoria y de que el documental quedará como un referente histórico para los chipaya, una crónica visual sobre su identidad y su cultura.

Esta crónica personal dentro de la crónica colectiva me hace reflexionar sobre lo que durante años he desarrollado en el campo de la comunicación participativa: la distinción entre *productos* y *procesos*. Mientras que, con frecuencia, la investigación sobre cine se ocupa de las películas, en el cine comunitario son más interesantes los espacios, los procesos testimoniales y la recuperación de la memoria. Es en el proceso de hacer la crónica filmada que reforzamos nuestra noción de interculturalidad.

(Bolivia)



La biblioteca o la vida

Por Alejandro Zambra

«Mi patria es mi hijo y mi biblioteca», dijo alguna vez Roberto Bolaño, y yo quisiera decir exactamente lo mismo, pero ya no tengo una biblioteca, la regalé: hace tres años, poco antes de venirme a México, decidí donar todos mis libros a la universidad donde trabajaba. Si la biblioteca es la patria, pienso a veces, en plan de melodrama, yo renuncié a las dos.

El deseo de posesión parece una fuerza incontrarrestable, pero igual abundan los motivos para desprenderse de una biblioteca personal: la falta de espacio, las mudanzas, el arrebato filantrópico, la proximidad de la muerte, por ejemplo, además de otras razones menos precisas y tal vez desconocidas para el propietario, como son el hartazgo, la depresión y la estupidez.

En mi caso, todos esos motivos se combinaron y confundieron: la biblioteca que había acarreado y protegido desde la adolescencia de pronto se me volvió una especie de cementerio y ninguna de las coartadas habituales para justificar la acumulación de libros –necesidades profesionales o emocionales, coleccionismo, síndrome de Diógenes, etcétera– fue lo suficientemente poderosa como para liberarme de esa sensación.

En realidad, la falta de espacio no fue gravitante. En un principio, la ausencia de muebles adecuados generaba un paisaje como de torres aguantando el derrumbe, pero luego hubo más sitio, quizás demasiado: mi casa no era grande para una familia, pero cuando esa familia dejó de existir se hizo inmensa para mí y para mi perra Sardina y mi gata Oscuridad e incluso para los amigos que también acababan de separarse y se peloteaban la pieza de invitados. La biblioteca siguió creciendo al ritmo de una enredadera en el trópico pero igual quedaba espacio para colgar en la pared principal, por ejemplo, una hermosa foto del poeta Jorge Teillier que me regaló el fotógrafo Miguel Sayago.

La única vez que conté mis libros eran noventa y dos ejemplares, todos leídos y buena parte de ellos releídos. Veinte años después, en la inminencia de la despedida, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de contarlos, pero luego recibí una tablita de Excel con el inventario, realizado pacientemente por los bibliotecarios de la universidad: tres mil seiscientos treinta y cuatro libros. De manera que, entre los veintiuno y los cuarenta y uno, acumulé tres mil quinientos cuarenta y dos libros, o para ponerlo en cifras más inteligibles, en veinte años mi biblioteca se multiplicó 39.5 veces. Otra manera de procesar los datos, quizás la que más me impresiona: durante esas dos décadas, cada 2.03 días llegaba un nuevo libro a las estanterías.

Es de pésimo gusto jactarse de los bienes materiales, incluso si hablamos de libros, pero supongo que hacerlo en retrospectiva,

desde este presente medio franciscano, aminora la falta. A veces me descubro mirando estúpidamente la tablita de Excel, como un empresario arruinado que revisa, con melancolía, antiguas cartolas del banco. Mi grado de arrepentimiento es variable: hay días en que, al recordar esos libros perdidos, me viene el orgullo y hasta pienso, con indulgencia, en mi presunta generosidad, o visualizo a algunos queridos exalumnos trajinando felices en los anaqueles, pero también me pasa que simplemente desconozco a la persona que tomó esa decisión tan espléndida como idiota. Extraño algunos libros en particular pero también los extraño a todos en general, incluso los no pocos ejemplares que nunca llegué a leer o que sé que nunca hubiera releído.

Por cierto, mientras especulaba con la idea de –tal vez éste sea el verbo exacto– desembarazarme de mi biblioteca, iba acumulando más libros, lo que no es tan raro, como sabemos los fumadores, que solemos fumar aún con más ganas cuando hablamos del proyecto impostergable de dejar de fumar.

2

Una mañana, a comienzos de 2016, promediando el año que pasé en Nueva York, mi amiga Blanca me llamó desde Santiago para contarme que estaba embarazada, y después de las preguntas y felicitaciones de rigor terminamos hablando de coches de guagua, un asunto sobre el cual yo no sabía nada, pero ella y Daniel –el futuro padre– lo sabían o parecían saberlo todo: habían estudiado escrupulosamente las posibilidades hasta dar con el coche ideal, pero dudaban de comprarlo, porque en Chile costaba casi el doble que en Estados Unidos.

En un raptó de generosidad del que luego me arrepentiría largamente, me ofrecí a llevarles el coche yo mismo, dentro de algunos meses, cuando volviera a Santiago. Blanca se negó de plano, pero noté la ilusión en su voz (ahora pienso que quizás la impostaba, porque es actriz). No me costó convencerla (o a ella hacerme creer que la había convencido): esa misma noche compraron el magnífico *stroller* y yo no reparé en el lío en que me había metido sino hasta una semana más tarde, cuando unos afligidos señores de Amazon dejaron dos cajas enormes en el *living*.

Por supuesto, no podía presentarme en el aeropuerto con esas cajas, era necesario armar el coche y facturararlo como una maleta más. Dejé pasar unos días hasta que llegó desde Chile mi amigo Rodrigo que, con esa pasión incomprensible que siente alguna gente por el desembalaje y armado de aparatos, destinó

su primera tarde en Nueva York a armar el cochecito que, desde entonces, quedó en un rincón, en la paciente espera del viaje.

–¿Y el bebé? –me preguntó una operadora colombiana de *Latam*, seis meses después.

Su tono era de mera curiosidad, pero igual me puse nervioso.

–El bebé viaja con su mamá –le respondí, dignamente.

–¿Y es juicioso?

–Sí –le dije, sin saber lo que me preguntaba, porque entonces ignoraba esa curiosa manera colombiana de preguntar si un niño se porta bien.

–¿Y por qué no viajan juntos?

–Porque no queremos que *Jacinto* –fue el nombre que me salió– pierda a sus dos padres simultáneamente. Se fueron en el vuelo de ayer.

Partí a la puerta de embarque pensando en padres volando al encuentro de sus hijos, y lamenté una serie larga de horrorosos accidentes imaginarios. Traté de dormir en el avión, pero el ánimo sombrío me hizo acordarme de mi perra, que acababa de morir, a los diez años: mi amigo Puppó había pasado unas semanas atroces entre la casa y la clínica veterinaria. Era una quiltro grandulona y bienhumorada que agradecía cada paseo vespertino con un jadeo raro de alegre cansancio.

«¿Y la guagua?», me preguntó el taxista unas horas más tarde, en Santiago. «No hay guagua», le respondí, cortante.

El hombre me miró como disculpándose, aunque su pregunta era pertinente, acabábamos de acomodar en la maleta de su auto tres bultos pesadísimos y el todavía flamante *stroller* que –gracias a un obsesivo entrenamiento en la víspera del viaje– yo manipulaba con destreza, como si fuera un padre acostumbrado a armarlo y desarmarlo a cada rato.

Lo primero que hice al volver a casa fue abrazar a Oscuridad. Después de un año lejos, esperaba que se me resistiera, que me castigara unos días, pero me aceptó con naturalidad, como si nunca me hubiera ido. Luego comprobé la ausencia de Sardiña –el patio demasiado silencioso, sus platos arrumbados junto a una bolsa casi llena de Eukanuba– y me tomé un café horrible en el *living* mientras miraba de pie las estanterías. Ya casi había decidido deshacerme de la biblioteca, y si me quedaban dudas en ese momento se disiparon: sentí que esos libros no me pertenecían, que lo único mío en esa casa eran mi gata y mis maletas y ese cochecito de guagua que no era mío.

A la semana siguiente fuimos al veterinario. Me parecía que Oscuridad rebosaba de salud, pero no era así, al contrario: murió a los pocos días. Inmediatamente después de enterrarla en el jardín, comencé a embalar mis libros, como si hubieran sido suyos, cosa por lo demás razonable, porque a lo largo de diez años –los mismos que mi perra: nunca fueron amigas pero a veces se echaban juntas a tomar el sol– Oscuridad había dormido en casi todos los rincones de la biblioteca y hasta la había defendido alguna vez de otro gato que, como el más camorrero de los críticos literarios, solía colarse en casa con el exclusivo propósito de mear algunos libros.

3

Llevábamos unas semanas instalados en la Ciudad de México, cuando nos enteramos del embarazo. Convencido de que un padre debe al menos proyectar la ilusión de saberlo todo, durante los primeros meses emprendí frenéticos paseos por la colonia para memorizar los nombres de las calles, y estudiaba también, con una calma tremendamente falsa, los nombres de los árboles y de las plantas y de los pájaros.

Por las noches, me concentraba en la búsqueda de la carriola perfecta (me cambio a la palabra mexicana, porque la paternidad ha sucedido, para mí, casi exclusivamente en mexicano). A veces pasaba hasta dos horas frente a la pantalla peinando el mercado: comparaba modelos, leía reseñas, veía entusiastas y probablemente falsos videos vivenciales en YouTube. La carriola de Blanca y Daniel estaba, naturalmente, en mi lista corta, pero también pensaba en otros modelos más portátiles y, por lo tanto, compatibles con los eventuales viajes a Chile, que en mi imaginación serían numerosos.

Tanto vitrineo fue, por desgracia, improductivo, porque una tarde una tía de mi esposa nos trajo una carriola de regalo. El modelo ni siquiera figuraba en mi *ranking*. Se la agradecí con los dientes apretados.

4

Tenía ya dos terremotos chilenos en el cuerpo, pero no estaba en lo absoluto preparado para enfrentar uno en esta ciudad que ni siquiera los chilangos de nacimiento conocen bien. Buscaba la estabilidad de los nombres y la seguridad de los mapas y encontré, en cambio, un inventario de edificios destruidos que no tuve que estudiar, porque se impuso por sí mismo, con la habitual elocuencia del desastre. El terremoto, sin embargo, tuvo el efecto extraño de hacerme sentir simultáneamente más mexicano y más chileno. El día que nació mi hijo –no puedo evitar formular esta

frase implícita: el día más feliz de mi vida— sentí que llevaba años en esta casa que, de algún modo, siempre había estado aquí, y que esta ciudad esquiva, caótica, inabordable y plagada de contradicciones, me pertenecía.

Durante los primeros paseos como conductor del caballo regalado, quise hacerme a la idea de que la carriola no estaba tan mal, pero la verdad es que era pésima: pesaba más que un yunque, costaba girar y, al subir una cuesta, era inevitable acordarse del pobre Sísifo. Aunque intentaba burlarme de mi arribismo, cuando me topaba con algún modelo especialmente deseable me sorprendía batallando contra la envidia. No sé nada de autos, soy ciego a su presunta belleza, pero supongo que mi envidia era similar a la que siente el conductor de un vehículo destartado al cruzarse con esos autos soberbios de los futbolistas exitosos o de los empresarios chupasangre. Por fin, una noche mi esposa se quejó amargamente de la carriola, y yo conduje el diálogo para crear la sensación de que la idea de conseguir otra era por entero suya.

Solíamos ver en el bosque de Chapultepec a un vendedor de burbujas de jabón que transportaba su mercancía en un desvencijado cochecito, así que le regalamos el nuestro, que recibió con gratitud, aunque me dio la impresión de que tampoco le pareció gran cosa.

5

Cuando me preguntan si me gusta vivir en la Ciudad de México me sale un sí rotundo y eufórico, pero en realidad respondo a otra pregunta: me gusta muchísimo nuestra vida aquí, adoro el minucioso desafío de la felicidad, y me encanta compartir la alegría de mi hijo cuando aprende palabras que para mí también son nuevas —*ahuehuate*, *chimeco*, *chirundo*—, o suelta frases como «adiós amigo quesadilla» o imita la forma de caminar de las ocas. No vine a este país buscando a Pedro Páramo, pero aquí me convertí en padre y ya no puedo separar ambas experiencias. Mirar la ciudad desde lejos sería para mí, ahora, casi imposible; sería como mirar a mi hijo desde lejos.

Cuando me preguntan si extraño Chile me sale un monosílabo y luego un flujo incontrolable de frases confusas. A veces respondo que no, y es mentira: lo que quiero decir es que en la Ciudad de México encontré un súbito arraigo y el inmerecido premio de volver a empezar y me resulta difícil imaginarnos transplantados a Chile. Pero la mayoría de las veces respondo que sí, que extraño Chile; que casi todo el día dialogo con Chile y no quisiera nunca concebir mi país como un lugar distante o perdido o imaginario.

Porque advierto esos peligros. Pienso en mi lengua chilena detenida en el tiempo, mezclada, arrinconada, pienso en el vertiginoso y explosivo problema de las palabras propias. Pienso en los exiliados y en los migrantes como si pudiera comprender mejor sus vidas. Es un sentimiento falso, porque desde luego no soy un exiliado y aunque técnicamente soy un migrante con sus papeles al día, no me vine a México a buscar mejor suerte sino porque me enamoré de una mexicana y decidimos vivir aquí y tener un hijo aquí.

Durante buena parte del año la diferencia horaria entre Chile y México es de tres horas, lo que me genera la sensación cotidiana de atraso; me levanto muy temprano, pero en Chile ya son las ocho y media o las nueve. Gracias a una aplicación que permite retrasar los programas, retrocedo el tiempo para sincronizarlo con México. Es un milagro módico –lo verdaderamente milagroso sería que la aplicación permitiera adelantarse en el tiempo– que me proporciona una cierta serenidad, como si fuera normal escuchar las noticias urgentes con tres horas de retraso.

Por lo demás, escuchar las noticias chilenas es parte de la rutina diaria de mi hijo desde sus primeros días de vida. Mientras su madre, en la cama, procura construir la sensación de que ha dormido bien, nosotros, en el *living*, saludamos al sol y al retrato de Jorge Teillier (que sí me traje desde Chile) y a un elenco inestable de peluches, y leemos cinco o seis veces el libro de moda (actualmente es fan absoluto de *Paco y el rock*, de Magali Le Huche: la primera palabra que dijo esta mañana fue, de hecho, *¡¡¡rock!!!*). Y mientras hacemos todo eso suenan de fondo las noticias chilenas del pasado inmediato. Luego vienen unos minutos de independencia: el niño va a los anaqueles y manipula los libros, que en sus manos se convierten en legos gigantes, y me acerca algunos sonriendo, como si me los recomendara. Los anaqueles que alcanza corresponden a las letras *r* y *s* de los libros en lengua inglesa: mucho Salman Rushdie, David Sedaris, Rebecca Solnit y Susan Sontag.

Como se ve, de nuevo vivo en una biblioteca, la de mi esposa, que en algunos segmentos se parece a la que yo tenía, aunque en lugar de criarse con traducciones leyó desde chica ediciones originales en lengua inglesa, por lo que a veces, al mirar las estanterías, tengo la impresión de que ésta es la versión original de la biblioteca que tenía yo con subtítulos. Me gusta mirar los anaqueles, imaginarla leyendo esos libros, encontrar subrayados y fotos, y comprobar que nunca cayó, como me pasó a mí, en el *tsundoku*: nunca acumuló más libros de los que podía leer. La suya es, por

lo demás, una biblioteca excelente salvo por la ausencia, para mí sonora, de literatura chilena.

Siempre leí mucha literatura chilena, pero ahora que los libros chilenos escasean hago todo lo posible por conseguirlos, sobre todo los de mis amigos o «semiamigos» o conocidos, mi familia literaria, con esos primos en segundo grado y esas numerosas abuelas y tíos y padrastros y hasta esos ocasionales enemigos con quienes de todos modos comparto algo, no sé qué: un plan, un deseo, una forma de bailar. Acumulo algunos libros, son realmente pocos y me resisto a contarlos, pero seguramente tengo la mejor biblioteca de poesía chilena de la colonia San Miguel Chapultepec.

6

Tenía miedo de que mi hijo creciera creyendo que «chile» era nada más que el nombre mexicano del pimiento, pero no ha sido así. Fuimos a Santiago cuando él tenía sólo siete meses y de vuelta en casa, cuando le preguntábamos por el viaje, imitaba a unas gallinas chilenas que lo impresionaron vivamente. Después vino una variante inesperada de la chilenidad, todo un caso para el fantástico doctor Winnicott: en vez de pedir la teta con la palabra *chichi*, como hacen los niños mexicanos, mi hijo acuñó el neologismo *chichile*.

Ahora tiene un año y medio, y habla todo el día y cuando le pregunto cuál es su país responde que Chile, lo que me llena de bobalicona satisfacción, pero quizás he exagerado el adoctrinamiento, porque cuando le pregunto dónde vivimos también responde que vivimos en Chile. Y cuando lo subo a su carriola y le pregunto dónde vamos, él responde, con la cara llena de risa, que vamos a Chile.

Me gusta esa idea: vivimos en un país llamado Chile y vamos en carriola hacia un país también llamado Chile para encontrarnos con unas gallinas. La carriola nueva, a todo esto, está muy buena: es liviana, cómoda y versátil, y cuenta con un bolsillo enorme donde caben, además de la pañalera, una buena cantidad de libros. Quizás mi escuálida colección de libros chilenos cabría entera en esa carriola y podría yo armar una biblioteca ambulante, pero ya no quiero prestarlos ni venderlos ni mucho menos regalarlos.

Esta tarde, después de almuerzo, partimos al bosque y cuando el niño se quedó dormido estacioné la carriola frente a un ahuehuete y me senté en el pasto a leer a esos poetas chilenos que admiro y extraño tanto. Quiero hacer eso todos los días.

(Chile)

Ballenas, palmas y pájaros

Por Héctor Abad Faciolince



¿Qué es la naturaleza? ¿Una aliada o una enemiga? ¿Algo que tenemos la obligación de conquistar y dominar? ¿O más bien una parte de nosotros mismos –animales humanos– que debemos contemplar y tratar de entender, con ojos al mismo tiempo curiosos, científicos y reverentes? La historia de la humanidad es, en buena medida, la historia de nuestra relación con la naturaleza, es decir, la historia del lugar que el *homo sapiens* se atribuye frente a ella. Una cosa es situarse por encima de la misma (como seres no naturales sino divinos, hechos a imagen y semejanza de Dios) y creer que nuestro destino consiste en doblegarla y plegarla a nuestro antojo y beneficio. Otra muy distinta es sentirse parte de un todo, y reconocer que, como entes naturales, ella nos determina y nosotros la afectamos.

La revolución cultural más profunda del siglo XIX fue el golpe al orgullo humano que nos propinó la teoría evolucionista de Darwin: el hombre no es un caso aparte en la cadena de la vida, ni el centro de la creación, sino un mamífero vertebrado más, pariente lejano de las vacas y las ratas, y primo hermano de los gorilas, los chimpancés y todos los primates. Pero las teorías de Darwin, a su vez, no son otra cosa que el desarrollo ulterior de la mirada y las observaciones de otro gran científico naturalista, Alexander von Humboldt, que lo precedió en los mismos territorios, y que fue quien guio los pasos del inglés durante el viaje del *Beagle* por América del Sur. Uno de los pocos libros que Darwin llevó en su expedición de cinco años fue la *Personal Narrative* de Humboldt.

Precisamente sobre Alexander von Humboldt acaba de abrirse, en el Museo de Arte de la Universidad Nacional de Bogotá, una exposición extraordinaria: *La naturaleza de las cosas*. Con la curaduría impecable de Halim Badawi, la muestra nos hace entender cómo un solo hombre, este gran naturalista alemán, le enseñó al mundo entero –y, sobre todo, a nosotros mismos– a mirar con ojos atónitos y maravillados la naturaleza del trópico. Antes de este gran científico, el último de los ilustrados y el primero de los románticos, la naturaleza se consideraba como un contrincante que debía ser avasallado aun a costa de su destrucción. A partir de él (en compañía de otro gran botanista y sabio, José Celestino Mutis) la zona tórrida dejó de ser el reino monstruoso de la desmesura o de la decadencia. Buffon, por ejemplo, había sostenido que el clima malsano de los trópicos producía seres inferiores, y lo demostraba por el hecho de que en América los leones no tuvieran melena –el puma– y los machos humanos carecieran de barba –los indígenas–. Humboldt modificó radicalmente estas observaciones superficiales, racistas y cargadas de prejuicios. Las regiones equinocciales, para él, eran más bien el laboratorio ideal

para entender mejor cómo intervenían la geología, la geografía, la biología e incluso la política en el destino del mundo. De ahí que Simón Bolívar llamara a Humboldt, con razón, «el descubridor científico del Nuevo Mundo, cuyo estudio ha dado a América algo mejor que todos los conquistadores juntos».

Humboldt fue, entre otras cosas –al maravillarse con el esplendor y la diversidad de los pájaros de los Andes–, uno de los fundadores de la ornitología. También fue el primero en señalar la unidad y la interrelación ecológica entre eso que se llamaba los distintos reinos del cosmos: el mineral o geológico, el vegetal y el animal. Descubrió, en las costas del Perú, la corriente que lleva su nombre, aguas frías que ascienden del fondo del mar y determinan nuestro régimen de lluvias (el famoso fenómeno del *Niño*, un calentamiento cíclico de esta corriente, afecta el clima del mundo entero, desde la intensidad de las lluvias en Perú, Ecuador y Colombia hasta las sequías o las inundaciones en Australia y la India). La misma corriente que guía las ballenas jorobadas a dar a luz y jugar con sus ballenatos en las aguas tibias que se instalan a mitad de año frente a las costas del Pacífico tropical colombiano. Estas pueden verse, por ejemplo, en el Parque Nacional Ensenada de Utría, en la región del Chocó, al occidente del país.

Exactamente allí, en esta ensenada, pretende el actual gobierno colombiano desarrollar el puerto de Tribugá, un sinsentido ambiental y una verdadera masacre ecológica. Este puerto ilógico e innecesario (es perfectamente posible potenciar y ampliar el puerto más importante del Pacífico colombiano: Buenaventura), arrasaría con casi mil hectáreas de manglares, destruiría el hábitat de cuatro especies de tortugas marinas, y alteraría el corredor por donde migran, dan a luz, se reproducen, comen y cantan las ballenas jorobadas. El puerto de Tribugá es una idea de negociantes del interior del país, aliados de inversionistas internacionales, ávidos de lucro y nada más. Lo que la región del Chocó (la más pobre, pero también la más virgen del país) necesita es inversión en escuelas, acueductos, alcantarillado, educación en turismo y en ecología, salud, higiene, conservación de la selva. No un puerto ni una autopista que, además, deforestaría completamente uno de los pulmones selváticos con más biodiversidad de la tierra.

Visito con frecuencia la ensenada de Utría, en el municipio chocoano de Nuquí, desde hace muchos años. Así describí esta zona en mi novela *Fragmentos de amor furtivo*, publicada en 1998:

Allá la marea sube y baja, y cuando sube llega casi hasta el borde de la selva y cuando baja hay que caminar mucho para llegar hasta el borde del agua. Hay mucho verde, mucho azul, pero, sobre todo, mucho gris. En Nuquí todo es gris, y como espeso, pero es

el paraíso, aunque uno no se imagine gris el paraíso. El cielo tiene nubes y es el Cielo. Detrás del mar está la selva, la selva intacta, tal como la encontró Colón, igual a como la vio Balboa cuando creyó pacífico al Pacífico. Frente al mar, al fondo, en esta época, pasan las ballenas. Y, por detrás, bajan al mar miles de quebradas frías, cristalinas, entre piedras y chorros y cascadas, entre pájaros carpinteros de colores nunca vistos y aletargados camarones de río, bajan torrentes envueltos en árboles altísimos, viejísimos, gruesos como canoas, duros como las piedras pulidas por el agua, altos como precipicios y que dan unas sombras de gigantes. Por la noche, da miedo en el Chocó pues caen aguaceros como espesas y ondeantes cortinas de agua, y más agua y más agua, cada vez más agua, y rayos sucesivos. La única luz, intermitente, que ilumina las olas furiosas, la selva, y hasta tus mismas manos, es la de los relámpagos. Está uno en la mitad de la naturaleza y se siente solo, desprotegido, como un animal viejo, como un hombre primitivo. Sin entender nada. Uno solo y sin entender nada en la mitad del universo. Maravillado de estar vivo, vivo a pesar del miedo, y el corazón palpita durísimo, rebotando en el pecho (pp. 316-317).

En las últimas elecciones, después de perderlas, el candidato por el Partido Verde a la presidencia de Colombia, Sergio Fajardo, fue linchado, casi masacrado por las redes sociales porque decidió descansar de una campaña salvaje refugiándose en un mundo natural de calma y contemplación. Fajardo se alejó del debate político y se fue a ver ballenas en Nuquí. Esto, a muchos, les pareció inconcebible, como si el hombre le estuviera dando la espalda a los problemas del país. Al contrario, miraba de frente una de sus mayores riquezas naturales. Ojalá el presidente de Colombia, ojalá todos los que aspiren a dirigir este país, fueran alguna vez a ver ballenas en Nuquí, en la corriente de Humboldt, en las selvas más antiguas de este continente, las del Chocó, selvas húmedas que existen incluso desde antes de que la cordillera de los Andes empezara a levantarse desde el fondo de la tierra.

El sábado 4 de mayo de este año, sin ser para nada un ornitólogo, participé como aficionado en una iniciativa que organiza cada año la Universidad de Cornell, el *Global Big Day*. Estuve viendo pájaros en las montañas, como otras treinta mil personas en el mundo entero. Reporté, sin ser experto, y sólo en un par de horas de observación, dieciocho especies distintas: cucaracheros, carpinteros, gallinazos, petirrojos, pinches, tórtolas, guacharacas, halcones, loras, guacamayas. Era el día mundial de avistamiento de pájaros y Colombia fue el país del mundo que más aves reportó: se avistaron mil quinientas noventa y una especies distintas de

pájaros en un solo día. Por tres años consecutivos, Colombia es el país que más diversidad de pájaros ha reportado en el mundo. Pero ya se quisieran muchos de los verdaderos ornitólogos que participaron en este día de avistamientos tener la precisión y el detalle con que Humboldt describía nuestros pájaros. Fijémosnos, por ejemplo, en su descripción de un ave nocturna de las cavernas de Venezuela, el guácharo:

El guácharo es del tamaño de nuestras gallinas, tiene el pico de los Chotacabras y los Procnias, la traza de los Buitres cuyo pico ganchudo está rodeado de mechones de cerdas rígidas. Suprimiendo, de acuerdo al señor Cuvier, el orden de los Picae, es preciso referir esta ave extraordinaria a los Páseres, cuyos géneros están enlazados entre sí por transiciones casi insensibles. Lo he divulgado con el nombre de Steatornis en una monografía particular que contiene el volumen segundo de mis Observaciones de Zoología y de Anatomía comparadas: forma un nuevo género (rostrum validum, lateribus compressum, apice adoncum, mandibula superiori sbidentata, dente anteriori acutiori. Rictus amplissimus. Pedes breves, digitis fisis, unguibus integerrimis) muy diferente del Caprimulgus, por el volumen de su voz, por su pico sumamente fuerte y provisto de doble diente, por sus pies destituidos de membranas que unen las falanges anteriores de los dedos. Brinda el primer ejemplo de un ave nocturna entre los Páseres dentirrostrós. El plumaje del guácharo es de un color subido gris azulado, mezclado de pequeñas estrías y puntos negros. La cabeza, alas y cola están marcadas de grandes manchas blancas, de figura acorazonada, y ribeteadas de negro. Los destellos del día lastiman los ojos del pájaro, que son azules y más chicos que los de los chotacabras o sapos voladores. Las alas se componen de diecisiete o dieciocho rémiges, y sus brazas son de tres y medio pies. El guácharo deja la caverna al entrar la noche, en especial cuando brilla la luna. Es casi la única ave nocturna frugívora que conozcamos hasta hoy día; y la conformación de sus pies prueba bastante que no caza al modo de nuestros búhos. Los indios aseguran que el guácharo no persigue ni los insectos lamelicornes ni las falenas, que sirven de nutrimento a los chotacabras. Difícil es tener una idea del espantable ruido que hacen en la parte oscura de las cavernas millaradas de estas aves. Los sonidos agudos y penetrantes de los guácharos se reflejan en las bóvedas peñascosas y el eco los repite en el fondo de la caverna. Los indios nos mostraban los nidos de estas aves fijando las antorchas en el cabo de una larga percha. Estos nidos se encontraban a cincuenta o sesenta pies de altura encima de nosotros, en agujeros en forma de embudos con que está acribillado el sofito de la gruta. Crece este ruido medida que se avanza y que las aves se asustan con

la luz que esparcen las antorchas de copal; y cuando cesaba por algunos minutos junto a nosotros, oíanse a lo lejos los quejumbrosos chillidos de las aves que anidaban en otros compartimientos de la caverna. Era como si aquellas bandadas se contestaran alternativamente (Viaje a las regiones equinocciales, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1942, Tomo II, pp. 96-99).

Y la descripción sigue, analizando sus hábitos y alimentación, y el uso que de su grasa hacen los indígenas (que incluso llaman «mina de grasa» a la caverna), durante varias páginas más. La paciencia de Humboldt, que además dibuja con lujo de detalles cada parte de esta especie, es un ejemplo siempre vivo de curiosidad, minucia y precisión científica. Gracias a él, empezamos a descubrir nuestra riqueza tropical, tanto en variedad de pájaros como de paisajes, plantas, insectos, batracios. Su aporte no se extingue con los años y es inconmensurable todavía hoy.

La exuberancia del trópico, que casi nos aturde día a día en sus excesos, que casi nos obliga a renunciar a entenderlo, es la misma que asombró a Humboldt y la que lo llevó a recorrer con su mirada atónita los ríos, las selvas, las cordilleras, los volcanes. Por el paso del Quindío, entre los nudos inextricables de valles, torrentes, precipicios, cascadas y montañas, describió Humboldt el árbol nacional de Colombia: la palma de cera (*Ceroxylon quindiuense*). Estas palmeras, las más altas del reino vegetal (hay ejemplares de hasta sesenta metros de altura), son particularmente numerosas en un bellissimo valle andino, el del Cocora, en el municipio de Salento, en la región del Quindío. Volvamos a leer una parte de lo que dijo Humboldt de estas palmas:

[...] la Oreodoxa regia o Palma real, de la isla de Cuba, y el Ceroxylon de los altos Andes, exhiben las formas más majestuosas que entre las palmeras del Nuevo Mundo hayamos visto. A medida que se va hacia la zona templada, las plantas de esta familia disminuyen en tamaño y en belleza. ¡Qué diferencia entre las especies que acabamos de citar y el dátil del oriente, que por desgracia ha constituido para los pintores paisajistas de Europa el tipo del grupo de las palmeras! [...] Analogías incompletas impiden a los europeos tener una justa idea del aspecto de la zona tórrida. [...] Las formas de los vegetales determinan la fisonomía de la naturaleza, y esta fisonomía influye en las disposiciones morales de los pueblos. Cada tipo comprende especies que, aunque conformes entre sí en su general apariencia, difieren en el variado desenvolvimiento de unos mismos órganos. Las palmeras, las escitamíneas, las malváceas, los árboles de hojas pinadas, no presentan para todos las mismas bellezas pintorescas; y generalmente en las plantas como en los

animales las más bellas especies de cada tipo pertenecen a la zona equinoccial (Viaje a las regiones equinociales, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1942, Tomo IV, pp. 44 y 45).

Los pequeños corozos de estas palmas son el único alimento de algunas especies de pájaros adaptadas a convivir con ellas.

Pues bien, acaba de anunciarse (junio de 2019) que un acuerdo aprobado por el Concejo Municipal de Salento, el cual prohíbe el desarrollo de gran minería de metales en su territorio, fue declarado nulo por el Tribunal Administrativo del Quindío, ante una demanda del mismo Gobernador de este Departamento de los Andes colombianos. Y lo que es peor, se sabe que hay licencias de explotación minera, aprobadas o en trámite, para el treinta y cuatro por ciento del territorio de Salento, incluyendo la zona del valle del Cocora, la más famosa por sus majestuosas palmas de cera. Se ha descubierto que en las entrañas de esta región montañosa hay probablemente yacimientos de oro, cobre y plata. Y a pesar de que en la zona la economía se basa en la agricultura (café, plátano, cítricos), la piscicultura (trucha), el turismo y las pequeñas fincas ganaderas, para la voracidad de las grandes empresas mineras transnacionales, las tradiciones e incluso los deseos de la comunidad son despreciables. Y a esta voracidad de las grandes mineras se añade el hecho de que el subsuelo del territorio pertenece a la nación, o más claramente, a un Estado con una sed insaciable por las regalías que pueda obtener del oro y otros metales.

Con el oro, podría escribirse uno de los capítulos más alucinantes de la interminable historia de la estupidez humana. Básicamente, el oro es un metal inútil. Resistente, brillante, sin duda, pero salvo una corona en las muelas, algunas cantidades mínimas en microcircuitos, y joyas que, en realidad, sólo tienen la función de hacer alarde de riqueza, el oro no sirve para ningún otro fin que para ser atesorado en las cavas gigantescas de los bancos centrales del mundo. Si fuera útil de verdad, lo sacarían de allí y lo usarían en algo, pero pasa la vida guardado en lingotes apilados que duermen protegidos en bóvedas blindadas, secretas, custodiadas. Su valor no es real, sino simbólico.

La mayoría de los países ricos tienen grandes reservas en este metal. Estados Unidos, ocho mil toneladas; Alemania, tres mil; Italia y Francia, dos mil quinientas cada una; Rusia, mil seiscientas; Suiza, mil toneladas. Algunos pocos países sensatos han vendido sus reservas en oro y han invertido lo recaudado en cosas más importantes, útiles y rentables. Pero la gente de a pie se parece a los países. Si hablamos de joyas, sólo en Estados Unidos hay ochenta y tres mil toneladas de oro repartidas en cuellos, dedos,

muñecas, pechos, pero, sobre todo, en cajas fuertes y escondites. ¿Para qué? Para nada, o para sentir una especie de seguridad ilusoria. Mucha gente se muere sin revelar dónde guarda su oro, y se lleva a la tumba el secreto de esta loca pasión humana que no ha traído más que muertos, guerras, saqueos, robos, destrucción, crímenes ecológicos, genocidios.

Tenemos, pues, en Colombia, dos lógicas opuestas en nuestra relación con la naturaleza. Una, claramente desarrollista, que piensa que del territorio, de la riqueza paisajística, de fauna o de vegetación, sólo se debe sacar el mayor partido económico inmediato. Y otra, una lógica de conservación y de defensa del ecosistema, incluyendo en éste, no sólo las ballenas, los manglares y las aguas subterráneas, sino también un tipo de cohesión cultural y social que se basa en una explotación de baja intensidad que puede convivir con el medio ambiente: pesquería artesanal, agricultura no intensiva y respeto por unas formas de vida modestas, pero tradicionales y respetuosas con la naturaleza. Tanto el puerto de Tribugá, frente a la corriente de Humboldt en el Pacífico, como la gran minería extractiva, en los valles que albergan la palma de cera y miles de especies de pájaros extraordinarios, son un atentado a la memoria del gran naturalista y un atentado contra nosotros mismos. ¿Es esto lo que queremos destruir en las selvas de Nuquí con el ilógico e inútil puerto de Tribugá, o con la minería extractiva en los altos valles de los Andes en Salento o en Jericó? Humboldt, el gran Humboldt, no nos lo perdonaría. Ni las ballenas, ni los pájaros, ni las palmeras, ni las aguas, ni el medio ambiente, ni la selva, ni el mundo.

Obviamente no estoy en contra de todo tipo de minería ni de todo puerto. Uso computador, tengo reloj, un celular importado, tengo carro y monto en bicicleta, y para todos estos objetos se requiere sacar de la tierra hierro, aluminio, cobre, litio, e incluso algo de oro (aunque con el que ya hay sacado habría oro de sobra hasta el final de los tiempos). Pero la vocación de ciertos territorios únicos no es la minería. Hay lugares en los que la riqueza del paisaje, de la fauna y la flora es infinitamente más valiosa que el oro. Tanto el valle del Cocora, en el Quindío, como las selvas del Chocó, en la ensenada de Utría, son fábricas de agua, de oxígeno, de pájaros, de nubes, y despliegan una increíble belleza para todos los sentidos. Incluso económicamente, su gran riqueza es y será esa: deleitar. No vamos a permitir, de brazos cruzados, que los tiburones de la codicia nos destruyan, pintándonos pajaritos de oro, los pocos restos que nos quedan del paraíso.

(Colombia)

Verde que te quiero verde o cómo se convirtió Costa Rica en un «paraíso ecologista»

Por Rodrigo Soto



La primera película que produjo el Centro Costarricense de Producción Cinematográfica, en 1973, fue un documental titulado *Agonía de la montaña*. El Centro de Cine, como fue rebautizado pronto para abreviar un nombre demasiado largo para una institución demasiado pequeña, se había creado ese mismo año y era la dependencia más reciente del recientemente creado Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. El documental presentaba las consecuencias devastadoras de la deforestación incontrolada que vivía el país en la época: alrededor de cincuenta mil hectáreas de cobertura boscosa se perdían cada año a manos de la industria maderera y por la creación de tierras de repasto para la ganadería vacuna. A ello se sumaba la expansión imparable de la frontera agrícola como consecuencia de la política estatal de reasentamiento de campesinos desposeídos, a quienes se les entregaban tierras baldías con la condición de que tumbaran la montaña y las pusieran a producir granos básicos, bajo la supervisión de técnicos del Ministerio de Agricultura y con los agroquímicos de la llamada «revolución verde». A su vez, el Estado aseguraba a los campesinos la compra de sus cosechas para abastecer el mercado nacional. Costa Rica era entonces un país eminentemente agrícola y sus exportaciones de café y banano representaban más del 80% de las divisas que aceitaban su economía. Según estimaciones de los especialistas, los bosques del país desaparecerían en un lapso de diez o quince años.

Aunque el documental fue transmitido ese año en la cadena nacional de televisión, sólo pude verlo hasta 1987, cuando ingresé a trabajar en el Centro de Cine en calidad de guionista –eufemismo amable para mi condición de aprendiz–. No obstante, de mi niñez conservo el recuerdo de los camiones cargados de gigantescos troncos que parecían aplastarlos; algunos hubiesen requerido de los brazos extendidos de una decena de adultos para abarcar su circunferencia.

«Botar montaña» era todavía sinónimo de «hacer patria», como pregonaban las instituciones públicas y los políticos en sus discursos. Se hacía patria botando montaña, despejando la tierra para los cultivos y la ganadería, aunque esas tierras perdieran su fertilidad en pocos años y los suelos se agrietaran como consecuencia de las pronunciadas gradientes, de la escorrentía causada por las lluvias intensas y de la fragilidad de los ecosistemas. En este punto, muchas familias campesinas sencillamente vendían sus fincas y emprendían la búsqueda de nuevas tierras baldías.

En un país donde la épica no abunda, es comprensible que la literatura invistiese este proceso con acentos heroicos. *El Sitio*

de las Abras (1950), una de mis novelas favoritas del escritor Fabián Dobles (1918-1997), es un el mejor ejemplo de ello. La novela inicia a mediados del siglo XIX con ñor Espíritu Santo Vega y sus hijos tomando posesión de un paraje montañoso; en una escena cargada de solemnidad y dramatismo en la que no faltan las invocaciones y los rezos, se disponen a tumbar la selva sin otra ayuda que la de sus hachas «y su deseo de hacerse un lugar en este mundo».

En 2003 fui contratado junto a una fotógrafa para escribir un reportaje y documentar un proyecto financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional, como parte del programa Araucaria; su finalidad era impulsar el desarrollo sostenible en la cuenca del Río Savegre, devastada en 1998 por el huracán Mitch. Para realizar nuestro trabajo emprendimos una travesía de varios días desde las nacientes del río, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, hasta su desembocadura en la costa pacífica.

Uno de los primeros sitios que visitamos fue San Gerardo de Dota, un pequeño pueblo incrustado entre empinadas laderas montañosas, donde conversamos con don Efraín Chacón, uno de sus fundadores. Don Efraín nos relató cómo había llegado a esas tierras por accidente, medio siglo atrás, con un hermano y algunos amigos; la abundante fauna silvestre que habitaba los bosques de *quercus* les hizo regresar, primero como cazadores, después para establecerse. Otros pioneros siguieron sus pasos. Tumbando los bosques como ñor Espíritu Santo Vega y sus hijos un siglo atrás, fundaron fincas y sembraron cultivos. Don Efraín nos confesó en aquella oportunidad que si la naturaleza lo juzgara, no lo absolvería. Pero entonces San Gerardo ya se había convertido en un enclave internacional para el turismo de observación de aves. Don Efraín, fundador y propietario del hotel Savegre, también era pionero en esto.

A lo largo de nuestro recorrido, historias similares se repetirían una y otra vez. Rafael y Santiago Parra, nuestros guías, frisaban entonces la treintena; sus abuelos habían migrado desde el occidente del Valle Central hacia la zona de Parrita, sobre la costa pacífica. Ahí se establecieron y criaron a su prole, ganándose la vida como trabajadores de la Compañía Bananera y arreglándose por épocas con la agricultura de subsistencia. Décadas más tarde, el padre de Rafael y Santiago haría lo mismo, adentrándose en una zona montañosa despoblada y agreste, sobre la cuenca media del río Savegre. En su niñez, nuestros guías habían ayudado a su padre a tumbar la montaña para denunciar ante el Estado la posesión de aquellos baldíos. Algunos años atrás, Rafael había vendido la finca heredada de su padre para retirarse a un paraje

más remoto todavía, donde había levantado un rústico albergue para turistas. Lo que obtenía de él y sus ingresos como guía eran la fuente de ingresos de su familia.

2

Algunos años después de la transmisión de *Agonía de la Montaña* llegaría a casa de mis padres la primera edición del libro *Parques Nacionales de Costa Rica*, de Mario Boza, publicado en 1978 por la editorial INCAFO (Instituto de la Caza Fotográfica y Ciencias de la Naturaleza) de Madrid. El país contaba entonces con una docena de parques nacionales administrados por un departamento del Ministerio de Agricultura y Ganadería –el mismo que ayudaba a los campesinos a asentarse en las zonas boscosas para destruirlas!–; salvo los parques que protegían tres conos volcánicos en las lindes del Valle Central –destino de peregrinaciones vacacionales de los capitalinos desde mucho tiempo atrás–, los otros eran escasamente conocidos para la mayoría de habitantes del país. Yo era entonces un adolescente y en aquellas páginas magníficamente ilustradas descubrí un país del que nada sabía y que durante un tiempo me hizo soñar con la idea de convertirme en guardaparques.

Los turistas foráneos todavía eran *rara avis* en Costa Rica, pero algunos extranjeros amantes de la naturaleza se habían establecido en zonas retiradas para proteger pequeñas manchas de bosque y ofrecer refugio a la fauna silvestre. Entre ellos se encontraban Karen Mogensen, danesa, y su esposo de origen alemán, Nicolás Wessberg. Habían llegado al país en 1955 y, tras comprar una finca en las cercanías del pequeño puerto de Montezuma, en el extremo suroeste de la península de Nicoya, sobre el Pacífico, dieron poco después con el último reducto de bosque primario en la zona. Las tierras habían sido invadidas recientemente por campesinos y el proceso de desmonte había iniciado. Wessberg lanzó una campaña internacional de recolección de fondos con miras a comprar las tierras; cuando reunió los fondos suficientes, persuadió al gobierno de adquirirlas y así nació la Reserva Natural Absoluta de Cabo Blanco, primera zona protegida del país, en 1963.

Conocí a doña Karen Mogensen a inicios de la década de los ochenta, cuando empecé a frecuentar Montezuma. El pueblito y sus playas cercanas se habían forjado la reputación de destino turístico alternativo entre los jóvenes mochileros de todo el mundo; para un aprendiz de escritor y desertor de la carrera de Filosofía como yo, aquella era una manera fácil de conocer gente de otros países y de tener experiencias «alternativas». Doña Karen se aproximaba entonces a los sesenta años de edad. Menudita y frágil,

casi siempre sonriente, su cabello cano y su piel muy blanca la hacían lucir mayor. Su marido había sido asesinado algunos años antes, en julio de 1975, durante una visita a la península de Osa, mientras realizaba estudios previos a la promulgación del Parque Nacional de Corcovado. Osa era una de las últimas regiones del país cubiertas por bosques vírgenes y atraía como un imán a una creciente oleada de precaristas que miraban con recelo la creación del parque; en una de sus caminatas por el bosque, Wessberg murió salvajemente golpeado por el joven que le servía de guía, pero ello no impidió que el parque se creara en octubre de ese año.

Mucho después, en 2007, cuando la reputación conservacionista de Costa Rica se había asentado y numerosas ONG internacionales desarrollaban proyectos en el país, fui contratado para recopilar una serie de historias de vida de campesinos y campesinas residentes en las cercanías de Corcovado. Fue una inmersión profunda en una región que hasta entonces desconocía y una experiencia humana de alto voltaje. El asesinato de Wessberg asomó como vestigio remoto en algunos de los relatos. Además, escuché de primera mano cómo muchos habían llegado a la zona en condición de aventureros o de campesinos desposeídos y cómo, al cabo de los años, terminaron vinculándose a iniciativas ambientalistas o de conservación. «En aquella época era extraño decirle a los finqueros que hoy viven del turismo que en un futuro esta zona iba a ser turística, que lo que iba a valer eran los bosques que tuviéramos, los animales que hubiera, y que eso era lo que les iba a traer el dinero», me dijo en esa oportunidad Oldemar Araya, uno de los entrevistados. «La gente decía que estábamos locos, que eso no podía suceder. ¿Quién iba a venir a un lugar como éste?».

3

Cuando comencé a frecuentar Montezuma, Costa Rica no salía aún la profunda crisis económica en la que se precipitó al iniciar la década de los ochenta; no en vano, la de los ochenta se conoce en América Latina como «la década perdida». Con el aséptico nombre de «programas de ajuste estructural», los organismos financieros multilaterales condicionaban su ayuda a los atribulados gobiernos de la región a la implementación de medidas de apertura comercial y a la reducción de subsidios y aranceles. Los términos de la discusión política cambiaron rápidamente: si antes se debatían los estímulos a la producción y la protección de los mercados, ahora se hablaba de apertura comercial y de atracción de inversiones extranjeras. Aunque lo ignorábamos entonces, asistíamos a los inicios de lo que luego se conocería como globalización.

En medio de profundas convulsiones sociales, las medidas terminaron imponiéndose en Costa Rica como en buena parte del mundo. Su impacto en la sociedad costarricense fue profundo. Uno de los sectores más afectados fue el agrícola; las migraciones de campesinos hacia los centros urbanos crecieron de manera exponencial, originando el caos urbanístico que hoy sufre el país. Como si esto no bastara, en la vecina Nicaragua se libraba una guerra cruenta financiada y orquestada por el entonces presidente norteamericano Ronald Reagan para expulsar del poder a los sandinistas.

En estas circunstancias convulsas fue electo presidente Oscar Arias en el año 1986. Aunque no fue él quien inició la implementación de este conjunto de medidas, sí fue su impulsor entusiasta y uno de sus ideólogos. Su contribución a la pacificación de Centroamérica y la obtención del Premio Nobel de la Paz en 1987 dieron al país visibilidad y prestigio internacionales, que él y sus colaboradores supieron aprovechar.

Fue de su boca que escuché por primera vez que el turismo era un sector promisorio para la economía del país, y confieso que en aquella oportunidad la idea me pareció ridícula.

4

En escasas dos décadas, entre 1986 y 2006, el número de turistas que visitaron Costa Rica en el lapso de un año pasó de trescientos mil a dos millones (cifra que el actual gobierno espera duplicar para el año 2022); según datos del *Decimoquinto Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*, publicado en 2009, en 1998 las entradas de divisas por turismo representaban el 0.82 de la suma de las entradas debidas al café y al banano; y para 2007, ¡doblaba las entradas combinadas por esos dos productos! Según la misma fuente, a principios de los noventa el sector turístico generó trescientos millones seiscientos mil dólares, y ya en 2007 generaba mil ochocientos millones de dólares. Junto con el turismo, crecieron exponencialmente los bienes raíces, la restauración, la prostitución y otros sectores y actividades. Como ejemplo trivial del impacto de estos cambios en la sociedad costarricense, recuerdo la extrañeza y las burlas que suscitaban al inicio los turistas gringos vestidos con *bermudas* o pantalones cortos en la ciudad de San José; hoy muchísimos costarricenses los usamos, incluyéndome.

En medio de la crisis del agro no fueron pocos los campesinos que vendieron o hipotecaron sus fincas para intentar subirse a la locomotora del turismo, pero sólo algunos tuvieron la suerte

y el tino de don Efraín Chacón en San Gerardo de Dota. Muchos fracasaron por falta de asesoría y acompañamiento estatales, pues el modelo turístico que el gobierno impulsó desde el inicio apuntó a la atracción de grandes capitales para la construcción de hoteles para el turismo masivo.

Cuando en 2003 descendíamos por la cuenca del río Savegre y llegamos al caserío de Piedras Blancas, tuvimos oportunidad de conocer a don Ormidas López y a su mujer, doña Flor Salazar. Ellos le habían comprado a Rafael Parra la finca que heredó de su padre; la tenían sembrada con variedad de frutales, verduras y tubérculos, pero su principal actividad económica era el turismo. En su casa recibían a jóvenes norteamericanos que venían al país –y en ocasiones eran enviados por sus padres a modo de castigo– para participar de una «Escuela de Aventuras». Los hijos mayores de don Ormidas, lo mismo que Rafael y Santiago Parra, se habían convertido en guías turísticos de aventuras y practicaban el kayaquismo en las prístinas aguas del Savegre.

No muy lejos de ahí, casi sobre la desembocadura del mismo río, está Coopesilencio, una pequeña comunidad y laboratorio social mimada durante décadas por las instituciones del Estado costarricense y por la cooperación internacional. Coopesilencio es producto de la invasión de una finca abandonada por la United Fruit Company a finales de los años cincuenta; liderados por dirigentes del Partido Comunista, un grupo de trabajadores de la bananera invadieron las tierras en 1973 y constituyeron la primera cooperativa autogestionaria del país –y una de las pocas de este tipo–. En 1998 el Centro de Cine me encomendó la realización de un documental conmemorativo del veinticinco aniversario de la cooperativa y del propio Centro de Cine. La principal actividad de Coopesilencio era entonces la producción de palma aceitera –continúa siéndolo–, pero en esos días estrenaban un albergue ecoturístico y un centro de acogida de vida silvestre.

Enfoqué mi documental en los jóvenes de la comunidad, los nietos de quienes invadieron la finca. Ninguno manifestaba el menor interés por la agricultura; todos fijaban su atención en el turismo. Esto llenaba de preocupación a sus padres –entonces responsables de la cooperativa– y de un sordo resentimiento a los abuelos, que sentían que sus nietos no valoraban ni entendían la conquista más importante de sus vidas.

5

Los parques nacionales fueron considerados desde el primer momento un activo importante para el negocio turístico. Sería interesante hacer un recuento de los eslóganes con los que se ha

promocionado al país en el extranjero desde los años noventa hasta la sofisticación mercadotécnica de la actual «marca país»: *Costa Rica esencial*. Sin duda, el tema de la naturaleza será una constante. También las nuevas emisiones de papel moneda, de billetes de la lotería nacional, de sellos postales, para no hablar de los carteles y anuncios publicitarios, exaltaban las riquezas naturales y la biodiversidad del país. Así comenzó a tejerse la leyenda ambientalista, ecologista o conservacionista de Costa Rica, hoy aceptada y asumida por la población como un aspecto importante de la identidad nacional.

Entre 2011 y 2012 colaboré con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en la elaboración del II Informe Nacional sobre Desarrollo Humano *Aprendiendo a vivir juntos: convivencia y desarrollo humano en Costa Rica*. Como parte de la investigación, se realizó una encuesta que indagaba sobre los motivos que causan mayor orgullo de su país a los costarricenses. El que obtuvo mayor número de menciones –37.4%– fue «la naturaleza», por encima de «la paz» (33.0%) y «la democracia» (28.7%).

Conscientes de la sinergia entre la Costa Rica *verde* y el turismo, muchos empresarios turísticos también se vincularon a la conservación. La península de Osa quizás sea el mejor ejemplo. Cuando entrevisté a Oldemar Araya en Los Planes de Drake, justo al lado del Parque Nacional Corcovado, me contó que su primer vínculo con la conservación se dio por una fundación privada, la Fundación Corcovado. «La Fundación nació por el turismo, no apareció porque sí, sino porque la gente, los tres americanos que la empezaron, estaban involucrados con el turismo. Viendo la importancia de conservar, de concienciar más sobre el ambiente, crearon la Fundación». Como Oldemar, otras personas que entrevisté en esa ocasión habían llegado a la conservación por medio del turismo.

El otro camino que tomó Costa Rica para insertarse en la nueva economía internacional, que empezaba a tomar forma en los años ochenta y se aceleró tras el derrumbe del bloque soviético, fue la atracción de inversiones de alta tecnología. Aprovechando la ventaja comparativa que representaban los niveles educativos relativamente altos de la población, el país ha tenido un éxito apreciable con ella. La piedra de toque en este camino fue la instalación de una planta productora de microchips de la empresa INTEL, en 1997. Durante décadas, estas dos líneas –la Costa Rica «ambientalista» y la Costa Rica «tecnológica»– caminaron disociadas, tratando de no estorbarse, y no es sino ahora, con la política de «descarbonización» y promoción de energías limpias

adoptada en 2018 por el gobierno del presidente Alvarado, que parecen encontrar un punto de unión.

6

Desde que el Servicio de Parques Nacionales se trasladó al naciente Ministerio de Recursos Naturales, Energía y Minas, en 1994, para convertirse en el Sistema Nacional de Áreas de Conservación, Costa Rica no ha dejado de destinar nuevas tierras a este fin. En la actualidad existen veintinueve parques nacionales, cincuenta y un refugios de vida silvestre, trece reservas forestales y ocho reservas biológicas, así como un número difícil de precisar de pequeños refugios de vida silvestre de carácter privado. Contrario a lo que se vaticinaba en *Agonía de la Montaña*, la cobertura boscosa del país se recuperó: en 1983 sólo el 26% del territorio contaba aún con bosques; treinta años después, más del 52% del territorio tiene cobertura forestal.

Determinante para lograr esto, fue la creación de nuevos y audaces programas que se financiaron, en primera instancia, mediante el canje de la deuda externa del país, es decir, los países acreedores condonaban las deudas que Costa Rica mantenía con ellos, a cambio de que el gobierno destinase a la conservación un monto equivalente al valor nominal de la deuda. En el segundo tercio de la década de los noventa, el país estableció un programa de «pago por servicios ambientales», mediante el cual los propietarios de fincas privadas comenzaron a recibir financiamiento para desarrollar plantaciones forestales (normalmente monocultivos de maderas no autóctonas) o para el establecimiento de sistemas agroforestales, como, por ejemplo, la creación de cercas vivas en fincas ganaderas (lo que permite reducir las emisiones de carbono del ganado vacuno que se produce en el país); además, el mecanismo ofrece estímulos a proyectos privados de regeneración natural y protección de los bosques. Esta política se financia en la actualidad con un impuesto de 3.3 % a los combustibles fósiles. Para muchos campesinos y finqueros empezó a tener sentido someter a regímenes de conservación las partes montañosas de sus propiedades, antes que mantener en ellas ganado o cultivos de escasa o nula productividad.

Muchas cosas cambiaron. En los años setenta, cuando se filmó *Agonía de la montaña*, el nexo entre la institucionalidad pública y las comunidades rurales se reducía a las «asociaciones de desarrollo comunal», por medio de las cuales se realizaba el diálogo y se canalizaban los recursos hacia las comunidades. Las asociaciones no desaparecieron, pero las nuevas concepciones

del desarrollo que promovía el Estado impulsaron el surgimiento de otras organizaciones civiles. Así nacieron, en los años noventa, los Comités de Vigilancia de los Recursos Naturales, COVIRENAS, conformados por voluntarios acreditados ante el Ministerio de Ambiente y Energía como inspectores ambientales *ad honorem*. Todas las personas que entrevisté en la península de Osa en 2007 pertenecieron en algún momento a estos comités.

7

No obstante, los mismos gobiernos que impulsaron estas medidas y la imagen internacional de Costa Rica como un país comprometido con la conservación, a menudo adoptaron políticas y proyectos desastrosos para el ambiente. El presidente Figueres Olsen (1994-1998) hizo del «desarrollo sustentable» el eje de su administración y fue el artífice de la política de pagos por servicios de ambientales, pero también abogó por el establecimiento de gigantescas plantaciones de melina y por la construcción de un muelle maderero de la Stone Forestal en el fragilísimo ecosistema del golfo Dulce, muy cerca del Parque Nacional Corcovado. Sólo una vigorosa campaña cívica impulsada por asociaciones ambientalistas y vecinales, respaldada internacionalmente por organizaciones como *Greenpeace*, consiguió detener el proyecto. Oscar Arias accedió nuevamente al poder en 2006; una de las plataformas de su segunda administración fue la estrategia denominada «Paz con la Naturaleza» –haciéndose eco del plan que le había dado celebridad veinte años atrás–. No obstante, Arias fue también impulsor entusiasta de la minería de oro a cielo abierto, prohibida por la Sala Constitucional tras intensas luchas comunales que terminaron judicializándose y que hoy lo tienen en calidad de acusado ante los tribunales por dos delitos de prevaricato. Otras fuentes de conflictos socioambientales recientes han sido la expansión descontrolada del monocultivo piñero –con terribles consecuencias para los mantos acuíferos y para la salud de las comunidades (no digamos ya la de los ecosistemas, que son virtualmente arrasados)–, y las concesiones de aguas para la construcción de represas hidroeléctricas en manos privadas. Durante décadas, Costa Rica toleró la salvaje práctica del *aleteo* de tiburones, en la que los escualos capturados se desechan en el mar luego de arrancarles su aleta dorsal, muy cotizada en los mercados asiáticos. Aunque prohibida en 2005, la práctica continúa dándose por vacíos e inconsistencias de la ley y por la incapacidad de las autoridades para hacerla cumplir. Por otro lado, según datos del Instituto Regional de Sustancias Tóxicas (IRET) de la Uni-

versidad Nacional publicados recientemente por el *Semanario Universidad*, Costa Rica es el mayor consumidor de plaguicidas del mundo: en el país se usan en promedio 18.2 kilogramos de plaguicidas por hectárea de cultivo agrícola, seguido por China, con 17 kilos, una cantidad muy superior a la de países como Estados Unidos, con alrededor de 2.5 kilos por hectárea. Y no fue hasta el año 2018 que volvió a entrar en operaciones una planta de tratamiento de aguas negras; durante décadas, los desechos de los más de dos millones de habitantes de la Gran Área Metropolitana se arrojaron a los ríos sin recibir tratamiento alguno, y así continúa haciéndose en buena parte del país. De modo que, pese al 52% de cobertura forestal, la biodiversidad del país se deteriora y la calidad de los bosques se reduce. Habrá quienes digan que estas contradicciones son comunes a muchos países e inevitables dentro del modelo de desarrollo actual. Puede ser. Pero no todos los países hacen de la protección de sus recursos una bandera ni un estribillo ni se lucran con ella. En épocas de restricciones fiscales, sólo parece posible revertir estas tendencias mejorando la sinergia con el sector turístico, que hoy por hoy genera escasa cooperación con el sistema de conservación.

La literatura costarricense ha dado muy buena cuenta de estas contradicciones. En este sentido, la obra más emblemática quizás sea *La Loca de Gandoca*, una pequeña novela publicada en 1992 en la que la autora, Anacristina Rossi, relata sus experiencias como activista en la defensa del Refugio de Vida Silvestre de Gandoca-Manzanillo, hasta darse de bruces con las contradicciones, silencios y prácticas acomodaticias y corruptas de los funcionarios responsables de su protección.

También en Costa Rica las luchas ambientales se han cobrado vidas. A la ya mencionada de Nicolás Wessberg en 1975, siguieron otras. Oscar Fallas, María del Mar Cordero y Jaime Bustamante, tres de los activistas involucrados en la lucha contra las plantaciones de la Stone Forestal y la instalación del muelle maderero en el golfo Dulce, murieron en un incendio en San José, en diciembre de 1994, pocos meses después de que la compañía y el gobierno tuvieran que desistir del proyecto. Esa noche todos los miembros de su organización se reunirían en una casa para celebrar «un año repleto de trabajo y de victorias», como declaró Jorge Polimeni, otro de los activistas. La fiesta fue cancelada a última hora; Bustamante no pudo ser notificado y concurrió a la fallida reunión: pereció en el incendio junto con la pareja dueña de casa. Siete meses después apareció muerto otro de los activistas de la misma organización, David Maradiaga. En ambos casos

las investigaciones oficiales descartaron cualquier acto criminal, pero para muchos el manto de dudas permanece y permanecerá.

Tuve la oportunidad de conocer y tratar a Bustamante, de origen boliviano, y a Maradiaga, de origen nicaragüense. Con ambos me unió la literatura y compartí alguna borrachera en la húmeda noche josefina. Jaime era sociólogo de formación, reservado y dulce; de su boca escuché por primera vez la expresión «sujetos sociales». Si no recuerdo mal, aquella vez dijo que «vivíamos en una época de activación de nuevos sujetos sociales», lo que me dejó pensativo durante varios días. Con Maradiaga –*el animal lluvioso*, como lo llamábamos por su carácter huraño y por el título de uno de sus mejores poemas– nos mirábamos con recelo pues pertenecíamos a diferentes «capillas» literarias.

Más recientemente, en 2013, Jairo Mora, otro joven ambientalista, fue brutalmente asesinado en la playa de Moín, en el Caribe, mientras realizaba un patrullaje para proteger los anidamientos de las tortugas baula que ahí llegan a desovar. Mora había sido amenazado reiteradas veces por las redes criminales vinculadas al narcotráfico que comercializan ilegalmente los huevos; antes de ser asesinado, reclamó sin éxito mayor presencia policial en la zona.

Todavía no hay final para esta historia. Por ahora sólo es cierta la transformación de un país que, en el lapso de pocas décadas, dejó de ser agrícola y campesino para convertirse en algo muy distinto; algo que todavía está tomando forma, que siempre está tomando forma... Sin duda, no es lo que pregonan los discursos oficiales y los carteles y eslóganes turísticos, pero tiene logros significativos en la conservación de su patrimonio natural, junto a enormes desafíos para seguir avanzando por ese y otros caminos. Por último, también es cierto que *nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos...* Y que *yo ya no soy yo, ni mi casa es mi casa.*

(Costa Rica)



La Habana

Por Karla Suárez

Durante muchos años La Habana fue la ciudad de mis regresos, el lugar donde yo vivía y, por tanto, llegar significaba el final del viaje, vuelta a la rutina. Unas veces llegué durmiendo, junto a mi hermana, en el asiento trasero de un carro. Otras, desembarcaba donde me dejara el camión y la ciudad se convertía en los rostros de la gente mirándonos como si volviéramos de la guerra, ellos barbudos y nosotras despeinadas, flacos todos, con la ropa sucia y muchas veces rota, con las mochilas llenas de fango y los cuerpos apestando a días de carretera. Aunque sólo gracias a las miradas extrañas o a algún comentario, al llegar a casa, nos dábamos cuenta de que el perfume colectivo que nos acompañaba en los montes o en las cuevas, en la ciudad se llama simplemente peste.

La Habana era la normalidad, la pausa entre aventura y aventura, el centro del mundo, de nuestro limitado mundo de isleños. Era aprovechar los días que quedaban de vacaciones para reunirnos a rememorar el viaje y contarles a los otros «estuve allí, hice esto, y el peligro, y allí no vuelvo o allí tengo que volver». Era pasar en limpio mis diarios escritos en libretas maltratadas por el viaje para leérselos a todos, algún día, para que no se nos olvidara quién hacía la fogata para cocinar, quién llegaba siempre de primero, quién protestaba, quién cargaba su mochila de cosas en principio inútiles y que luego nos servían para seguir andando, quiénes hacían las crónicas del viaje, quiénes éramos; escribir, sobre todo, para eso, para que no se nos olvidara quiénes éramos y dónde habíamos estado. La Habana era la vida de todos los días, el punto de partida para el siguiente viaje, el ombligo.

Pero La Habana, para mí, es además otra cosa. Es la ciudad donde yo nací y donde he vivido la mayor parte de mi existencia. Es mi barrio y la alegría de sentirme grande porque me dejaran cruzar sola la avenida 41 para visitar a mi amiga de infancia. Es mi hermana inventando una coreografía para bailar juntas. Es mi casa repleta de los libros de mi madre, todas las historias del mundo escondidas en los libreros y los discos de acetato. Es mi padre, con unos prismáticos, enseñándome las constelaciones en la azotea de mi edificio. Y ellos dos, con mapas y diseños, casi enloquecidos, tratando de hacerme comprender que el túnel de La Habana pasa por debajo de la bahía,

que es una obra de la ingeniería civil, que entra por un lado y sale por el otro, mis padres desesperados ante mi lógica infantil de no creer en lo que no puedo tocar, ¿cómo es posible que peces y barcos se paseen por encima de los autos?, negativa infantil: no entiendo. Muchos años después, en Roma, un italiano me dijo admirado que el túnel de la bahía de La Habana era una de las cosas que más le había sorprendido de la ciudad. Yo sonreí y, entonces, saqué mi mapa y expliqué: en La Habana hay tres túneles, dos pasan por debajo del río Almendares y son pequeños, pero el más impresionante es el de la bahía, empieza de este lado y sale por el otro, tiene cuatro carriles, setecientos treinta y tres metros de longitud y fue construido por una empresa francesa en los años cincuenta, de hecho su arquitectura se parece mucho a los túneles que atraviesan algunas montañas en Francia, sólo que el de La Habana es otra cosa porque, mientras lo recorres, sabes que unos metros más arriba puede estar pasando un barco o algún pez, si es que quedan peces en aquellas turbias aguas.

La Habana es los muchachos de mi barrio bañándose en el aguacero y las madres gritando por el balcón que ya es hora de comer, que regresen. Y los chiquitos corriendo, los varones en la calle jugando a la pelota, las niñas jugando al pon. Es las canciones de Teresita Fernández «amiguitos, vamos todos a cantar, porque tenemos el corazón feliz». Y aquella otra sublime melodía que se escuchaba a lo lejos, segundos antes de agarrar el pote de plástico para salir corriendo a la calle, porque la música anunciaba el carrito del helado que se paseaba por la ciudad para pararse en una esquina cualquiera a vender helados, paleticas, cosas ricas que había que comprar. La Habana es la escuela, el uniforme, los poemas de Martí repetidos y aprendidos para toda la vida y recitados cada mañana antes del saludo a la bandera y: «Pioneros por el comunismo, seremos como el Che» y la fila, la clase y luego el recreo y las galleticas dulces y el refresco.

La Habana es que tu vecina te pregunte si cambiaste de novio porque el muchacho que vino a buscarte hoy no es el mismo de la semana pasada. Es tocar a la puerta de al lado cuando se te acabó la sal o cuando tienes que llamar por teléfono, porque no tienes teléfono, es escuchar las discusiones de

todo el edificio. Es la gente asomada a los balcones, mirando la calle, porque hay calor y no hay nada más interesante que hacer, y nos miramos todos y sabemos todo de todos. Es la bronca en medio de la calle o los gritos de aquella vecina mientras se suicidaba pegándose candela. Es la larga cola del pan o la cola de la guagua que demora siglos. Es la pizza y la malta que vendían en la Tropical, antes de que la Tropical se convirtiera en el reino de la músicaailable y la salsa se expandiera por el aire para llegar a mi ventana e impedirme escuchar la película del sábado. Es los dos canales de televisión, los muñequitos rusos y polacos con que crecimos, o el cubanísimo Elpidio Valdés luchando contra los españoles, las telenovelas brasileñas y los interminables discursos del comandante en jefe, transmitidos por los dos canales, justo antes de la telenovela, para que nadie apague la televisión.

La Habana son mis dedos aprendiendo a tocar guitarra en el conservatorio. Es la música de Ignacio Cervantes, de Lecuona, de Caturla, las clases de solfeo y la cara de aquel profesor de marxismo acusándonos de diversionismo ideológico porque los varones querían tener el pelo largo, todos llevábamos las mangas de las camisas remangadas y habíamos colgado en las paredes carteles de: ¡viva el *rock!* Al día siguiente, cuando entró en la clase, vio escrito en la pizarra: ¡qué viva también la música cubana!, pero entonces nada dijo.

La Habana es la fuga del preuniversitario para bañarse en la costa y luego lucir orgullosos el colorcito moreno del Caribe. Son las primeras discusiones, las primeras preguntas y la guerra de Angola y Nicaragua y la unidad Latinoamericana y la música de la Nueva Trova acompañando las veladas alrededor de una jarra de té negro soviético. Es descubrir la poesía y querer aprenderse a Vallejo de memoria, reunirse en un garaje para cantar las canciones de uno de nosotros y leer los poemas de todos nosotros, y estar de acuerdo en que el mundo no nos entiende; y los vecinos se quejan porque es madrugada y seguimos cantando, y el té no es sólo té, sino que va acompañado de ron; y los muchachos gritan y no dejan dormir, hasta que nos cierran el garaje y hay que mudarse al parque más cercano, donde los árboles no protestan y allí podemos quedarnos hasta el amanecer.

La Habana son los helados de Coppelía, cuando la heladería abría hasta las dos de la mañana y estaba llena de sabores diferentes. Soy yo caminando de madrugada, kilómetros y kilómetros hasta llegar a casa, por el simple gusto de caminar sola y de noche, cuando caminar solo y de noche no era preocupante, había luz en las calles y gente sentada en los portales. La Habana son los conciertos de los jóvenes trovadores en el Saborit, en el municipio Playa; o en la Casa del joven creador, en la avenida del Puerto. Es la descarga de música y poesía en el museo de 13 y 8 en el Vedado a finales de los ochenta. Son los libros que había que leerse, que había que pasarse de mano en mano, como dijo Martí: «ser cultos para ser libres», había que ser cultos para luego descubrir que no íbamos a ser totalmente libres.

La Habana es el malecón, los casi siete kilómetros de muro bordeando el litoral norte, delimitando las fronteras, marcando nuestra «terrible circunstancia del agua por todas partes», como escribió Virgilio Piñera. La Habana es Piñera, y es Carpentier, y es Lezama Lima; y es todos sus poetas y escritores, vivos y muertos, dentro y fuera de la isla. Y es el desfile de carrozas y comparsas paseando por la avenida del malecón en los carnavales de hace tiempo. Es «Los Guaracheros de Regla» y la comparsa «El alacrán», y los boleros, y el camión cisterna vendiendo cerveza a granel en vasos de cartón. Y las mujeres paseándose por la calle con los rolos puestos en la cabeza. Y los leones del paseo del Prado, y el Boulevard, y las calles de Centro Habana inundadas de personas.

La Habana, para mí, es la universidad politécnica donde estudié, tan apartada de la ciudad, tan llena de números y de madrugadas en el centro de cálculo; y exámenes y trabajos extraescolares en la construcción o en el campo, y preparaciones militares y festivales de cultura. Es salir de allí para esconderme en la Biblioteca Nacional a leer una novela de Cortázar o para escuchar a un trovador en el Museo de Artes Decorativas o para estudiar en la Alianza Francesa. Es el Patio de María y sus conciertos del *rock* más nacional y más *underground*. Es el Festival de cine Latinoamericano, las carreras de un cine a otro para ver todas las películas, las fiestas con mucho ron, los amigos. Soy yo cantando en la galería de 23 y 12 o convertida

en corista en un concierto en el teatro Karl Marx. Es todos los sueños de aquellos años con tanto movimiento y tanto querer hacer, porque el tiempo nunca alcanzaba.

La Habana es el desconcierto del año 1989 cuando tumbaron el muro de Berlín y cuando, luego, la «madre Unión Soviética» cortó el cordón umbilical por donde llegaba prácticamente todo. Es descubrir otra ciudad de la noche a la mañana y tener que acostumbrarse. Es el cierre de todas las tiendas, las muchas horas sin luz eléctrica, el agua con azúcar para desayunar y las bicicletas convertidas en el único medio de transporte. Es como si, al amanecer, alguien te despertara bruscamente, sin delicadeza. El caos, la implosión del país. Es la ciudad abierta de piernas al turismo, la ciudad donde, poco a poco, nos convirtieron en gente sin tierra, no en extranjeros, porque para ellos era la ciudad y su poca luz eléctrica y sus hoteles y sus restaurantes. Para nosotros era «Labana», simplemente, pero era, aun así era, seguir soñando y reunirse con velas para leer poesía y cantar canciones y discutir de política y beber cualquier cosa. Ya no té ruso, por supuesto, y mucho menos ron cubano, que era para el turismo internacional. Para nosotros era la ciudad que nadie iba a quitarnos, aunque no pudiéramos entrar en sus hoteles, aunque tuviéramos que comer lo mismo todos los días y remendar la ropa y hartarnos de todo.

La Habana es o son, mis amigos muertos a destiempo, demasiado pronto según la cronología lógica de una vida cualquiera. Cuando, como si no bastara con tu crisis, Habana, tuve que acostumbrarme a sus ausencias y a recorrer en bicicleta el cementerio Colón, tan hermoso, tan cinematográfico, con todas sus esculturas y yo buscando una lápida que alguien se robó para vender más tarde a sobreprecio.

La Habana... eres agosto de 1994. Eres el desorden, la gente gritando en la calle, rompiendo vidrieras, los helicópteros volando por encima de ti. Eres el malecón donde tantas veces nos sentamos a conversar y a beber y a terminar la noche, donde tanta gente se sienta a tomar el fresco del mar, eres el malecón convertido en embarcadero para decir adiós a los que se iban con las balsas construidas en casa. Eres la explosión y luego la calma, el «ojalá que llegues», «que te vaya bien y mán-

dame dinero». Eres la sonrisa amarga: «Pioneros por el comunismo, seremos como el Che», sí, extranjeros.

Eres, Habana, los cuerpos de tu gente, el calor en la piel, el roce de una mano, las miradas lascivas. Eres esas ganas de reírse todo el tiempo, hasta de nosotros mismos. Eres el tipo sentado en el quicio de la acera esperando que pase cualquier mujer para decirle: «qué rica estás, mami». Eres la sonrisa de la mujer, el vaivén de sus carnes. El viejo que canta mientras camina. La vieja fumando en el portal. Las sombras de tus árboles. La música que vuela a través de las ventanas. El ruido. El vecino llamando a los santos afrocubanos, y que Changó nos proteja y Elegguá nos abra los caminos. El sudor que corre por la espalda del que pedalea en bicicleta bajo el sol caribeño. El sudor que corre por los cuerpos mientras hacemos el amor. Eres el tictac del reloj de la emisora Radio Reloj, el pitido que anuncia los minutos, uno a uno, para no olvidarnos del tiempo: «son las cinco de la mañana en La Habana, Cuba». Y cada minuto son apenas sesenta segundos cayéndonos encima.

Tú eres, linda Habana, la que se convirtió en un hastío, en la desesperanza. Y eres el aeropuerto, ese agujero por donde tantas cosas desaparecen. Eres muchos amigos de menos en la libreta de teléfonos. La ilusión de una visa internacional para visitar el aeropuerto y decir: chao, ojalá no te tomes la Coca-Cola del olvido. Ojalá me recuerdes, nos recuerdes, y puedas escribirnos y quién sabe si volver pronto. Eres el aeropuerto que se llama José Martí, claro, ¿cómo iba a llamarse? Tu aeropuerto, Habana, es ese frío lugar donde la gente va vestida con sus mejores ropas para decir adiós. Y hay cervezas y fiestas y carritos con maletas y llantos atragantados en el pecho. Y están nuestros padres, de un lado o del otro, esperando el regreso o despidiendo, siempre sonrientes, porque un cubano sonríe siempre. Eres el aeropuerto donde un día yo pasé la frontera de inmigración y me paré para mirarlos a todos y decir «chao», antes de abrir la puerta y largarme con mis sueños a otra parte.

Y aquí estoy, mi Habana, viéndote en las fotografías. Ahora te has convertido en el viaje, las vacaciones. Eres el ansia de la próxima aventura. Nuevos amigos en la libreta de teléfonos. El lugar que no me deja sino seguir soñando, por todo y a pesar de todo. La ciudad fantasma que tengo que descubrir cada

vez que vuelvo, pero que me mira y me reconoce. Será por eso, quizá, que entre todas las que conozco, tú eres mi ciudad, Habana, y quién sabe, quién podría decirlo, si un día vuelves a ser tú la ciudad de mi regreso.

(Cuba)



El Salvador: *éxodos, retornos e ilusión*

Por Horacio Castellanos Moya

La crónica del retorno como aventura individual es tan antigua como *La Odisea*; la crónica del retorno como aventura colectiva, de un ejército maltrecho y derrengado, es tan antigua como el *Anábasis*. Quien regresa a su país puede encontrar a los mismos hombres y mujeres, los mismos edificios y las mismas calles que dejó antes de su partida; pero, luego de la alegría de pisar de nuevo la tierra añorada, padecerá cierta sensación de extrañeza, un intersticio, un desajuste, que, con el paso de los días, irá desapareciendo conforme se construye una nueva rutina. Para el que ha partido y regresado varias veces, empero, la extrañeza será diferente en cada llegada. El tiempo de la ausencia y los motivos para el retorno determinan la naturaleza del reencuentro.

Desde 1979 hasta la fecha he salido de El Salvador y retornado en varias ocasiones y en diversas circunstancias. Cuarenta años pueden ser suficientes para visualizar la trayectoria de un país, su forma de moverse en la historia, sus obsesiones, sus rasgos dominantes, en fin, sus taras y virtudes. El país del que salí por primera vez en marzo de 1979 y al que regresé por última vez en diciembre de 2018 es el mismo en su geografía, en su clima, en la tipología de sus habitantes, pero también es distinto: protagonizó una encarnizada guerra civil de doce años: se entusiasmó con la consecución de la paz y la democracia, se desilusionó al descubrir que la miseria de sus habitantes seguía siendo la misma, recayó en una vorágine de violencia a causa de las pandillas o *maras*, que ahora controlan vastas zonas del territorio nacional, y contempló el proceso de pudrición de los liderazgos políticos salidos de la guerra.

Durante los últimos cuarenta años, pareciera que El Salvador no maduró como país, no aprendió a administrar mejor sus activos –las lecciones acumuladas en la guerra y el logro de la paz y la democracia–, sino que sólo los ha dilapidado. Y ahora ha entrado en un estado comatoso cuya expresión más evidente es el éxodo masivo y permanente de su población, una sangría de unas doscientas cincuenta personas que abandonan el país cada día por vía terrestre con el propósito de entrar ilegalmente a Estados Unidos o de largarse adonde sea; unas ochenta son deportadas por las autoridades estadounidenses también diariamente. La mayoría de los deportados lo intentará una segunda vez, y hasta una tercera. Es el círculo vicioso de la emigración y la deporta-

ción. Todo esfuerzo, todo sacrificio es mejor que quedarse en un país que se cae a pedazos, que sólo ofrece hambre y muerte.

2

La primera vez que salí de El Salvador, o más bien que me exilié, recién había cumplido veintiún años. Fue a principios de 1979, cuando las calles de la capital comenzaban a convertirse en un territorio de batalla entre el creciente movimiento de masas revolucionarias, dirigido desde la clandestinidad por las organizaciones guerrilleras, y el Ejército, que gobernaba el país desde 1931. Me fui para evitar involucrarme, pues era imposible no tomar posición de cara a la confrontación política que se avecinaba. Y como joven aspirante a escritor, lo natural era ser arrastrado por el torbellino. Me fui con la idea de no regresar.

Estuve en Toronto, Canadá, a lo largo de diez meses. Disfruté mi nueva libertad –era la primera vez que vivía fuera de la casa de mi familia–, me asombré ante ese otro mundo, padecí soledad y una sensación de no pertenencia que, desde entonces, me acompaña sin importar el sitio en que me encuentre. También sufrí *homesickness*, que, en realidad, era culpa porque los amigos estaban arriesgando el pellejo y yo no enviaba señales de ningún tipo.

Ese fue mi primer retorno, cuando arrancaba 1980. Me había ido con la idea de no volver y ahora regresaba con la idea de quedarme. El país que encontré parecía el mismo que había dejado diez meses atrás, pero había empeorado sus rasgos: más cruel, sangriento, rabiosamente radical. La guerra civil comenzaba: sus exigencias eran el heroísmo y el martirologio. Lo escribí en otro texto: nunca me había sentido tan extraterrestre como entre aquellos amigos que un año antes eran poetas y que entonces se habían convertido en propagandistas de los sindicatos revolucionarios y emprendían acciones armadas clandestinas contra los militares. La poesía era la acción, el arrojo y la sobrevivencia. ¿Qué hacía yo en medio de aquello? ¿Cómo pude ser tan estúpido de creer que, si no tuve valor cuando apenas comenzaban los tiros, lo tendría cuando lo que tronaba era la metralla cerrada? Me largué a los dos meses. Dice un verso de Roque Dalton: «La prudencia no te hará inmortal, camarada». De todos aquellos jóvenes, mis contemporáneos, que murieron en la guerra, bajo fuego enemigo o bajo las torturas, casi nadie se acuerda ahora.

Desde que salí del país el 6 de marzo de 1980 no regresé sino hasta nueve años más tarde. Mi segundo retorno fue distinto al primero: no tenía intención de quedarme, era una visita corta en uno de los peores momentos de la guerra civil. Corrían los últimos días de mayo de 1989, el gobierno de la democracia cristiana aliada con los militares llegaba a su fin y el 1 de junio asumiría la presidencia el partido de la extrema derecha. La guerra arreciaba en el campo y las ciudades. Desde la casa de mi madre, podía escuchar cuando los cañones del ejército disparaban hacia la zona de Guazapa; el rugido de los helicópteros recorriendo los cielos de la ciudad era permanente. La guerrilla preparaba la gran ofensiva militar que lanzaría cinco meses más tarde; también había ejecutado en operaciones comandos a los principales líderes ideológicos de la ultraderecha. Los combates en la ciudad arreciaban. El ambiente era muy denso.

«¿Qué hacés aquí? Te puede matar el ejército y echarle la culpa a la guerrilla o al revés», me dijo el escritor Carlos Castro la noche de mi llegada mientras bebíamos cerveza en uno de los abarrotados y ruidosos locales que circundaban el Redondel Masferrer. San Salvador era como Saigón antes de la ofensiva del Tet: la fiesta se intensificaba entre la pólvora.

Mi segundo retorno obedecía a una empresa a todas luces fuera de lugar: recibir un premio literario que me concedió la universidad centroamericana dirigida por los sacerdotes jesuitas españoles que serían asesinados por el ejército cinco meses más tarde, precisamente en medio del fragor de la ofensiva militar de la guerrilla.

Asistí a la ceremonia en la universidad, estuve unos pocos días más, con índices poco saludables de alcohol en la sangre – única forma de paliar el miedo–, y enseguida me largué hacia México, donde entonces residía.

Dice un refrán salvadoreño: «la tercera es la vencida», es decir, la definitiva. Y así me lo parecía cuando el 10 de mayo de 1991 me embarqué en el avión que me llevaría de regreso a San Salvador. El fin de la guerra era a todas luces inevitable: luego de la batalla de noviembre de 1989, tanto la guerrilla como el ejército habían quedado exhaustos; las negociaciones entre ambos bandos por medio de las Naciones Unidas (ONU) avanzaban de

forma sustantiva; el comunismo soviético se estaba desplomando, los sandinistas habían perdido las elecciones en Nicaragua y la administración de George Bush padre estaba dispuesta a poner fin a «la última guerra» de la Guerra Fría en el hemisferio occidental. Ni la guerrilla pudo imponer su sueño de una «patria socialista» a lo cubano, ni el ejército y la derecha pudieron retornar al régimen militar fascista con el que habían sometido al país durante sesenta años. La democracia fue el resultado de la solución negociada.

Yo era apenas uno de los cientos que retornamos en esos años de transición: unos del extranjero, como en mi caso; otros de los frentes de guerra, como en el caso de algunos de mis amigos. La ilusión de construir algo nuevo, de aprovechar los espacios que la paz y la democracia abrían, de respirar un aire fresco –fuera de la asfixiante bota de los milicos–, de compartir una energía que llamábamos fundacional, permeaba el ambiente. Pese a que la transición democrática puede parecer gris, si se compara con la épica de los triunfos revolucionarios, yo la recuerdo como una época de entusiasmos, de apuestas, de confianza en el país y en el futuro. Formé parte de los equipos fundadores de una revista mensual (*Tendencias*) y de un periódico semanal (*Primera plana* –del que fui director–), los primeros medios impresos de la postguerra: el desafío era aportar a la creación de una nueva cultura política, estirar al máximo los espacios para el pensamiento y el debate sobre el país, atizar las posibilidades creativas en los ámbitos del arte y la literatura.

Un día preciso en el acontecer de San Salvador refleja en todo su esplendor el espíritu de aquella época, las energías con que arrancaba esa nueva etapa en la historia del país: el jueves 16 de enero de 1992, cuando el gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) suscribieron los Acuerdos de Paz, para poner fin a la guerra y transitar hacia la democracia, ante la presencia de la comunidad internacional y las Naciones Unidas, en el castillo de Chapultepec, en la Ciudad de México.

5

Era una mañana soleada y calurosa. Salí de casa un poco después de las 11:00. Recogí a un amigo en la ruta. Hicimos una parada en un supermercado en el barrio San Miguelito, a comprar bebidas para la jornada. Enfilamos hacia el centro de la ciudad.

Me estacioné sobre la avenida España, a inmediaciones de lo que entonces era el cine Majestic.

Grupos de gente caminaban por las aceras, por las calles. Se respiraba una alegría contenida, cautela, ansias.

El centro capitalino estaba cerrado a la circulación de coches. Los autobuses debían rodearlo.

A medida que nos acercábamos a la plaza Barrios, encontramos más gente, una corriente en medio de la cual fluíamos y en la que el espíritu festivo crecía.

No había policías: unos civiles con distintivos blancos eran quienes marcaban el perímetro de las celebraciones con una cuerda alzada a lo ancho de la bocacalle.

Desde la esquina del antiguo edificio del correo, a espaldas de la catedral, vimos a la multitud que comenzaba a congregarse en la plaza, las banderas rojo y blanco; escuchamos la música de la izquierda –Quilapayún, Silvio Rodríguez, los Mejía Godoy–, que salía con estrépito de los parlantes ubicados frente al Palacio Nacional.

Ésa era la plaza asignada a la FMLN para celebrar la firma de la paz.

Trece años atrás, el 8 de mayo de 1979, en esa misma plaza Barrios, la policía había masacrado salvajemente una manifestación de obreros, campesinos y estudiantes –las imágenes de los policías disparando a mansalva a los manifestantes que corrían a refugiarse a la catedral aún pueden ser vista en *YouTube*–. Yo había visto esas mismas imágenes, conmocionado y con rabia, en un noticiero televisivo en Toronto la noche de los sucesos. Hubo veintidós muertos.

Doce años atrás, el 30 de marzo de 1980, en esa misma plaza, ante la presencia de la comunidad internacional y frente a las cámaras del mundo, francotiradores del ejército apostados en las azoteas del Palacio Nacional habían disparado, también a mansalva, a miles de personas asistentes a los funerales de monseñor Óscar Arnulfo Romero, asesinado seis días antes en una conspiración de los militares y la ultraderecha –un asesinato que, para muchos, marcó el inicio de la guerra civil–. Decenas de cadáveres quedaron tendidos frente a la catedral.

Ahora, de la fachada del Palacio Nacional colgaban dos gigantescas mantas rojas con las siglas FMLN en blanco. Y frente a los escalones de la entrada había sido construida una enorme ta-

rima sobre la cual se movían los locutores, los agitadores, y donde pronto comenzarían a tocar los grupos musicales.

El ambiente era de fiesta, jolgorio, exaltación. No hubo triunfo revolucionario, pero el solo hecho de no haber sido derrotados y haber ganado el derecho a estar en esa plaza por la fuerza de las armas, era motivo suficiente para celebrar.

Y los que no éramos parte del FMLN sabíamos que el enemigo de la inteligencia y de cualquier progreso eran el ejército y la derecha. Por tanto, éste era el lado que nos correspondía, donde celebrábamos, donde nos encontrábamos y brindábamos con amigos y conocidos.

Horas más tarde, sin embargo, tuve la curiosidad de ir a husmear cómo estaba el ambiente en la otra plaza, a cien metros de distancia, donde se concentraban los desconocidos, la derecha con sus militares.

Caminé sobre la segunda calle Oriente. A media cuadra estaban los civiles con distintivo blanco, la cuerda templada a lo ancho de la calle para marcar la frontera entre las dos multitudes, los dos bandos, los enemigos que, a partir de ahora, se convertirían en adversarios.

En la plaza Libertad también había un ambiente festivo, aunque entonces me pareció mucho menor que en la plaza Barrios. No me encontraría, además, con ningún conocido, con nadie con quien conversar. Me sentí como un infiltrado. Pero yo no era el único, ni mucho menos, que pasaba de una plaza a otra.

Al final de la tarde, un avión voló a baja altura sobre el centro capitalino. Los locutores anunciaron que se trataba de las delegaciones del gobierno y del FMLN, que unas horas atrás habían firmado los Acuerdos de Paz en el castillo de Chapultepec, y que regresaban, junto a una comitiva internacional, para encabezar los festejos. La ovación fue cerrada; la algarabía se intensificó.

Ya había caído el sol y las plazas estaban iluminadas por sistemas especiales de luces, cuando las delegaciones llegaron a las tarimas. Quién sabe cómo habrá sido para la derecha y el ejército, cuyos líderes eran la moneda corriente en los medios masivos y en la vida pública. Pero la llegada de los comandantes y la dirigencia civil del FMLN a la plaza llevó a las masas al clímax, a una especie de paroxismo.

Nunca he vivido un día con tal intensidad colectiva, con semejante espíritu gregario, con tanta ilusión como ése. Y lo afirma un escéptico, alguien que desconfía profundamente del ser

humano y sus espejismos. Un día especial, único en la historia salvadoreña del siglo xx, quizá sólo comparable al 8 de mayo de 1944, cuando una huelga de brazos caídos acabó con la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez.

6

Ese jueves 16 de enero de 1992 marcó el sueño del retorno. Pero se sabe que no hay sueño eterno y que el despertar es doloroso.

Dos años más tarde, la derecha ganó las elecciones presidenciales. Ciertamente, el FMLN obtuvo alrededor de la mitad de los poderes legislativo y municipal, pero la inercia de la historia y la cultura nacional comenzaba a corroer la ilusión.

Yo me fui del país nuevamente en agosto de 1997. Los proyectos periodísticos en que me había embarcado fracasaron y, para remate, luego de la publicación de mi novela *El asco*, me amenazaron de muerte –pero ésa es historia vieja–.

Desde entonces, visito el país por períodos breves, sin ninguna intención de quedarme, como otro de los turistas nacionales que ahorran a lo largo del año para ir a visitar a sus familiares pero, en mi caso, sin nostalgia, sin ilusión.

Ya cuando me exilié por última vez, hace veintidós años, se palpaban los síntomas del desastre que ahora acontece: el reciclamiento de la violencia a través de las *maras*, la pauperización de la mayoría de los habitantes, la corrupción de las élites política y económica, la emigración hacia Estados Unidos como única forma de buscar futuro, como el principal fenómeno social y económico de los últimos cuarenta años.

Un país cuya patología principal es expulsar a su propia gente semeja a un padre o madre cruel que echa a sus hijos a la calle, para que se conviertan en eso, en «niños de la calle», que sólo pueden sobrevivir víctimas de la explotación en trabajos ingratos, o de la limosna, o del hurto.

7

Ciertamente, hubo otro fagonazo de ilusión que yo no viví, en 2009, cuando asumió la presidencia el primer gobierno del FMLN. Por fin, la izquierda realizaba su sueño, la guerra civil con sus miles de muertos y desaparecidos había servido para algo, el sacrificio no había sido inútil. El presidente Mauricio Funes parecía el hombre idóneo: inteligente, carismático, conocedor de los problemas del país, ducho para el debate gracias a su experiencia

como el principal conductor de noticieros televisivos a lo largo de veinticinco años. Una década más tarde, Funes permanece asilado bajo la garra protectora de Daniel Ortega en Nicaragua, acusado de haber malversado más de trescientos millones de dólares durante su gestión. Es el tercer presidente de la República consecutivamente acusado de malversaciones millonarias (los dos anteriores pertenecían a la derecha: uno murió de un derrame cerebral durante el proceso judicial en su contra y el otro está preso).

Diez años, dos periodos presidenciales, bastaron a la dirigencia del FMLN para acabar con todo el capital político acumulado por la población durante décadas de lucha, sacrificio, muerte. Su catástrofe electoral este año 2019 es un hito histórico, al igual que la catástrofe de la derecha representada a lo largo de cuatro décadas por la Alianza Republicana Nacionalista (Arena).

En tal sentido, el año 2019 marca el fin del siglo xx en la historia política de El Salvador. Los dos bandos políticos e ideológicos que iniciaron su batalla en la década de los treinta (con la fundación del Partido Comunista y la insurrección campesina de 1932), y que luego se enfrascaron en la guerra civil de los ochenta y ejercieron el poder durante la transición democrática, han sido sacudidos de la mesa del poder y ya sólo quedan sus migajas.

8

Mi último retorno a San Salvador fue en diciembre de 2018. Me hospedé en un hotel, como lo hago desde hace quince años. Me transporté en Uber, pues caminar por las calles de esa ciudad significa padecer el riesgo permanente de ser asaltado o asesinado. Realicé las entrevistas de trabajo que necesitaba para un próximo libro. Visité a familiares. Tomé un poco de sol, comí demasiados mariscos y enfermé del estómago.

«A vos ya no te quedan amigos en El Salvador», me había dicho a finales de noviembre un joven periodista al que encontré en la Feria del Libro en Guadalajara. Se equivocaba. Sí me quedan amigos, gracias a los que me puedo hacer una pintura de lo que sucede en el país. Lo que no me quedan son ilusiones, esperanzas, expectativas de que, con el fin de una época, se abra una mejor, de que quienes llegan al poder ahora le pongan fin al

hambre y al homicidio, que sean más honrados que quienes les precedieron.

Ciertamente, asumió un nuevo y joven presidente de apellido Bukele –es un *milleañial*, dicen sus seguidores (muchos de ellos de las jóvenes generaciones) con el destello en la mirada propio de quienes se aprestan a conquistar el futuro–. Parece el hombre idóneo: inteligente, carismático, conocedor de los problemas del país y ducho para el manejo del Twitter... Se jacta de ser «el presidente más *cool* del mundo».

Ésta es la más reciente llamarada de ilusión. Quizá vendrán otras. Mientras, el éxodo continúa; también los retornos.

(El Salvador)



Escuela de tolerancia

Por Ignacio Vidal-Folch

Mientras Flor limpiaba la casa –y me anunciaba que esta tarde se iba a quedar otra hora más porque hay mucho que planchar, y que la semana próxima no podrá venir el jueves, pero en cambio vendrá el martes porque...– he pensado que ya hace bastantes años que esta abnegada mujer emigró aquí, a Barcelona, con el objetivo de ganar dinero y enviarlo cada mes a su país, para que su hijo pueda estudiar en la universidad. El hijo debe de haberse doctorado ya. Debe de haberse casado, allá lejos. A lo mejor le habrán dado algún nieto. Le he preguntado:

–¿Y usted, Flor, supongo que estará ya pensando en volver a su casa?

–No, señor.

–¿Y eso por qué?

–Mire usted, póngase usted en el caso de que a usted alguien le mata.

–Hombre...

–¿Verdad que la policía se pondrá a investigar y procurará identificar al criminal y detenerlo?

–Sí, claro.

–Bueno, en mi país no es así. Si no le pagas a la policía no hace nada. Son todos corruptos y ladrones.

Cuando iba a responderle han llamado a la puerta.

–Ya abro yo, Flor.

Llegaba ese reportero que me llamó ayer. Venía con su *cameraman*, que ha instalado el trípode en la puerta del despacho, me han hecho sentar al escritorio, y el «plumilla» –así se llama al redactor en la jerga del oficio– me ha formulado estas preguntas:

–¿Empezamos? Cuatro, tres, dos, uno, cero. ¿Qué le une a usted a España?

¿Qué me une a España? Vaya. La pregunta podría ser peregrina e intrigante, teniendo en cuenta que nací y he vivido casi toda la vida en esta ciudad, que es la segunda ciudad más importante de España en determinados aspectos, y en algunos también incluso la primera, y, por lo menos, hasta hace bien poco, su «motor económico», como suele decirse, y su capital editorial; y teniendo en cuenta, además, que tanto mis antepasados por parte de padre como por parte de madre tuvieron, por lo menos hasta la sexta generación, apellidos catalanes, es decir, españoles, la pregunta aún era más rara. Yo hubiera podido legítimamente responder:

–¿Que qué me une a España?... ¡Pero si España soy yo, señor mío!

El plumilla y el cámara están trabajando en un documental. Le preguntan lo mismo a escritores y funambulistas de toda laya. He supuesto, sin que hicieran falta más explicaciones, que la pregunta obedecía a cierta difusa inquietud que reina por ahí sobre la supervivencia de nuestro país, inquietud provocada por cierto ruidoso movimiento separatista en Cataluña. En realidad, lo que con su pregunta el hombre de la tele quería averiguar es si hay algo, en la esencia, en la tradición de nuestro país, que puedan algunos como yo considerar especial, válido y afectuoso.

He pedido que suspendieran la filmación unos minutos para poder pensar bien la respuesta, mi respuesta, ya que, en cierto sentido, en ella, en lo que pudiera yo decir, se cifraría nada menos que el porvenir de España... y hasta su misma supervivencia, por lo menos en mi propia mente, que es para mí el terreno de juego de la realidad solipsista. De manera que mi responsabilidad era grande.

De paso, mientras me tomaba esos minutos para la reflexión profunda, he aprovechado para sacar de encima del escritorio y esconderlo dentro de un cajón un libro de Ruano, autor que me parece fascinante, para que su figura no tiña con un desagradable matiz reaccionario lo que se me ocurra decir. He ocultado también un frasco de agua de colonia de la acreditada casa Heno de Pravia que no sé porqué me ha parecido que no quedaría bien en pantalla, que me daría un aire tontorrón o pueril o decadente o amanerado o caprichoso o qué sé yo. Fuera la colonia. También he retirado *tu* foto, perdóneme, para no parecer un sentimental.

Ahora la mesa estaba monda, no quedaba nada salvo un libro sobre la «ontología de las cosas», que queda muy bien, y unos papeles garabateados con mi escritura, que he vuelto del revés porque los borradores no deben enseñarse.

Cuando no quedaba ya nada en la mesa, que ahora estaba perfectamente limpia y despejada y no podía *decir* nada salvo la ontología de las cosas, he podido por fin concentrarme, en serio, en pensar profundamente. ¿Cuál es el lazo que más estrechamente me liga a mi patria? Decidirlo es definirla. ¿Con cuáles de sus atributos me siento más identificado? ¿Acaso con la lengua, tan clara y sonora (aunque amigos americanos me han dicho que pronunciada por nosotros suena a sus oídos como una ráfaga de ametralladora) y que es una de las más habladas en el mundo? ¿El impresionante legado literario de los siglos? ¿La extraordinaria variedad del paisaje, el clima suave, o por lo menos soportable, en buena parte de la geografía? ¿El carácter de la misma gente, que

es, por regla general, abierto, expresivo y cordial? ¿La tolerancia en las costumbres, mayor que en ningún lugar del mundo que yo conozca? ¿La selección nacional de fútbol, que tantos goles marca, y, en general, la acreditada excelencia deportiva de mis compatriotas que, en determinados momentos, hizo relativamente popular, en ciertos ambientes no excesivamente sofisticados, es verdad, una camiseta roja con la graciosa inscripción «Soy español: ¿a qué quieres que te gane?».

Un lema tontorrón, pero asombroso para un país cuyos ciudadanos suelen tener en poco a ese mismo país. Pero por tontorrón y fanfarrón que fuere el lema, lo consideraré como una agradable revancha contra la opinión pública de los británicos sobre España, resumida, con su proverbial sentido del humor, en sus tabloides durante el campeonato mundial de fútbol que años atrás se celebró en Valencia, en el Levante español.

Eran chistes en forma de pregunta y respuesta que supuestamente ayudarían a los miles y miles de británicos que se iban a desplazar a España para asistir a los partidos, animar a su selección, beber sin tasa y armar bronca.

Uno de esos chistes decía: «¿Cómo puedo distinguir a un español de una española?». La respuesta «correcta» era: «Ellos no suelen llevar bigote».

Recuerdo este otro: «Sin saber hablar su idioma, ¿cómo lograr que un español me entienda?». Respuesta: «Llámele: ¡Camarero!».

Aquella oleada de chistes chabacanos y hasta xenófobos levantó cierta indignación entre nosotros y motivó una solemne protesta de nuestro pundonoroso embajador en Londres, que, por cierto, para mimetizarse con el terreno, solía llevar bombín. Disgustado por estos atentados a la dignidad nacional, después de presentar su protesta volvió a casa, mandó encender la chimenea y arrojó a las llamas el bombín, jurando no volver a lucir uno jamás.

Bueno, esto último no es verdad, pero el plumilla y el cámara no podían saberlo, y como anécdota me parecía vistosa, entretenida. Pero pensé que hablar de fútbol siempre coloca un tema serio en un nivel más bien pedestre y no dije nada sobre «Ellos no suelen llevar bigote»... ni sobre «Soy español ¿a qué quieres que te gane?».

Descartado, pues el fútbol. Entonces, ¿qué?

Recordando la conversación que minutos atrás había estado sosteniendo con Flor, he dicho:

-¡La policía!

-¿Qué? ¡Yo no he hecho nada! ¡Estoy limpio! -exclama el cámara muy alarmado-. ¿Dónde, dónde está la policía?

-En todas partes, señor mío, y creo que es lo que más me une a este país y una de las cosas que mejor funciona. Una policía eficaz y sujeta a la normativa, o sea el monopolio estatal de la violencia, es la columna vertebral para la viabilidad de cualquier Estado. Sin ello, créame, nos estaríamos matando por las esquinas.

-Tiene usted razón -dijo el cámara, mirándome con hostilidad.

-Bien, pues el cuerpo de la Policía Nacional y la Guardia Civil ya durante la dictadura tenían una reputación de eficacia extrema, que durante estas cuatro décadas de democracia se ha ido afinando y extremando casi hasta la perfección (dentro de los límites de la imperfecta naturaleza humana y de sus obras, claro está), en buena parte gracias a la trágica exigencia que le impuso el terrorismo de una organización multiforme, de una crueldad implacable, cuyo símbolo era el hacha y la serpiente, que fue repetidamente descabezada hasta la derrota sin paliativos. Mérito de muchos, pero, sobre todo, de las policías. Esa excelencia es insobornable y determinante para que éste sea uno de los países más seguros del mundo, con un índice extremadamente bajo de homicidios y asesinatos, a pesar de que sea objeto del deseo de las mafias italianas que vienen a nuestro litoral a abrir pizzerías-lavaderos de dinero sucio, de bandas albanokosovares dedicadas a saltar chales, de «ladrones de ley» rusos, de señores de la coca colombianos que meten su mercancía en Europa a través de España, y de otras fuerzas infernales. A la policía se le multiplica la tarea. Pero no tira nunca la toalla. ¿No son emocionantes esas noticias que salen de vez en cuando sobre la resolución de un crimen cometido décadas atrás y ya supuestamente olvidado e impune, pero resulta que un anónimo comisario ha seguido investigando hasta que ayer logró detener al criminal? El último caso ha sido, como todos saben, la detención en Francia del sanguinario y escurridizo Josu Ternera...

-¿Y de Villarejo qué me dice? -preguntó el cámara.

-Oye, Paquito -le censuró el periodista- tú haz lo tuyo, no te metas, que de las preguntas ya me encargo yo.

-No, deje, deje que se exprese el chavalote -intercedí con magnanimidad-. El comisario Villarejo... es la excepción que confirma la regla, siempre hay una oveja negra, una manzana podrida.

(Ese comisario, que ahora se halla en prisión provisional a la espera de juicio, supuestamente ha estado aprovechando durante muchos años su alto cargo policial para enriquecerse obteniendo información por vías delictivas, espionando, sobornando, chantajeando, amenazando, en fin, haciendo trabajos sucios en favor de conocidos potentados de las finanzas y jerarcas de la política; parece que grababa maniáticamente las conversaciones de toda la gente que contrataba sus turbios servicios, gente que ahora vive en un *ay* por si se cumple su amenaza y esas grabaciones comprometedoras salen a la luz. Parece que al comisario le asomaban los micros de detrás de la solapa y los cables hasta de las orejas. Sería un caso digno de una novela, o de una película, si no fuera porque ya se han hecho quinientas sobre casos parecidos).

–... Pero pensándolo bien, borren lo que acabo de decir, por favor –le he pedido al plumilla–, borren todo eso que he dicho de la policía, que es imposible quedar *cool* elogiando a las fuerzas del orden. ¿Vale?

–Como usted quiera. Repetimos la toma. Repitamos la toma desde el principio. Cuatro, tres, dos, uno, cero. ¿Qué le une a España?

Me quedé en blanco. Se produjo lo que en televisión creo que llaman «aire muerto», cuando se hace un silencio de varios segundos, que en la tele es una eternidad. Se me ocurrió que podía sacar del archivo un artículo publicado recientemente en *El País* donde se menciona que algunos reputados organismos internacionales, tras hacer estadísticas y mediciones, han sacado la conclusión de que España es el mejor país del mundo para nacer, el más sociable para vivir y el más seguro para viajar solos por su territorio. Según *The Economist* nuestro nivel democrático está muy por encima de países tan acreditados en esto como Bélgica, Francia e Italia, y el afamado rotativo nos pone a la vanguardia mundial en «donación y trasplante de órganos, fecundación asistida, sistemas de detección precoz del cáncer, protección sanitaria universal gratuita, en esperanza de vida solo detrás de Japón, en robótica social, en energía eólica, en producción editorial, en tratamiento de aguas, en energías limpias, en construcción de grandes infraestructuras ferroviarias de alta velocidad», etcétera, etcétera.

Cuando te preguntan *a ti*, lo que se espera es que manifies-tes tu propia opinión –que formules tu propia tesis–, no que repitas lo que Manuel Vicent ha escrito. Sin embargo, yo me sentía en apuros ya que, como partícula integrante del fenómeno, no me

siento autorizado a emitir una opinión, o sea un juicio objetivo, pues no se puede ser juez y parte. Los minutos transcurrían «siguiendo un orden austero», como en el fado, y no se me ocurría una respuesta exacta y apropiada. A decir verdad, el tema es para mí un arcano. En parte esto se debe, supongo, a que siendo vecino de una ciudad y habiendo conocido algunas otras ciudades y encontrado entre ellas parecidos estructurales, cierta facilidad en el acceso a las cosas y los espacios que me importan, y que en unas y otras son similares, en cambio, el «hecho nacional» está desdibujado y borroso a mis ojos. En este sentido, siempre recuerdo que años atrás solía yo criticar ante un amigo, exiliado argentino, la miseria de la vida intelectual en Barcelona, hasta que un buen día, cansado de mis quejas, me dijo: «Oye, aquí hay algunas buenas librerías, hay algunas editoriales, hay una biblioteca central y varias de barrio, no hay censura. ¡No está tan mal!». Tenía razón. No se puede pedir mucho más

En parte, mi dificultad también se debía a que me educué, por oposición al régimen del general Franco, a quien se le llenaba la boca hablando de España y que en su nombre había desencadenado una Guerra Civil oprobiosa y una larga dictadura, me educué, decía, en la repugnancia al nacionalismo y en el descrédito al concepto de la patria, del que lo mejor que se ha escrito han sido esos versos de Neruda: «Patria, / palabra triste, / como termómetro o ascensor». Con demasiada facilidad se confunden el comprensible y humano apego afectuoso a la región donde uno ha crecido y un sentimiento de cierta pertenencia o solidaridad especial con una determinada comunidad humana, con el patriotismo. Tan desagradable me parece el chovinismo en los demás y tan vacunado estoy contra él que, cada vez que escribo en la prensa o hablo en público sobre asuntos políticos, tengo buen cuidado en medir mis palabras –unos remilgos exagerados– para no ser de ninguna manera malinterpretado, por lo menos ante el tribunal de mi propia conciencia, como un nacionalista. «El nacionalismo es la guerra», dijo Mitterrand, pero creo recordar que antes lo dijo Renard.

Y este prurito prudente, que comparto con muchos escritores de mi generación y de las generaciones inmediatas, esta vigilancia constante por mantenerme puro de pulsiones tribales, me obliga a pensar ciertas ideas que a un observador extranjero le parecerían tal vez evidencias, no dos veces como se debe, sino tres, cuatro o cinco.

Todo eso que cuenta *The Economist* es verdad, y se conoce poco por culpa del pesimismo antropológico de los españoles, que lleva esa vigilancia al extremo del masoquismo social, o una extraña y muy extendida complacencia en criticar, denostar y hasta execrar la tierra natal. Esto es así hoy como ayer, cuando el poeta Bartrina escribió estos ripios: «Oyendo hablar un hombre, fácil es / saber dónde vio la luz del sol / Si alaba Inglaterra, será inglés / Si reniega de Prusia, es un francés / y si habla mal de España... es español».

Un prurito especialmente irrisorio en ciertos intelectuales de izquierdas que, sintiéndose maltratados por un país cuyas autoridades políticas raras veces en la historia han valorado y ni siquiera respetado los hechos culturales –la Cultura con mayúsculas que ellos seguramente creen encarnar–, de vez en cuando suspiran: «¡Qué país! ¡Te lo juro, yo me hacía francés!», creyendo, tal vez, que bastaría con cruzar la frontera y nacionalizarse en el país vecino y, en seguida, se le reconocerían sus méritos, se les impondría una condecoración, se les asignaría una pensión digna y, sobre todo, se les leería. Se les comprendería. (Porque en este sentido, y dicho sea de paso, es una peculiaridad bien extraña del reino –digo «el reino» para no repetir todo el rato «España» y «este país»–, la formidable dimensión de la industria cultural, las docenas de miles de títulos que se imprimen cada año, lo muchísimo que se traduce del francés, inglés, rumano, ruso, alemán y otras lenguas... Datos que tan mal se compadecen con el número de lectores habituales, ínfimo hasta el bochorno, en comparación con los países europeos contiguos).

Pero no es sólo el esnobismo de ciertas clases privilegiadas que se sienten agraviadas porque consideran que merecen más. Desde el estallido de la crisis de 2007, el reino expulsa a muchos jóvenes a la emigración, y esos jóvenes forman, con expresión ya tópica, «la generación mejor preparada de la historia», es gente bien educada en universidades y escuelas técnicas de primer nivel, con conocimiento de idiomas extranjeros... que después de cursar los estudios más exigentes y altos, completados con «másteres» y *stages* de todo tipo, se han encontrado que la promesa tácita o explícita que familia y Estado les hicieron cuando eran niños, en el sentido de que si se esforzaban y estudiaban, si se preparaban, serían recompensados, al llegar a la hora de la verdad no se cumple en este país, cuya estructura económica se basa en los sectores de la construcción de viviendas y en los servicios orientados al turismo.

Es el espectáculo penoso de un inmenso derroche de talento y de esfuerzo para formar con los ahorros de las familias, a veces con colaboración del Estado, a esas generaciones tan bien educadas que en el momento en que deberían revertir en la prosperidad de éste los conocimientos adquiridos, tienen que emigrar hacia el norte, para que sean otros países los que se beneficien de ese capital intelectual. No pocos de estos jóvenes, que van dejando de serlo en aquellos países de meteorología más adversa y de trato humano más frío y distante, desarrollan un comprensible rencor, sienten que vagamente han sido víctimas de una estafa y lo sienten especialmente cuando, gracias a los vuelos *low cost*, pueden volver, con cierta frecuencia, desde Suiza, desde Alemania o Escandinavia a «casa» y constatan otra vez que es verdad que «casa» es un sitio estupendo y que se mueren por volver, lo que harían ya mismo... si encontrasen un empleo a la altura de sus merecimientos.

No sólo ellos. Es una evidencia que, si a los habitantes de todo el mundo se les ofreciese la posibilidad de elegir el lugar donde vivir, el noventa por ciento elegiría Europa, por sus valores, su democracia, su seguridad social, su estado del bienestar, cada vez más débil pero aún en pie. Y si los europeos pudieran elegir país de residencia, un elevado tanto por ciento elegiría España. De hecho ya lo hacen. Aquí procuran instalarse los potentados de todo el mundo cuando ven que la desestabilidad política hace peligrar su fortuna en su propio país. Gracias a una ley reciente con el alias de «Visa Oro», obtienen el permiso de residencia permanente si compran propiedad inmobiliaria por un valor mínimo de medio millón de euros. Esta ley se promulgó para que bancos y empresas –y particulares que se dedicaron alegremente a la especulación inmobiliaria– se pudieran deshacer de los enormes excedentes inmobiliarios y, a la vez, atraer fortunas a un país sumido en la crisis económica; pero el hecho de que nadie haya puesto el grito en el cielo sobre su significado moral, sobre las implicaciones de poner precio de forma tan descarada a un valor intangible como la ciudadanía de un país, es también ilustrativo de una sociedad que no se toma su país muy en serio.

Tengo que reconocerlo, tengo que ser sincero: España no es perfecta. Por no hablar de cosas más graves, una característica muy peculiar de mis compatriotas, y la más irritante para mí, hasta hacerlos merecedores de una extinción total –que, por supuesto, no les deseo pero que insisto: la merecen–, es esa manía que tienen de *hablar muy alto*, muy muy alto, en toda circunstancia,

especialmente en lugares públicos, alzar mucho la voz para no decir nada, una manera de actuar en consonancia con el cineasta Antonioni, que postulaba un tipo de películas en las que «no pase nada, pero muy lentamente». Del cabo de Gata al de Finisterre, el reino es una inmensa verdulería predicando *urbi et orbi* sus insignificancias más nimias. Por eso, uno de los momentos que prefiero en la historia reciente fue cuando el rey Juan Carlos, hartado de la charlatanería de cierto espadón en un simposio de jefes de Estado, no pudo contenerse y le espetó: «¿POR QUÉ NO TE CALLAS?». Y, por eso, Víctor Mira, que era un artista atormentado, tituló su libro de meditaciones, una vez que ya había emigrado a Alemania, donde murió trágicamente, *En España no se puede dormir*.

Al parecer, este aspecto de nuestra idiosincrasia que delata una educación tan somera es incorregible. Hablamos a gritos – bueno, no: hablan– alegremente, acaso en la convicción de que si no gritas no estás vivo, y quien se traslade en transporte público se tendrá que enterar, lo quiera o no, del menú que están confeccionando dos señoras para la merienda del cumpleaños de una niña que se llama Jennifer: «La tortilla claro, claro. Y yo pondría también olivas... Sí, no, ya las compro yo». Es desesperante. En todos los restaurantes hay una madre chillándole a su hija «¡¡¡Andréita, cómete el pollo!!!», y los decibelios de las conversaciones se multiplican a la enésima potencia según los comensales van apurando las copas. A veces, recuerdo con nostalgia insondable el agradable ruido de succión con que se cierran herméticamente las puertas en algunas casas de la discreta Suiza; sólo estuve unos días pero nunca en mi vida olvidaré aquel sonido como de tenue ventosa de goma que convertía cualquier habitación en cámara de silencio estelar.

Hasta hace pocos años, por lo menos para agredir sónica-mente a los demás, era preciso tener por lo menos un cómplice con el que sostener una conversación a grito pelado, pero desde el invento del teléfono móvil ya puede uno gritar aunque esté a solas y sin que le tilden de tarado. Tal vez eso explica que en nuestras calles se vea circular a tanta gente con auriculares: no es que vayan escuchando la radio o música, sino que esos auriculares cuentan con un bendito dispositivo llamado *noise cancellin*, que amortigua el estrépito ambiental y los bramidos del tipo que exclama a toda potencia: «Con el neto sí, con el neto nos ajustamos, pero aún estamos lejos... No, no le llames tú, ahora, cuando

te cuelgue, le llamo yo. Pero antes, dime, sobre lo de Berjasa...», en un tenue, lejano, sordo, rumor ininteligible.

Pero en este valle de lágrimas que es el mundo, lleno de disgustos y de dolor, quejarse del ruido que hace España, ¿no es injusto? Somos cuarenta millones y pico de personas agitándonos al sol, seguramente tanto movimiento en silencio sería imposible.

Tenía que pensar en otra cosa que destacar, algo mejor que el ruido. Y mejor si podía destacar algo positivo, algo indiscutiblemente bello. ¿Y si mencionaba la catedral de Santiago de Compostela, ese delirio de piedra labrada en torno al que di tantos paseos en doscientas maravillosas tardes de orvallo, impregnándome de su grandeza, y ella, espero, también de mí, en una dialéctica de la ontología de las piedras, como en el haikú de Li Bai («Una bandada de pájaros cruzó muy alto. / Una nube solitaria pasó sin prisa. / Nos miramos sin cansarnos / yo y la solitaria montaña»), o, mejor, como en los versos de Cirlot («Encontré una gran piedra gris / le dije: / tenemos que resucitar»)? ¿O algo más modesto, secreto, apartado como el lago de Truchas, en la comarca más desierta y pobre de León, donde al anochecer aparece, surgido de no sé qué universo paralelo, pastoril y virgiliano, un rebaño sin pastor de pacíficas vacas que vienen a abrevarse y te miran dese el misterio de sus ojos negros y relucientes? ¿O las Merindades de Burgos, esa tierra que debajo de los valles cerrados y sombríos del País Vasco se abren en amables ondulaciones salpicadas de vestigios del románico... o... o...

–Bueno –dice el plumilla–, tendría usted que decidirse, vamos ya un poco justos de tiempo...

–La leyenda negra –he aventurado por fin. Lo que me une a la idea de mi país, y lo que caracteriza la relación de los españoles con su nación, no es su realidad presente, que nadie, o casi nadie, que conozca un poco el mundo se quejaría razonablemente, ni las asombrosas gestas humanas de un pasado sólo comparable con el de dos o tres naciones, en el que caben el imperio mundial y Aldana y Cervantes..., sino la asunción de la Leyenda Negra. O sea, la asunción masoquista, autoflagelante, de un pasado cruel y vergonzoso, y una tradición de decadencia, de guerras perdidas, de llegar tarde a las encrucijadas de la historia, la tendencia a la chapuza y a la improvisación, que la crisis ha venido a prolongar para que no se nos ocurra olvidarnos de dónde venimos, adónde vamos y quiénes somos, es el legado de nuestros padres, nuestro patrimonio.

Durante mucho tiempo, España fue el país más poderoso del mundo, corazón de un imperio mundial. Luego siguieron lentos siglos de decadencia, de derrotas, de retrasos, de retracciones y fracasos. Un dios en el que ni siquiera hemos dejado de creer: nos hemos olvidado de él. Todo esto es una lección de relativismo que no muchos países han tenido y nos ha dado un sustrato escéptico, un descreimiento profundamente humano, del que no pueden jactarse muchos.

Sé bien que sobre la vindicación del fracaso es imposible edificar una política. Al postular sus bondades, no pretendía dár-melas de ingenioso ni de intelectual que glosa otra vez a Cioran o el consejo de Beckett que se ha puesto tan de moda –«fracasa otra vez, fracasa mejor»– ni la máxima de los estoicos, «Soporta y renuncia», ni aludía a los sermones de las actuales escuelas de dirección de empresas sobre el tema «El fracaso, camino hacia el éxito». No. Quería decir que esa idea de un prolongado fracasar, enquistada en la misma sustancia contemporánea de lo español y royéndolo ya desde los tiempos inaugurales de victorias y expansión, según el diagnóstico de los historiadores, hasta nuestro llegar tarde y mal a la modernidad, ha resultado ser una magnífica escuela de tolerancia y de filosofía. Por eso es exacto Paolo Conte cuando canta: «Esto es España, una casa de tolerancia». Y yo entiendo esa expresión en los dos sentidos: un burdel y una disposición generosa del ánimo.

Mientras yo les contaba esto a los hombres de la tele, se ha presentado en la puerta de mi despacho la asistenta, con el cubo y la fregona.

–Déjenos, Flor, por favor –le digo–, estoy aquí, con estos señores –y en voz más baja y fracasada añado–: hablando del fracaso.

Ella responde:

–Ah, muy bien, muy bien, ustedes sigan con lo suyo. A mí no me molestan.

–No, si ya está, ya hemos acabado –dice el plumilla.

(España)



Carta abierta al Santo Padre

Por Rodrigo Rey Rosa

«Señor, ¿con quién estás?»

Y el Señor respondió:

«Estoy con quien es víctima de una injusticia».

Ciudad de Guatemala - Santa Cruz Balanyá

Marzo-abril, 2019

SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO

CIUDAD DEL VATICANO

Santísimo padre,

Después de mucho reflexionar, tomo –como dicen aquí– mi humilde pluma para dirigirme a usted, *motu proprio*, aunque no por causa propia, sino por la de un pequeño grupo de creyentes como no creo que sea posible encontrar más que en contadas ocasiones. (Con la cascada de escándalos que se ha producido en los últimos tiempos, usted podrá temer que ahora yo toque algún tema privado y escabroso. Pero no va por ahí mi discurso. Durante doce años asistí a un colegio de la Compañía de Jesús, y de alguna manera este hecho ha contribuido a que me atreva a dirigirme a usted personalmente).

En lo que va del año, he visitado cinco o seis veces el pueblecito kaqchikel de Santa Cruz Balanyá, en el altiplano occidental guatemalteco, donde se desarrolla una complicada rencilla social y religiosa que comenzó hace muchos años, cuyos actores principales son unos cofrades maya kaqchikeles y la diócesis de la iglesia católica de Sololá y Chimaltenango. En este pueblo, viven pocos ladinos o mestizos –algunos comerciantes, algún cura, algún policía– y subsisten varias *costumbres*, tradiciones sociales y religiosas, que son inseparables de lo que podría llamarse «el-ser-y-estar-en-el-mundo-maya». Salvo algunas excepciones, la gente tiene justo lo que necesita para subsistir, pues como todos sabemos hace siglos los campesinos mayas fueron despojados de prácticamente todo lo que se les podía despojar.

El capitán Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán escribió hacia la última década del siglo xvii en su *Recordación Florida* acerca de Santa Cruz Balanyá, «vecindad de indios de la estirpe kaqchikel»: *Yace a dos leguas de distancia del camino, impedido de áspera montaña y mucha breña, pero su temple frío es más propicio y saludable que el de la cabecera* [que fue Comalapa y es hoy Chimaltenango]. *Sus tierras, fértiles y acomodadas a toda suerte de cultivo, rinden a beneficio de los dueños grandes provechos y conveniencia... Su iglesia, a proporción de su vecindad, cuenta*

con suficiente adorno a su culto en sus retablos y alhajas de altar y sacristía...

Tienen estas gentes todavía sus lenguas (ergativas), sus cuerpos (acostumbrados al frío) y sus paisajes (bellísimos): las tres casas del ser, como dice Agamben. Sus paisajes, pero, como se verá, no siempre así sus tierras, que hasta hace no mucho tiempo fueron comunales.

Usted, que ejerció el ministerio en Argentina, conoce la pobreza material. Pero me pregunto si imaginará lo que es ser pobre y *kaqchikel* hoy en día en un lugar naturalmente rico y hermoso como Balanyá, donde la gente trabaja de sol a sol sembrando en la poca tierra que les queda y también en tierras ajenas, las tierras que fueron de sus antepasados y de las que han sido despojados.

Yo lo invito, con humildad y con el mayor respeto, a venir algún día a ver este paisaje, padre. Todo paisaje es único, claro, como cada cara. ¿Pero dónde vio usted un lago azul rodeado de volcanes de conos casi perfectos, por un lado, y, por otro, laderas y montañas verdísimas, las más altas de ellas cubiertas de bosques que parecen que tocan el cielo? Uno de sus representantes en estas tierras de indios, el obispo de la Diócesis de Sololá, lo podría testificar. Él vive a orillas de ese lago azul, en una localidad turística llamada Panajachel. Yo, de venir usted a visitarnos algún día, le aconsejaría alojarse ahí y no en la cabecera departamental de Sololá, montaña arriba, un pueblón abigarrado y muy ruidoso, que también es uno de los centros más importantes de poder comunitario y religioso maya *kaqchikel*.

Las llamadas cofradías en Latinoamérica son, como usted sabe, instituciones impuestas por la corona española para controlar el comportamiento de las poblaciones indígenas conquistadas y velar por el orden monárquico. La religión maya, practicada en la actualidad a lo ancho y largo de la república guatemalteca y en parte de México, Belice y Honduras, tuvo desde siempre representantes influyentes que lograron negociar con ambas partes (es decir: con los españoles dominadores y con sus propios subordinados mayas) para incluir en su sistema de creencias rituales, íconos y leyendas judeocristianos que se han ido entretejiendo con los de la religión maya para generar nuevas formas de experiencia y expresión religiosas. Varios elementos de la religión maya, que fueron prohibidos oficialmente durante la colonia, han subsistido hasta el día de hoy, confundidos o disimulados con tradiciones cristianas, y ahora resulta prácticamente imposible desentrañar

o separar, y aun distinguir en ciertos casos, los unos de las otras. Pero aparte del aspecto puramente religioso, las cofradías en toda América se caracterizan por su función múltiple: sirven también como órganos de orden económico y político o comunal, aquí y se han convertido en legítimos reductos de las culturas mayas. (Ver: *Amicus**, para la Corte Suprema de Justicia de Guatemala; *La cofradía, reducto cultural indígena*, de Flavio Rojas Lima; y *Origen ancestral de las cofradías de Santa Cruz Balanyá*, de Diego Vásquez Monterroso).

Hoy en día, la calidad de las cofradías de Santa Cruz Balanyá está sustentada y es reconocida por la Constitución Política de Guatemala (capítulo segundo, sección tercera, *Protección a grupos étnicos*). Y disculpe, padre, por favor, que me detenga en detalles técnicos que, probablemente, son de su conocimiento, pero me parece necesario tenerlos presentes para poder apreciar el posible valor de los argumentos que siguen. Pese a su nombre originario, la cofradía del Sacramento de la Iglesia católica de Santa Cruz Balanyá es, en realidad, –y ha funcionado como tal durante siglos– una autoridad kaqchikel autónoma, distinta de la iglesia católica, cuyos representantes son elegidos, según sus propias normas, por los cofrades y otros principales del pueblo en un orden jerárquico ascendente. Sin embargo, el obispo de Sololá –aunque convendría decir: una sucesión de obispos de Sololá, a partir de 1990 y tantos– sostiene, en principio, que «todo bien poseído por las cofradías pertenece a la Iglesia católica». Apoyados en este principio arbitrario (¿tal vez eclesástico o canónico?), con el fin de apropiarse de unos terrenos que fueron, desde el siglo XVII, por cédula real, propiedad de las cofradías de Balanyá y que, en 1977, quedaron reinscritos en el Registro de la Propiedad vigente a nombre del representante legal de la cofradía del Sacramento, sus santos ministros, santísimo padre, han llevado a cabo una serie de actos que parecen indignos de quienes pretenden seguir de buena fe la doctrina o la ética cristiana, y que, a nuestro entender, son también anómalos, por no decir fraudulentos.

El problema en todos estos lugares es la posesión de tierras –opina el sacerdote diocesano que a finales de 1995 expulsó del templo católico de Balanyá a varios cofrades–. (Pues, como cuenta el abogado representante de la diócesis de Sololá en este conflicto de tierras: «Existieron poco más de treinta personas que finalmente fueron expulsadas de la iglesia católica por desobediencia»). Y continúa el padre expulsor: En San Martín fue lo

mismo, y no es que solo yo hubiera sido, ya el problema venía y siguió. Hay un calvario en San Martín (Jilotepeque, otro municipio de Chimaltenango, a unos cuarenta kilómetros de Balanyá) que administraba un grupo de cofrades. Y cuando se quiso pasar a nombre de la diócesis este terreno es cuando empiezan los problemas, porque ellos dicen que son los dueños. Se opusieron a que se pasara la escritura a nombre de la diócesis, amenazando con violencia y toda la cosa. Pero si hay una orden de que se pasen esos terrenos a nombre de la iglesia, uno lo hace.

Pocos recordarán hoy que la nueva iglesia de Balanyá fue erigida hace solo cuarenta años. El templo colonial, terminado en el siglo XVII, fue destruido por el gran terremoto del 4 de febrero de 1976, que arrasó Balanyá así como decenas de poblaciones del altiplano guatemalteco. Un sacerdote franciscano, el padre Gino Olivo, italiano, párroco de la vecina Zaragoza, aparece en la portada de un periódico local con fecha de 1 de febrero de 1980. Está junto a un coronel y un empresario no mayas, durante la ceremonia inaugural en el atrio del nuevo templo. «En primer lugar vimos enarbolar las banderas de las cofradías», dice la nota del semanal *Varietades de Amatitlán*, acompañada de una foto donde aparecen los notables mayas del pueblo con sus trajes ceremoniales en el atrio de «este hermoso templo, cuya inauguración y bendición apreciamos en aquel inolvidable día». El cofrade secretario de la cofradía de la Santa Cruz de Balanyá guarda en sus libros de actas y cuentas, los que es tradición llevar en muchas cofradías mayas, detalles de quiénes donaron tanto dinero para la construcción; quiénes llevaron tantas piedras; quiénes trabajaron y cuántas horas; quiénes hicieron esto o aquello en aquel tiempo. Del padre italiano, los cofrades guardan muy buen recuerdo. «Eso era trabajo comunal. Yo trabajé así doce o trece años a la par del padre Gino y nunca tuvimos problemas –contaba hace poco uno de los cofrades mayores de Balanyá (que fue expulsado de la Iglesia católica y ejerce, desde el 2009 hasta el día de hoy, bajo la guía de la Iglesia siro-ortodoxa de Guatemala)–. Pero le llegó el momento, porque él era italiano, en que tuvo que volver a su tierra por la edad». Después del padre Gino, la diócesis de Sololá asignó a Balanyá un párroco de Patzicía, y luego a otro, con quienes los cofrades dicen que tampoco tuvieron problemas. Uno enfermó, el otro tuvo que irse a otra parte –dice el cofrade. «El gran problema se inició en 1994 o 1995, cuando mandaron a Maximiliano Xitimul***, un sacerdote diocesano. Él es el que

vino a deshacerlo todo, a sacar la cofradía, a los catequistas, a los coros que nosotros dirigíamos, vino a destruirlo todo».

Originario de Chimaltenango y de ascendencia maya, el padre Max –como le llamaremos– traía ideas nuevas. Lo dice él mismo hoy en día: una de ellas era erradicar viejas costumbres. Desde el púlpito, según atestiguan algunos ancianos feligreses de Balanyá y de Patzicía, insultaba a los cofrades. Los llamaba borrachos, idólatras, malos cristianos. «¡Ustedes, váyanse a adorar al barranco! ¡No son bienvenidos en esta iglesia! Yo todavía soy joven para arremangarme la sotana. Que venga cualquiera y aquí se va a ver quién es el verdadero hombre», –eso es lo que nos decía– cuenta uno de los cofrades de Balanyá.

Ofendidos, los cofrades escribieron a la diócesis de Sololá para pedir al obispo que mediara. ¿No podían llamarle la atención al padre?

En una entrevista concedida, el 9 de febrero de 2019, a Sofía Menchú, licenciada en Ciencias de la Comunicación y colaboradora nuestra, en la oficina parroquial de Chimaltenango este sacerdote reconocía:

–Todo lo económico lo manejaban ellos. Las cofradías eran las que administraban todo. Ellos eran los dueños.

–¿Ellos tenían las llaves del templo?

–Todo, todo, todo. Absolutamente todo.

–Y cuando usted quería entrar en el templo, ¿qué hacía?

–Ellos abrían. Tenían una persona encargada. Un sacristán.

–¿En qué momento la iglesia toma posesión del templo?

–Lo que pasó es que ellos, al ver que se les estaban quitando sus costumbres y que perdían la autoridad de antes, tuvieron la buena idea o mala idea de presionar.

Escribieron, en efecto, alrededor de veinte cartas a la diócesis de Sololá, pero no recibieron respuesta. Fueron en comitiva al obispado, y no los atendieron. Más adelante, en una carta escrita en papel sellado ante notario, con las firmas de los cofrades principales y el alcalde municipal, y con copia al juez de paz de Santa Cruz Balanyá, el 3 de noviembre de 1998, insistían:

A la diócesis de Sololá.

Distinguído representante:

Con todo el honor y respeto que usted merece, nos permitimos en esta oportunidad saludarle como pastor de la iglesia católica. Como es ya de su conocimiento, la iglesia católica de nuestro municipio está dividida. Nosotros, como cristianos integrantes de

la cofradía, hemos luchado para resolver el problema, buscando el diálogo, pero lamentablemente no se nos ha escuchado. Según la historia de nuestro municipio y de nuestra iglesia católica, la cofradía ha defendido los bienes de la iglesia [...]. En tiempos anteriores no habíamos tenido problemas, pero a la llegada del sacerdote Maximiliano Xitimul surgieron los problemas, al sacarnos él de la iglesia, y al nadie ofrecer soluciones cuando se solicitó la intervención de las autoridades eclesiásticas... Por lo tanto, SOLICITAMOS su intervención.

Necesitaban que alguien llegara a Balanyá a decir misa, a bautizar, a oír las confesiones. Era una necesidad espiritual la que sentían, aseguran. Y no podían seguir tolerando los insultos que durante los sermones profería en la iglesia (la iglesia que ellos mismos habían ayudado a construir en labor comunal) el nuevo padre, domingo tras domingo. Además, los terrenos ocupados en ese momento por la iglesia y la casa parroquial pertenecían a las cofradías de Balanyá, como lo probaban las escrituras que los cofrades tenían en su poder. Finalmente, presentaron una queja formal en un juzgado de paz de Chimaltenango, y así se originó, junto con el nuevo siglo, el pleito legal contra la Registradora General de la Propiedad de la zona central y la diócesis de Sololá y Chimaltenango por cuatro fincas en el municipio de la Santa Cruz de Balanyá, propiedad de la cofradía del Sacramento, y ocupadas parcialmente por la Iglesia: El terreno donde estuvo la iglesia colonial; un terreno ocupado por la casa parroquial y el convento; un lote baldío en el área urbana; y un terreno cultivable en Chirijuyú, una aldea en la afueras de Santa Cruz Balanyá.

En la entrevista ya citada, el padre expulsor sostiene: «Los cofrades no tenían la capacidad, la instrucción para trabajar aquí pastoralmente... Ellos lo único que querían era la costumbre, seguir con sus costumbres, porque eso es lo que les gusta a ellos y nada más».

Pero la *costumbre* es sinónimo de rito, de acto religioso, en estas tierras. «Es lo que aprendimos de nuestros abuelos, que pedían permiso a la tierra y al bosque para trabajar allí [...]. Es nuestra manera de agradecer y de pedir bendiciones. Es nuestra forma de conexión mediante el fuego, las flores y las velas. Así nos conectamos con el universo». El padre Carlos Rafael Cabarrús –antropólogo con títulos de maestría y doctorado, amigo y consejero– explica en su valioso trabajo: *La cosmovisión kekchí en proceso de cambio*, en el capítulo titulado «La costumbre, el rito

maya kekchí»: «Ellos [los mayas] suelen usar la palabra costumbre para explicar unas ceremonias que tienen mucho que ver con la tradición. Estos fenómenos significados en la “costumbre” son en realidad una acción ritual, la forma de plasmación de la cosmovisión que tiene como finalidad mantener la sociedad».

Hay que recordar que el padre expulsor había creado conflictos similares en otros pueblos del altiplano, según él mismo refiere: «Recuerdo que en Patzicía me daban diez meses para salir, y ya cuando faltaba cierto tiempo me lo advertían: tantos días. Una vez dejaron un sobre en el portón de la parroquia con unas balas así de grandes (muestra con la mano), y en la cara del sobre decía: Con una de estas te vamos a matar».

Y hace pocos años en el prestigioso aunque muy conservador diario *Prensa Libre* (Guatemala, 7/v/2015) apareció un artículo titulado: «Párroco prepotente», referente al mismo padre, que, por ese tiempo, celebraba misa en el área metropolitana. «El problema es que el párroco [el padre Max] ha llegado a convertirse en una especie de dictador...».

«Los cofrades decían que yo era prepotente –comenta el padre Max–. La verdad es que ellos no tenían respeto a lo que era un sacerdote, olvídense. El sacerdote era un cualquiera y ellos no tenían un conocimiento, una formación o vivencia de qué es un sacerdote. Es un hombre nada más y punto. No tenían conciencia. ¿Qué es un sacerdote?, ¿qué es un obispo? ¿Qué es eso? Y si van con el papa y el papa no les hace caso tampoco vale el papa... Yo soy un poco serio, eso sí, no lo puedo negar, un poco enojado, pero no en el sentido loco. Yo digo: yo soy prepotente. Pero ¿qué es eso? Yo a veces ni siquiera entiendo esa palabra. Ellos la usan porque en otros lados la oyen, pero ¿qué es? Pero en ningún momento yo hice alguna cosa que pudiera dañar a los cofrades. Hablar fuerte, ese es mi estilo, no me lo quito. Pero bueno, Jesús también tuvo momentos en que habló fuerte y tal vez hasta abusivamente, como cuando sacó a los mercaderes del templo. Eso no fue una cosa tan mansa... Él es Dios y puede hacerlo, y uno tiene que ver si uno también es fuerte. Yo soy el que soy hasta la muerte, y donde quiera voy a hacer lo que es correcto».

Pero el padre Max hizo, entre 1997 y 1998, algo que nos parece incorrecto. Da instrucciones a un abogado, o quizá simplemente sigue los consejos de éste –¿o las órdenes del obispo de Sololá y Chimaltenango?– para iniciar el proceso de traspaso de las propiedades de la cofradía del Sacramento a nombre

de la diócesis de Sololá. Este proceso no sería nada fácil, nada sencillo. Parecía necesario, primero, nombrar nuevos cofrades, pues era requisito ser cofrade para representar legalmente a la cofradía. Pero esto violaba las reglas de las cofradías legítimas, como el padre Max, el obispo de Sololá y Chimaltenango y el abogado que los representaba debían de saber. Y aun así decidieron nombrar cofrade a un vecino de Balanyá que no había tenido ninguna relación significativa con la iglesia ni con los cofrades legítimos.

El nombre de Tomás Xiril*** aparece en varios documentos legales archivados acerca de este conflicto de tierras. Fue nombrado cofrade y mandatario de la cofradía del Sacramento en 1998 por orden de monseñor Raúl Antonio Martínez, obispo de Sololá y Chimaltenango en ese momento (arzobispo interino de la arquidiócesis de Santiago de Guatemala desde el año pasado, por deseo de la Santa Sede). Y actuó en el 2004 como donante «a título gratuito» de las cuatro fincas de la cofradía a la diócesis de Sololá. Entrevistado el 9 de febrero de este año en un salón de la casa parroquial de Balanyá por la licenciada Menchú, el generoso cofrade, mandatario y donante, cuenta que, antes de ser cofrade, había sido fletero. El día que la licenciada llegó a buscarlo a su casa estaba ocupado tiñéndose de negro el pelo («todavía me quedan un par de años, señorita»), y la hizo esperar más o menos una hora, mientras duraba el procedimiento cosmético. Además del pelo recién pintado, tenía la dentadura adornada con estrellas de oro y plata. Quería invitarla a hacer la entrevista en la casa parroquial: se reunirían allí con don Felino Sei, exsacristán. Don Felino, que también estaba dispuesto a ser entrevistado por la licenciada Menchú, se refirió a él jocosamente como «el rico del pueblo».

Me mandaron [en 1998] una nota para ver si estaba en mis posibilidades colaborar con la iglesia –cuenta don Tomás–. Yo acepté en ese instante. Antes yo no funcionaba aquí en la iglesia, tenía otros trabajos personales. Tenía una pequeña empresa llamada «El Águila solitaria» [fundada en el año 2000, según el Registro Mercantil]. Fleté toda clase de productos de aquí a la capital. Después se amplió mi pequeño trabajo, y ya tuve una fabriquitita de bloques y otros materiales de construcción. Ese era el tiempo del padre Max. En ese tiempo no había parroquia todavía acá, la parroquia era de Patzicía y el padre sólo venía a decir misa o a bautizar. Cuando lo mandaron a otra parte, nos dejó una pequeña nota explicando que probablemente habría algún

*problema. «Pues por ahí van a aparecer unos problemitas –nos decía–, ahí los atienden». Ese era el padre Max. Nos dejó esa nota, un papelito así de simple, nada más, no hay más explicación. Y, de repente, pues aparecieron, apareció el problema con los hermanos separados... Me explicaron que mientras no hubiera cofrade acá no se podían realizar las escrituras. Así fue como se empezaron a hacer los trámites para el traspaso de las escrituras a nombre mío. Fue Mauricio*** [el abogado de la diócesis]. Él me hizo representante legal, nombrado directamente por monseñor.*

–¿Estuvo en alguna reunión con monseñor Martínez?

–No –titubeando.

Y, sin embargo, hemos tenido a la vista una copia de la «Escritura de donación entre vivos de bien inmueble» por medio de la cual este cofrade solitario cedió las tierras de la cofradía a la diócesis de Sololá. En este documento, el abogado de la diócesis certifica que ante él comparecieron el 14 de diciembre del 2004, por una parte, Tomás Xiril, «mandatario especial con representación con cláusula especial para disponer en donación de la cofradía del Sacramento de la iglesia católica de Santa Cruz Balanyá (efectuado por la Registradora General de la Propiedad de la zona central), y por otra, Monseñor Raúl Antonio Martínez Paredes, obispo de la diócesis de Sololá-Chimaltenango y representante legal de la misma [...]».

Ya sea la escritura pública o el cofrade faltan, pues, a la verdad.

–¿Y con Mauricio, se reunió?

–Ah, sí.

–¿A él ya lo conocía de antes?

–De hacía ratos... Yo el cargo lo acepté y él empezó los trámites.

–¿De quién eran antes estas tierras?

–Pues estaban a nombre de Gregorio [Sirín, cofrade principal sabiente de la cofradía del Sacramento], pero ahí es donde se iniciaron los trámites para que se pusieran a nombre mío para después hacer el traspaso legal a la parroquia.

La licenciada Menchú pregunta al «Águila solitaria»:

–Entonces, según la iglesia, sí existe la cofradía.

–Sí, mientras siga este proceso, sí existe, pues.

–¿Hay más cofrades aparte de usted en la iglesia?

–No.

El «Águila solitaria», entonces, además de fletero y pequeño empresario de la construcción, es cofrade único –mientras dure el proceso, que ya se le está haciendo demasiado largo–: un hermano sin hermanos, pues.

Si el instigador del conflicto con los cofrades fue el padre Max, que no es un hombre cualquiera sino un sacerdote que nunca haría daño a los cofrades y que siempre hizo lo que es correcto, el activador fue el abogado de la diócesis de Sololá y Chimaltenango, que vive en la Antigua Guatemala, y a quien entrevistamos hace poco en su despacho. Es un local pequeño y recargado, mucho más largo que ancho, como los hay en tantas casas divididas en la Antigua. Aquí y allá cuelgan imágenes religiosas de gusto churrigueresco –el Sagrado Corazón de María; el Cristo Negro de Esquipulas; el Ángel de la Justicia– y el techo está adornado con pendones celestes y blancos, como de iglesia de pueblo. Antes de ser abogado, fue maestro de física. Educación física, aclara. Para él, los cofrades son una partida de ignorantes y abusivos y –francamente, dice– ya está cansado de todo este asunto, que lo ocupa desde hace más de doce años.

«La Registradora sólo cumplió, sólo inscribió y punto –asegura; aunque más de un tribunal departamental y una corte de apelaciones determinaron en su momento que «la Registradora debió rechazar estos documentos [que permitían a la diócesis de Sololá apropiarse de un bien ajeno] puesto que son espurios y fueron otorgados con el ánimo de despojo».– Ella no hizo ningún acto anómalo, sólo anotó –insiste el abogado–. Y pues, aunque ganen el amparo nunca van a lograr tener la tierra, esos pelones. La posesión nunca la van a tener, ni siquiera la de ese único terreno, que ellos lograron en un amparo a su favor, bajo esa estrategia de presentar las demandas separadas para ver quién caía y mordía el anzuelo».

En el año 2015, después de que la cofradía ganara sucesivamente varios recursos de amparo, el caso llegó a los tribunales de la Ciudad de Guatemala.

Sigue hablando el abogado de la diócesis:

«Así que le dije al obispo Martínez: yo estoy interesado en pedir una vista pública. Yo quiero explicarles a los magistrados (de la Corte de Constitucionalidad, en la Ciudad de Guatemala, “todos ladinos o de raza blanca”) que van a dictar sentencia, cómo es el asunto, quiero explicárselo de viva voz. Y le dije al padre: Háblémoslo claro. Es la Iglesia la que está metida en un conflicto contra veinte pelones. Yo voy a hablar con los magistra-

dos y yo los voy a tratar de convencer, pero quiero causarles un impacto. La sala de vistas la quiero llena de feligreses católicos. El grupito de veinte (cofrades y principales de Balanyá), por ahí separados, solitos, que vean la realidad de las cosas, padre. “Muy bien” –me dijo el obispo–. Entonces –le dije yo– déjeme averiguar cuántas butacas tiene la sala de vistas, y ustedes lo analizan. –“Muy bien. Que venga toda la iglesia” –dijo él–. Si no estoy mal, vinieron unas cuatrocientas personas».

La Corte de Constitucionalidad ordenó cancelar la escritura de inscripción a nombre de la diócesis del lote más pequeño, que sigue siendo, por tanto, propiedad de los cofrades. Los cofrades intentaron tomar posesión de este lote por mediación de la Procuraduría de los Derechos Humanos, pero no lo consiguieron. El párroco y un grupo de feligreses católicos derribaron el cerco instalado por los cofrades alrededor del sitio y –tal y como les aconsejó hacer el abogado de la diócesis– levantaron el suyo propio y plantaron letreros que decían (contradiendo así la resolución de la Corte): «Este lote es propiedad de la Iglesia Católica».

«Y la otra resolución, la definitiva, es donde se respeta lo que le digo –afirma el abogado–. Se falló a favor de la Iglesia. Nosotros no apelamos la finca que quedó suelta porque se nos pasó el tiempo y estuvimos concentrados en otro proceso. Pero esa también la vamos a recuperar».

El obispo de Sololá y Chimaltenango que sucedió a monseñor Martínez en el año 2007, cuyo nombre no hace falta mencionar, nació en Madrid en 1954 pero ha vivido en Guatemala desde muy joven, como usted tal vez sabe. Según consta en un *currículum vitae* elaborado por la diócesis de Sololá, este nuevo monseñor es además filósofo, teólogo, humanista, profesor y politólogo. Fue rector de la Universidad Rafael Landívar de Guatemala y fungió como columnista regular en las revistas *Tinamit* y *Crónica* y en los diarios *Prensa Libre* y *el Periódico* durante más de una década (1992-2005) –y en este contexto se convirtió en defensor moral (aunque no siempre) de las industrias extractivas, incluyendo la minería de oro y plata a cielo abierto en territorios indígenas, y otras manifestaciones de lo que alguien ha llamado «la codicia ilustrada»–. Él aparece como querellante y representante legal de la Iglesia católica en los últimos amparos contra los cofrades de Balanyá. No nos ha concedido hasta la fecha una entrevista personal, pero accedió a una entrevista telefónica con la licenciada Menchú, muy breve pero también muy reveladora. La voz un poco tensa, el obispo cuenta:

La diócesis comprende treinta y cinco municipios y Balanyá es uno, el más pequeño, que tiene este lío, pero no es que yo esté dedicado a esta casuística de litigios... Yo firmo porque me toca firmar. Y sé que es un abogado serio el que nos ha llevado el caso... Pero no estoy al día. No estoy en los detalles.

La licenciada cambia el tema.

Las cofradías en Guatemala creo que comenzaron a partir del siglo XVI –explica, ya menos tenso y con autoridad, este filósofo, humanista y teólogo–. Después funcionaron como organizaciones religiosas y civiles. A finales del siglo XIX sucedió la expulsión del clero, con lo que muchos pueblos dejaron de tener sacerdotes en sus iglesias durante décadas... Las ceremonias mayas se realizan al margen de la iglesia, en algún cerro o lugares sagrados que les llaman, pero ése es un nombre que le dieron en los últimos veinte años. Todo ese mundo que siempre ha existido de costumbre y costumbrista y que se ha politizado en torno a la identidad indígena militante y que hace muchas ceremonias, ahora en el siglo XXI es de carácter más reivindicativo que religioso. Significan ceremonias de autoafirmación, poder local y poder general. Un fenómeno de los últimos cuarenta años que es *el reconocimiento de un mundo maya que hace cincuenta años no existía*. [Las itálicas, padre, las he puesto yo]. En ese marco se ubican las cofradías y cada pueblo tiene su propia historia singular y hay anécdotas importantes. Recuerdo que en Comalapa (¿o en Patzún?) se dio la historia del párroco que salió disfrazado de mujer, porque si no lo linchaban.... En Balanyá los de la cofradía ahora están vinculados con el padre Aguirre de Comalapa y los ortodoxos, y antes estuvieron con los anglicanos.

El padre Aguirre, que había sido párroco de Comalapa y que recibió el título honorífico de «monseñor» del papa Juan Pablo II en 1985, renunció a los cargos católicos y fue excomulgado para incorporarse, en el 2013, a la Iglesia siro-ortodoxa. «Algo tenía yo dentro de mí que no encajaba en los esquemas católicos –decía el padre Aguirre, ya ortodoxo, en una entrevista realizada por la licenciada Menchú hace poco en Comalapa–. Así fue como se dio. Yo no puedo decir ni siquiera que renuncié a la iglesia, me renunciaron a raíz del trabajo que estaba haciendo».

«Mi impresión –sigue diciendo al teléfono el actual obispo de Sololá y Chimaltenango acerca de los cofrades de Balanyá– es que son un grupo pequeño y que la mayoría en el

pueblo no se siente identificada con una iglesia no católica de disidentes». Sin embargo, en Balanyá offician en la actualidad por lo menos media docena de iglesias evangélicas distintas, además de la católica, la anglicana y la ortodoxa, que, por cierto, cuenta hoy en día en Guatemala con más de un millón de fieles, y es la de más rápido crecimiento en Latinoamérica, como usted sin duda sabrá. Y concluye, de nuevo tenso, cuando la licenciada regresa al tema que nos preocupa: «Alguna vez el párroco me llevó a ver los terrenos que reclamó la cofradía y creo que medio los vi. Como representante legal tengo que ser yo el que firma todo lo legal, pero conocimiento directo, inmediato, no tengo».

En cualquier caso, «La verdadera historia del conflicto de tierra que se ha causado a la Iglesia católica en el municipio de Santa Cruz Balanyá» –como se llama el panfleto que preparó para la prensa el abogado serio de la diócesis de Sololá, el mismo que parece haber sugerido nombrar al «Águila solitaria», mandatario de la insólita cofradía de un solo cofrade, quien donó cuatro valiosas fincas, que no le pertenecían, a la diócesis de Sololá– no es verídica.

Fue la iglesia la que perdió amparo tras amparo en los tribunales departamentales, hasta que la causa llegó a la Corte Suprema de Justicia, en la capital. En mayo de 2015, todavía, esta corte mandaba: «Deberá dejarse sin efecto legal alguno en forma definitiva cada una de las inscripciones reclamadas en amparo y sin efecto legal las inscripciones subsiguientes [a favor de la diócesis de Sololá], todo con el objeto de que recobren vigencia las inscripciones que acreditan que la cofradía del Sacramento de la Iglesia católica de Santa Cruz Balanyá es la propietaria de cada una de las fincas que se refieren en los actos de autoridad reclamados». Hacia finales del 2015, las Cortes habían «consolidado» tres de las cuatro fincas en una sola causa, y por alguna razón que no resulta fácil de explicar una de ellas quedó «suelta» y ha seguido una ruta diferente de las otras tres, pese a que su historial en los registros y en los tribunales es idéntico.

En resumen, a nombre de la cofradía del Sacramento –la cofradía principal de las cuatro que existían en Balanyá– estaban inscritas en el Registro Nacional, desde 1977, cuatro propiedades inmuebles. En una de ellas (de, aproximadamente, mil seiscientos metros cuadrados) estaba el templo católico destruido por el terremoto en 1976. Reconstruido por los feligreses con ayuda de la curia italiana e inaugurado en diciembre de 1979,

este templo fue destruido de nuevo por orden del actual obispo de Sololá en el año 2016, sin autorización de la alcaldía local y en violación aparente del Código Municipal guatemalteco, vigente en todo el país. En otra finca (mil trescientos cincuenta metros cuadrados) contigua a la primera, está la casa parroquial, ocupada parcialmente por un oratorio que da cabida a unas mil quinientas personas, utilizado para officiar las misas luego de la demolición del nuevo templo; y las otras dos fincas son terrenos sin construcciones: uno, bastante grande, de aproximadamente doce cuerdas (doce mil seiscientos metros cuadrados), queda en las afueras del pueblo y es tierra de labranza; y el último, un terreno pequeño, de una cuerda y un cuarto (unos mil trescientos metros cuadrados), está en el casco urbano, a unas cinco calles de la iglesia y el parque central. En el año 2004 el «Águila solitaria», en calidad de cofrade y mandatario, donó estas cuatro propiedades, gratis, a la diócesis de Sololá y Chimaltenango, por lo que «los cofrades separados» y el alcalde de Balanyá iniciaron un proceso para intentar recuperarlas.

En el año 2015 ambos casos, pero por vías separadas, llegaron a la Corte de Constitucionalidad, la más alta instancia de nuestro sistema de justicia, jocosamente llamada la Corte Celestial. (Tal vez conviene aquí recordar que en el 2013 la misma corte mandó anular –¿por simple tecnicismo legal o por razones ideológicas?– el juicio histórico en que el general Efraín Ríos Montt fue encontrado culpable de genocidio contra el pueblo maya ixil y condenado a ochenta años de prisión, y de esta manera hizo que el proceso retrocediera a su primera fase, que había comenzado un año antes. El juicio por genocidio fue repetido y en el 2018 el general, recién muerto, volvió a ser declarado culpable). Sea como fuere, esta corte falló de manera contradictoria y sibilina en los dos casos *formalmente idénticos* de los cofrades *vs* la iglesia. Las tres fincas unificadas en una sola causa fueron declaradas propiedad de la iglesia católica; el pequeño lote baldío en el casco urbano sigue perteneciendo, por resolución de la misma corte, a los cofrades.

Si su Santidad sigue leyendo –lo que demostraría que tiene la paciencia de un verdadero santo– ya estará cansado de oír sobre escrituras, abogados y tribunales. Pero ¿le sorprenderá oír que la diócesis de Sololá pretende adueñarse también del pequeño lote que la suerte o la justicia ha cedido ya a los cofrades?

Incrédulo como soy de lo que habrá en el otro mundo, pero confiado en la calidad de su persona en éste, alzo la mirada y, hu-

mildemente, sí, en nombre de los cofrades kaqchikeles, cristianos ortodoxos (los que, por cierto, no me han pedido nunca que lo hiciera), elevo a usted esta queja o protesta con la esperanza de que, si usted emitiera su opinión al respecto, podría hacer que la balanza se incline en favor de quienes han sido víctimas de una injusticia y sufren, como juzgó algún magistrado, «un daño permanente». Además de este daño, a principios del 2016 se produjo otro hecho que ya mencionamos y que parece un insulto deliberado a los cofrades: la destrucción de aquel «hermoso templo», donde había lugar para unas tres mil personas –y Balanyá, con sus siete mil y tantos habitantes, cuenta más o menos con una iglesia para cada mil, como hemos comprobado, de modo que parece poco probable que ahí hubiera problemas de cupo, como mantienen algunos feligreses católicos–.

Don Melecio Coroy, uno de los integrantes mayores de la cofradía del Sacramento de Santa Cruz Balanyá, vive en una típica casa del pueblo, con su pequeño zaguán, su patio de suelo de barro con pila, bordeado por corredores de suelo de barro también. Al lado de la pila, en un poste de madera negra, cuelga una campana de bronce que ha de ser muy antigua. En el espacio contiguo al zaguán hay, en lo que fue una sala familiar, un pequeño oratorio donde cabrán unas cincuenta personas. El suelo está cubierto de agujas de pino, hay una cruz de tamaño humano detrás del altar, adornado con cuatro cirios encendidos; y, en los costados, imágenes de santa Elena, patrona de los arqueólogos; de las vírgenes de la Concepción y de Guadalupe; y una fotografía del patriarca siro ortodoxo actual, su santidad Moran Mor Ignacio Aphrem II.

Don Melecio, sentado a la mesita de pino en el corredor frente a la pila, me dice: «Si logramos recuperar ese lote vamos a cercarlo bien para construir ahí nuestro templo. Es lo que queremos. La negociación por las otras propiedades sería en tono amigable –asegura más adelante–. Sin odio en el corazón. Buscando nada más la justicia y la paz. Estaríamos dispuestos a ceder a la diócesis el terreno donde están actualmente la casa parroquial y el oratorio y el terreno donde estuvo la iglesia que la Iglesia mandó demoler».

No esperamos que, pase lo que pasare, el obispo de Sololá y Chimaltenango decida entonar una palinodia –aunque no estaría mal. Hay en Balanyá una excelente orquestina clásica de niños kaqchikeles, gracias a una larga tradición local de cánticos corales, que podrían acompañarle muy bien, si monseñor

estuviera dispuesto a retractarse y el conflicto se resolviera-. Es más probable que se ponga triste y gruñe un poco, es cierto. Pero si usted, santo padre, no obstante la distancia que separa la Ciudad Eterna de la humilde Balanyá y pese a los filtros que han de protegerlo a usted de los ruidos del mundo, y al poco tiempo que imaginamos que tendrá para dedicar a problemas como este en medio de sus santas obligaciones, de alguna manera pudiera proferir una palabra, o intervenir de cualquier forma, para favorecer a los cofrades y poner a su Iglesia del lado de la justicia, ¡qué alegría!

Muy atentamente,
Rodrigo Rey Rosa

Posdata: En Guatemala el correo postal, como tantas otras instituciones nacionales, no funciona desde hace varios años. Si su santidad tuviera a bien responder a esta carta, sírvase hacerlo al apartado postal: c/o Caniz, 8550 NW 66th. Street, Miami FL, 3384552 (United States of America).


(Guatemala)

NOTAS

- * El *Amicus curiae* es una forma de intervención investigativa de la Procuraduría de los Derechos Humanos cuyo objetivo es aportar criterios técnico-jurídicos para contribuir a una adecuada interpretación de los derechos fundamentales que garantice la supremacía de la Constitución.
- ** Los abogados mayas que defendieron a los cofrades en este caso presentaron un *Amicus* sobre la institución de las cofradías en la actualidad, que

el abogado de la diócesis y varios magistrados parecían desconocer, en el que se explica, entre otras cosas: «El hecho de que los nombres prehispánicos de estas organizaciones hayan cambiado representa, más que una pérdida de las estructuras comunitarias, una adecuación estratégica ante los dominadores del momento y una forma de resistencia a largo plazo».

- *** Los nombres de algunos de los protagonistas han sido alterados.



**Nueva mirada.
Sobre el mestizaje
hondureño**

Por Segisfredo Infante

Para explicar las complejidades íntimas del hondureño actual, es preciso penetrar con cautela en la trama etnohistórica y cultural específica de un mestizaje que lleva cinco siglos aproximados de experiencia y registro. Y para hablar con propiedad científica de tal fenómeno, es necesario utilizar la categoría histórica y filosófica de «civilización», en tanto en cuanto que este mestizaje es resultado del surgimiento gradual de un pequeño submodelo de civilización occidental llamado Honduras. Pero este submodelo es a la vez producto del choque y del enlace simbiótico de, cuando menos, tres culturas originarias: los blancos españoles, los indios nativos y los negros traídos de la parte occidental de África.

Aquí se vuelve pertinente intentar comprender las áreas internas y externas de la personalidad de este mestizo cuyo primer individuo ha de haber nacido durante la primera oleada de conquistadores españoles procedentes del centro de México (o Nueva España), a partir de la década correspondiente a los años que oscilan entre 1520 y 1530. Aquella primera oleada de conquistadores, que realizaron las fundaciones de los villorrios transitorios originarios sobre el territorio del Cabo de Honduras y Ygueras, estaba inspirada, predominantemente, por las conquistas de Hernán Cortés y de sus seguidores. De hecho, Hernán Cortés se desplazó hacia el territorio de lo que hoy es Honduras, en una de las marchas históricas más importantes y difíciles, después de la realizada por Alejandro Magno sobre Persia y la India, y después de las incursiones punitivas de Cayo Julio César sobre el territorio insular de los bretones, tras el incendio de sus naves. La presencia de Cortés en Honduras vino a neutralizar un poco a los conquistadores que procedían de la región sur-oriental provenientes de Santo Domingo. Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés significan un respaldo bibliográfico de lo antes afirmado. En ese contexto indefinido es posible que haya sido engendrado el primer hondureño mestizo de tipo clásico.

Empero, lo más probable es que el mestizaje aludido haya comenzado con la llegada de la segunda oleada de conquistadores bajo el mando del adelantado de Yucatán, don Francisco de Montejo Álvarez Tejada, y del capitán don Alonso de Cáceres Retes, quienes realmente realizaron un verdadero acto de conquista, de pacificación y de repartimientos concretos de tierras y de indios por casi todo el territorio interior de la provincia de Honduras (exceptuando la Mosquitia), pues algunos de sus descendientes se quedaron a vivir en este rincón del mundo. Pocos años después hicieron presencia los colonizadores y comercian-

tes españoles que se asentaron en forma definitiva en el villorrio costero de Trujillo, en la costa norte del cabo de Honduras. También en la villa de Gracias, al occidente del país, que habría de convertirse en la primera capital de la Audiencia de los Confines; y, parejamente, la importante villa de Concepción de Comayagua, en el ombligo de Honduras, equidistante, geográficamente, entre la mar del norte y la mar del sur. Habría que añadir las fundaciones de San Jorge de Olancho (hoy, departamento de Olancho) y la villa de Jerez de la Frontera de las Cholutecas, en las proximidades del golfo de Fonseca, colindante con el océano Pacífico.

Desde mi punto de vista, el verdadero acto fundacional del submodelo de civilización hondureña ocurrió con la presencia del sacerdote católico don Cristóbal de Pedraza (1485-1555), quien arribó a estas tierras, en 1538, con el título de «Protector de Indios», y quien, posteriormente, fue nombrado como obispo de la diócesis de Trujillo. Hay algunas lagunas que exhiben la posibilidad de que Pedraza, aunque llegó a Trujillo, nunca tomó posesión de su cátedra obispal. Lagunas que están siendo investigadas. Sin embargo, su labor misionera y conciliatoria en la villa de Gracias fue extraordinaria desde todo punto de vista, al grado que podríamos ponderar que el licenciado Pedraza fue el primer historiador, antropólogo, geógrafo, demógrafo, botánico, abogado y humanista de Honduras. Existen al respecto, cuando menos, un par de informes enviados por Pedraza a la Corona española, que abundan en toda clase de riquísimos e imparciales detalles.

Con la presencia de Cristóbal de Pedraza se introduce, a mi juicio, el primer Estado de derecho en esta provincia. Por eso, en un ensayo publicado hace varios años, en la ya desaparecida revista histórico-literaria *Caxa Real*, postulé que don Cristóbal de Pedraza es el verdadero fundador de Honduras, tesis inofensiva que ha sido plagiada por autores digitales desconocidos. No se puede ni se debe hablar de «civilización» sin leyes y sin rudimentos estatales mínimos. Con tales rudimentos legales, fueron posibles las conciliaciones entre los contendientes conquistadores aparentemente irreconciliables como don Pedro de Alvarado y don Francisco de Montejo. Asimismo, se hizo posible la defensa honesta de los indios lenca en el occidente del territorio disputado. En tal sentido, el primer “Protector de Indios” introduce en Honduras algunos capítulos del derecho español previo y crea ciertas bases prácticas del derecho indiano que se habrían de ratificar con las Leyes Nuevas, aprobadas en Barcelona por la Corona de España y el Consejo de Indias en el año axial de 1542, y

respaldadas por otros frailes y sacerdotes humanistas de aquella época. Con las exageraciones de fray Bartolomé de las Casas.

Las «Leyes y Ordenanzas nuevamente (sic) hechas por su magestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento de los Indios», o, simplemente, «Leyes Nuevas» de 1542, con reformas reales en 1545, legislaban en favor de los indios, neutralizaban el poder descomedido de los encomenderos y autorizaban, tácitamente, la esclavitud de los negros, produciendo, sin embargo, un problema inesperado desde el ángulo de la coexistencia de los mestizos que habían aparecido en el horizonte del Nuevo Mundo. Es decir, no existía ninguna legislación concreta en que se contemplara la existencia de los primeros mestizos y mulatos.

En uno de mis tantos artículos del diario *La Tribuna*, de Tegucigalpa, y en más de algún ensayo mío editado en una añeja revista de la Academia de Geografía e Historia de Honduras, he mantenido la tesis que debemos subrayar de que nuestro mestizo originario nació, como quien dice, en un campo baldío o en una tierra de nadie. Esto significa que el hijo mestizo de un español blanco y de una india nativa era rechazado por los primeros españoles en tanto que lo percibían como «indio». A él y a sus vástagos. Pero también los pueblos de indios rechazaban al mestizo porque lo percibían como un «español». El problema se agrandaba con el surgimiento de los mestizos mulatos, que también nacían en «tierra baldía». En este punto, es prudente introducir la información en el sentido que los frailes doctrineros (franciscanos y mercedarios) y los sacerdotes diocesanos obligaban a las madres y a los padres «escondidos» a que asistieran a las pilas de bautismo y que figuraran como «padrinos» y «madrinas» de sus propios hijos mestizos, castizos, pardos y mulatos. Este mecanismo sacro permitió la generalización de los apellidos españoles por todas partes. Justamente, en una investigación archivística sobre el mestizaje que realicé a mediados de la década del ochenta del siglo veinte, en los documentos eclesiásticos coloniales de la parroquia de Choluteca, detecté el fenómeno de los «hijos de nadie», que aparecían sin padres o sin madres al momento del bautizo. Era deducible, según Mario Felipe Martínez Castillo, que los padres (de ambos sexos) fueran dueños de las plantaciones, centros mineros y de los hatos ganaderos dispersos en las lejanías del interior de Honduras. Los sacerdotes conocían perfectamente tal problema. En consecuencia, se aplicaba el viejo principio católico que la Iglesia cubre con su manto a todos sus hijos.

Tales mestizos variados, que originariamente eran una minoría poblacional, con el paso de las décadas y los siglos se convirtieron en una mayoría predominante, hasta el día de hoy. Como se movían en tierra de nadie, sin ninguna legislación india ni tampoco española a su favor, fueron creando nichos de sobrevivencia material y espiritual. Trabajaron como «güirises» o mineros independientes en las minas de oro y plata abandonadas y, a veces, inundadas por los inversionistas españoles. También, como capataces en los hatos ganaderos y en las pocas plantaciones de añil y tabaco. Por medio de una «invisible» acumulación originaria de capital hondureño, organizaron cofradías católicas y construyeron algunas iglesias importantes como la iglesia de Los Dolores, en Tegucigalpa, y la iglesia de la Caridad, en Comayagua, construidas deliberadamente como iglesias de indios, pardos, mestizos y mulatos.

Conviene puntualizar que, en los comienzos de la comercialización virreinal española, el mestizaje hondureño fue producto del cruce biológico de tres grupos raciales más o menos diferenciados entre sí: los blancos españoles, las indias nativas y los negros importados de África, principalmente por la vía del comercio esclavista portugués. Los indios lenca eran la mayoría poblacional de este territorio al momento de la llegada de los españoles. Poblaban casi toda la región centro-occidental de Honduras, con algunos ramales en la zona oriental. De tal suerte, que en la base del mestizaje originario hondureño se encuentran los indios lenca y los españoles blancos.

Por otro lado, vale la pena señalar en forma sintética que de la mezcla de un español con una india lenca, caribe o paya, nacía un mestizo clásico. De la combinación de un español con una mestiza, surgía un hondureño castizo. (El fenómeno «castizo» es poblacionalmente escaso en Honduras). Del cruce entre negros e indias tawuakas, aparecieron los mulatos misquitos en la zona de la Mosquitia, al este de Honduras, zona que durante mucho tiempo estuvo bajo el dominio británico. De la relación entre mulatos, españoles, mestizos e indios, emergieron los pardos y otros subgrupos. Así que a partir del mestizaje se puede hablar del submodelo de civilización hondureña. La llegada de los afrodescendientes garífunas ocurrió casi al final del periodo colonial hondureño. En abril de 1797. Por cierto que los garífunas son el resultado natural de la mezcla entre negros africanos e indios arahuacos de ciertas islas caribeñas.

En el párrafo anterior he hablado del mestizaje originario de Honduras; pero cabe destacar que en el curso de los siglos se sumaron otros ingredientes étnicos y culturales como las pequeñas familias de judíos sefarditas que venían huyendo de la Inquisición del virreinato de Nueva España, y que penetraron y se instalaron en subregiones remotas del interior de Honduras, como el partido de Tencoa (hoy, Santa Bárbara). Inclusive en el remotísimo partido de Olancho, una de cuyas extensas tierras pertenecía a la gobernación de Comayagua, y la otra parte a la mítica «Taguzgalpa», que en la segunda mitad del siglo dieciséis, según algunos autores, se convirtió en alcaldía mayor de Tegucigalpa. Para mediados del siglo XVIII, la Corona de España determinó poblar la subregión de la Mosquitia, con el fin de neutralizar o hacerle frente a la fuerte presencia de las factorías y de los contrabandistas ingleses. La decisión fue modificada y los nuevos pobladores que llegaron en barcos con una larga lista de nombres y apellidos, se quedaron a vivir en Olancho, y otros fueron trasladados a lo que hoy es el departamento de Santa Bárbara, particularmente al pueblo de Trinidad, en donde la presencia sefardita ahora es innegable. Y es indubitable, además, que tales sefarditas se convirtieron al cristianismo católico, conservando algunos rasgos de la cultura judía. En este punto son sugeribles algunos textos valiosos, entre otros el libro *Los criptojudíos en Honduras*, de la autoría de Libny Rodrigo Ventura Lara, publicado por Segisfredo Infante en la Editorial Universitaria de la UNAH, Tegucigalpa, en el año 2008. Lo mismo que la *Historia del puerto de Trujillo*, de Manuel Rubio Sánchez, publicado en tres tomos por el Banco Central de Honduras, en 1975.

Pero el mestizaje realmente «moderno» comenzó a registrarse a partir de mediados del siglo XIX, en la zona sur de Honduras, sobre todo en la ciudad-puerto de Amapala, y luego en Choluteca, con desplazamientos hacia Tegucigalpa y a otros puntos focales del comercio nacional e internacional, que vinculaba estrechamente al mencionado puerto sureño con el puerto de Hamburgo, en Alemania, principalmente. Los primeros comerciantes en llegar al puerto de Amapala fueron los italianos, seguidos por los alemanes, ingleses, franceses y chinos, quienes al final se quedaron a vivir en Honduras, reforzando el mestizaje entre extranjeros y catrachos. Hay un texto aconsejable para aproximarse a este tema de las extranjerías, que es un libro pionero titulado *Los Alemanes en el sur (1900-1947)*, el cual es producto de una investigación archivística realizada entre 1986-1987, y finalizada en

1988, por un grupo de historiadores jóvenes que fue coordinado por Segisfredo Infante. Se publicó en forma de libro, en la Editorial Universitaria de la UNAH, en junio de 1993.

En la costa norte de Honduras continuó el mestizaje durante la primera mitad del siglo xx con la presencia de las compañías bananeras estadounidenses, que establecieron una economía de enclave, en donde se reclutaba a los trabajadores agrícolas oriundos de diversas partes del país, incluyendo salvadoreños. Fue el momento en que arribaron, casi masivamente, los inmigrantes palestinos, con pasaportes «turcos». Y algunos judíos sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial. También llegaron empleados españoles que trataban de eludir la Guerra Civil en España. Este fenómeno inusual generó una gran movilidad social, étnica, económica y política hacia lo interno del país, sobre una vasta zona costera que, desde tiempos coloniales, había sido pantanosa. Parejamente arribaron los llamados «negros ingleses» o jamaiquinos, muy diferenciados, culturalmente, de los garífunas. Sobre la presencia de extranjeros en la zona norte, relacionada con palestinos, árabes y judíos, contamos con las investigaciones publicadas por Darío Euraque y por Jorge Amaya, respectivamente.

Sin embargo, la movilidad social hondureña comenzó en la misma época colonial, mediante dos vías. La primera, con el reclutamiento de indios, mestizos y mulatos para engrosar las filas de las milicias encargadas de perseguir a los piratas en la costa norte de la provincia. Se organizó la Armada de Barlovento para navegar y enfrentar a los piratas ingleses y de otros países europeos. No obstante lo anterior, tal movilidad social contraponía algunos límites en tanto que la mayoría de los milicianos indios y mestizos morían en las batallas contra los susodichos piratas. O morían por enfermedades. La segunda vía ocurrió durante la época de las reformas borbónicas, cuando varios criollos estudiaron en importantes universidades virreinales de la región istmeña y accedieron a puestos de segunda fila en las estructuras del poder peninsular reformista, en el contexto de la Constitución de Cádiz de 1812. Estos mismos criollos (o españoles nacidos en América, o descendientes directos de españoles) fueron los promotores y jefes supremos del proceso de independencia de los países latinoamericanos, tales como el héroe venezolano Simón Bolívar, y el estadista hondureño José Cecilio Díaz del Valle. Poco después, aparecería en escena el semicriollo hondureño, de origen italiano, Francisco Morazán Quesada.

Ya he discurrido sobre los «güirises» o mineros independientes que acumularon cantidades mínimas o «invisibles» de capital y que organizaron sus propias cofradías de subsistencia y coexistencia. Pero la genuina movilidad social de indios y mestizos comenzó con la facción morazanista del Ejército Federal de América Central y, más tarde, con las milicias involucradas en las montoneras anárquicas y en las guerras civiles de casi todo el siglo XIX y de las primeras tres décadas del siglo XX, hasta poco antes del advenimiento dictatorial del general Tiburcio Carías Andino, quien usufructuó el poder durante dieciséis años, con el lado positivo de la historia que, desde el comienzo de su gobierno, se terminaron las tristemente guerras fratricidas entre catrachos. Porque los milicianos mestizos (y algunos castizos) carecían de verdaderos principios filosóficos e ideológicos estratégicos. Por regla general, la soldadesca peleaba por un sueldo ocasional y cambiaba de bandera según las circunstancias, habida cuenta de la pobreza ancestral que, paradójicamente, había caracterizado a la principal provincia minera capitalista del «Reyno de Guatemala», es decir, Honduras. Pobreza tal vez explicable en otras crónicas relacionadas con la investigación histórica. Es tan importante esta movilidad histórica, social y étnica, que más de algún mulato catracho, como el general Manuel Bonilla Chirinos, quien había peleado en las montoneras finiseculares del siglo XIX, terminó convertido en presidente legítimo en las agitadas elecciones de 1902, y en otras fechas.

Inclusive, durante el siglo XX, hemos podido constatar el ascenso social y político de personas de orígenes extremadamente humildes, por el camino del comercio pero, sobre todo, por el camino de las armas. Jóvenes mestizos y castizos que fueron reclutados en redadas por las Fuerzas Armadas de Honduras lograron convertirse en sargentos, tenientes, capitanes, coroneles e incluso en generales «rasos». Esto significa que ellos nunca estudiaron, formalmente, en una academia militar ni tampoco policial. Sin embargo, acumularon rangos, bienes y prestigios en las estructuras del poder político nacional. Es más, algunos se casaron con mujeres provenientes de familias acomodadas. Desde luego que también ha habido, y continúa habiendo, muchos oficiales que estudiaron en la Escuela Militar, en instituciones de aviación y en la Academia Nacional de Policía, logrando niveles universitarios dentro y fuera del país, hasta alcanzar posiciones cimeras dentro del entramado social hondureño. Al quedar en situación de retiro, algunos oficiales de las Fuerzas Armadas se han convertido en

diplomáticos, comerciantes, agro-ganaderos, abogados, administradores de empresas y, unos pocos, en importantes periodistas de opinión, e historiadores.

Por otro lado, en el marco de las políticas desarrollistas de la década del cincuenta del siglo xx, al momento de legalizarse la autonomía de la Universidad Nacional de Honduras, las aulas universitarias estatales se abrieron, gradualmente, a decenas de miles de estudiantes de diversos estratos sociales pero, especialmente, a estudiantes pobres que antes no tenían ninguna posibilidad de realizar estudios superiores. De aquí, emergieron varios intelectuales de importancia actual en el país.

CONCLUSIÓN

He insistido en el tema del mestizaje hondureño por tratarse de un fenómeno etno-histórico y cultural que puede ayudar a explicar la personalidad íntima y externa de una gran mayoría de catrachos y, en consecuencia, desde tal urdimbre se pueden derivar explicaciones políticas, sociales, económicas y diplomáticas, incluyendo, en parte, el atraso ancestral de Honduras, en tanto que algunas instituciones y autores se muestran inclinados a confundir los efectos con las causas, al momento de pretender explicar las crisis hondureñas recurrentes, en donde convergen problemas nacionales con los internacionales, sin duda alguna.

Alguien podría objetar que tales mestizajes son evidentes en países vecinos como El Salvador, Nicaragua y Guatemala. Empero, los mestizajes nacionales implican particularidades en cada país que, con el paso de las décadas y los siglos, han adquirido sus peculiaridades identitarias. Tanto por el proceso histórico experimentado como por las actividades económicas distintas frente a unas características geográficas únicas de cada país y subregión. En Guatemala, por ejemplo, con una fuerte presencia de españoles y criollos durante el largo periodo colonial, siguen predominando más de veinte comunidades indígenas con sus propios «dialectos» e ilusiones. Los indios de la sierra de los Cuchumatanes guatemaltecos configuran una singularidad. El Salvador, por su lado, como «partido» y como intendencia, experimentó un tipo de mestizaje en que los negros que trabajaban en las plantaciones de añil fueron subsumidos en un mestizaje en que pareciera que en sus orígenes sólo se mezclaron españoles e indios. Lo cual es insostenible porque las características del «mulataje» resaltan todavía, a la vista, en la capital salvadoreña. En Nicaragua

los mulatos y sus tonos de voz siguen siendo visibles y audibles en los primeros encuentros.

En Honduras se experimentó un lento mestizaje cuasi horizontal, de tal manera que una de las peculiaridades es que muchos personajes y segmentos sociales (de ricos, pobres y de clase media) se encuentran emparentados consanguíneamente entre sí. Esto ha facilitado los diálogos políticos y sociales frente a las crisis recurrentes. Sin embargo, en la medida en que ha crecido la población (con más de nueve millones de habitantes), más las presiones internacionales de diversa índole, los hondureños parecieran encontrarse en callejones sin aparentes salidas, cada vez que se presenta un fuerte problema político: sectorial o general. Los mestizos (y los criollos subsistentes) parecieran incapacitados para comunicarse civilizadamente entre unos y otros.

Aquí es oportuno resaltar que el hondureño promedio es inconsciente de su hermoso mestizaje, motivo por el cual nunca termina de asumirlo con dignidad. Tal asunción le facilitaría la probabilidad de abrirse nuevos caminos dirigidos a convertir Honduras en una nación orgullosa con capacidad de darse a respetar internacionalmente, y de auto-respetarse como nación más o menos homogénea. En tanto que, por el contrario, lo que ocurre es que cada hondureño promedio se percibe como un «indio» frente a los europeos; y, en forma casi simultánea, como un «español» frente a las minorías indígenas autóctonas subsistentes; lo mismo ante los afrodescendientes. Con cierta apertura hacia los estadounidenses. El «mulato» catracho tiende a pasar desapercibido dentro de esta percepción errónea de la historia y de la filosofía de la identidad mestiza. Finalmente, vale la pena citar a Oscar Falchetti, un periodista uruguayo, muy erudito, que vivió y falleció en Honduras: él repetía, o citaba, que en América Latina todavía se reza a Jesucristo, se lee al Quijote y se habla en español.

(Honduras)

Salir de la ratonera

Por Malva Flores



Quizá nunca como hoy, cuando estamos conectados permanentemente con una «realidad» que antes podía parecerse ajena, la historia del ratón del campo y el de la ciudad parece diluirse hasta formar parte sólo de la historia de los cuentos para niños. Aun cuando vivamos, como yo, a cuatrocientos kilómetros de la capital, nos parece que estamos en el centro del mundo. Todo lo vemos, todo lo oímos y comentamos. Quizá sólo seamos ratoncitos frente a nuestras pantallas, esa pequeña provincia luminosa que nos hace creer que «estamos en el ajo». Las «benditas redes sociales», como las calificó el entonces candidato a la presidencia de la República, imponen su hegemonía en el trato entre las personas y vivimos, de escándalo en escándalo, creyendo que estamos vivos; que eso, el escándalo, es una forma de la convivencia transversal. En la Cuarta Transformación, como el nuevo gobernante denominó a este tiempo, no se ha transformado aún el encono: se ha agudizado.

Para gran parte de la comunidad cultural de México, todo empezó con la alegría que supone el nacimiento de algo nuevo. Ante la marejada de treinta millones de votantes que le habían otorgado el triunfo a Andrés Manuel López Obrador, todo eran risas y festejos. Los más escépticos teníamos nuestras dudas o, más bien, fundados temores, pero, a mediados del verano pasado, las sombras se disiparon un poco. En forma poco ortodoxa, el entonces candidato electo anunció los diversos nombramientos para su gabinete y el de Margo Glantz, como directora del Fondo de Cultura Económica, alegró a no pocos y calmó a muchos. Se trataba del nombramiento para dirigir la más grande editorial mexicana, dueña de una historia y un prestigio irrefutables.

No duró tanto la alegría. Pocas semanas después, y aunque en un principio había aceptado tan honrosa distinción, Glantz renunció al cargo aún sin haber tomado posesión de él. No recuerdo si fue unos minutos antes o al mismo tiempo cuando supimos (Twitter es tan rápido...) que se había designado a Paco Ignacio Taibo II como nuevo director. Como se dice ahora, «las redes estallaron», de júbilo o de indignación. Todo fue tan rápido como un suspiro. Apenas unos días más tarde se supo que una legislación abusiva impedía a Taibo II tomar el cargo por no ser mexicano de nacimiento. «¡Que se cambie la ley, que se lleve a las Cámaras, que...!». Ante la propuesta oficial de cambiar la ley, Taibo II declaró en la Feria de Guadalajara a fines de noviembre pasado: «Se las metimos doblada, camaradas», en medio de las

risas festivas de quienes ahí lo acompañaban. Ardió naturalmente la Troya cultural de la nación.

Las opiniones se dividían, los ánimos, como se dice, se caldearon. Elena Poniatowska salió en defensa del escritor de novela negra (Taibo había hablado «al aire, sin pensar, sin reflexionar»), pero no hubo posibilidad de controlar los señalamientos. El poeta David Huerta, escribió que la narradora se estaba «jugando su enorme prestigio literario por una causa perdida».

El 15 de febrero los diputados aprobaron la «Ley Taibo», como se le conoce ahora, si bien desde antes se le había nombrado «encargado de despacho». Desde su vista, en la parte superior del hermoso edificio que construyó Teodoro González de León, probablemente musitó para sí la inolvidable frase. Ya desde enero, sin embargo, había lanzado una campaña, sin documentos ni plan –como ocurre con tantos programas lanzados desde la Cuarta Transformación– asegurando que lo que impedía el amor por la lectura era el costo de los libros; de modo que ahora se ofrecen a un muy módico precio (cincuenta pesos mexicanos, menos de tres dólares) varios de los títulos del catálogo del Fondo. Eso no está del todo mal, pero ¿acaso de ello se infiere que serán leídos? Misterios de la Cuarta Transformación. El caso es que su aborrecimiento al neoliberalismo lo conminó a despedir a la plana completa del Comité Editorial de *El Trimestre Económico*, la revista fundada por Daniel Cosío Villegas, a la voz de: «Para nosotros, el proyecto neoliberal es un cadáver del que tenemos que despojarnos lo más rápidamente posible por el daño que le ha hecho a la nación», según anunció el 22 de febrero en el programa «Desde el Fondo», asegurando que le daría un giro de ciento ochenta grados a la reconocida publicación. Todo esto ocurría mientras México entero –es decir el México dedicado a la cultura que cree que es México entero– se tronaba los dedos esperando que la cinta de Alfonso Cuarón, *Roma*, se llevara todas las estatuillas a las que estaba nominada por la Academia de Cine norteamericana. Imposible objetar la belleza de la cinta. Imposible decir que no nos había gustado la película. Deslizar cualquier comentario, ya no digamos adverso, sólo crítico, era el prelude para la recepción de una serie de adjetivos veloces y virulentos que tachaban al crítico *amateur* de infractor, ignorante, racista o, de plano, traidor a la patria: o estás con *Roma* o estás contra el México verdadero. La película pasó a ser lo de menos. El queso del Óscar no fue tan grande como imaginábamos y la cinta de Cuarón sólo recibió tres rebanadas de las diez a las que estaba nominada. La algarabía fue,

sin embargo, enorme. Después de los consecutivos premios obtenidos por varios mexicanos en los últimos años, habíamos conquistado Hollywood. Lo que la selección nacional de fútbol nos había quedado a deber tantos años (y, me temo, seguirá con su deuda), el cine lo había hecho realidad: nos «visibilizó», horrenda palabra que significa llanamente que nos hizo visibles. Más allá del léxico –aunque el léxico es también un problema a discusión en todos los ámbitos– el asunto de la visibilidad es espinoso, pero hoy todos queremos que nos miren.

Viendo apenas de lado, un desastre se empezaba a gestar en el área de la cultura mexicana y sus apoyos estatales. A diferencia de lo ocurrido con la designación de Taibo II, la del escritor Mario Bellatin al frente del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA), no concitó encono. Por fin un creador y no un burócrata se haría cargo de la oficina. Pronto, el gozo se fue al pozo. Bellatin calificó a las administraciones anteriores de dispendiosas; inició la destitución de varios antiguos colaboradores del FONCA; aseguró que uno de sus programas más importantes –Jóvenes Creadores– estaba en revisión y que se intentaría hacer un solo programa (incluyendo al Sistema Nacional de Creadores), en el cual se ofrecería que el artista se acercara a la institución para otorgarle diferentes apoyos y con distintos montos y no, como se hacía, que la institución realizara las convocatorias habituales, con montos similares para todos los beneficiados. «Tenemos el dinero, tenemos el presupuesto. Es lo más lógico. Esto va a seguir. Si ya confiaron en Salinas, confíen en mí», declaró para Chilango.com. Su alusión al expresidente Carlos Salinas de Gortari –repudiado entre los repudiados– y las poco claras ideas en torno a los programas del FONCA comenzaron a disgustar a la comunidad cultural, ya bastante irritada por la renuncia de Daniel Goldin a la dirección de la Biblioteca Vasconcelos como muestra de su inconformidad con las prácticas del nuevo gobierno. Para calmar los ánimos, Bellatin convocó una reunión con los creadores, pero ni se invitó a los susodichos ni el titular asistió. Eso sí, fue transmitido por *streaming*.

En el centro del mundo, mi iPad, abrí el enlace del FONCA para poder observar lo que ocurría a cuatrocientos kilómetros de distancia. La ausencia de Bellatin provocó un enojo creciente y justificado entre los creadores que se encontraban en el recinto y su ira se incrementó cuando uno de los funcionarios aclaró que se modificarían los apoyos pues, de acuerdo con sus datos, aquellos difícilmente rebasaban el perímetro de las colonias Roma y Con-

desa, conocidas por albergar el mayor número de artistas y escritores por metro cuadrado en la Ciudad de México. Aquello se volvió el infierno. La falta de preparación de los funcionarios era evidente. Ya empezaba a subir a altísimo tono la reunión, cuando dejé de ver lo que allá pasaba. Por razones inexplicables, pero curiosas, se interrumpió la señal en el momento más álgido de las discusiones. Imaginé lo peor: sillas volando, golpes a diestra y siniestra...

En estos tiempos, cuando se corta la señal, quedas indefenso, al solo amparo de ti mismo, lejos del barullo y enfrentado a la pantalla negra que se abisma porque no estás ya enterado, porque no supiste qué pasó. Como ratón de laboratorio, dando vueltas en el laberinto, topando contra las paredes: ciego; pero, a diferencia de aquel ratón, que encuentra finalmente la salida, tú permaneces atado a la pantalla que irradia una luz negra hasta que vuelve la señal. Cuando volvió no se veían sillas tiradas, sino vacías: más de la mitad de los creadores habían abandonado el lugar y los representantes del FONCA se comprometieron a realizar mesas de discusión.

Pocos días después, Bellatin renunció al cargo al viejo estilo: «por motivos de salud» y Marina Núñez Bernalova, antigua directora de Publicaciones de la Secretaría de Cultura, asumió la responsabilidad entre decenas de cartas públicas firmadas por cientos de creadores de todo el país. De inmediato, se organizaron mesas de trabajo con los creadores en tres puntos del territorio: Monterrey, Mérida y la Ciudad de México. Ya estábamos viendo la poca participación de los creadores o de propuestas congruentes en estas mesas, cuando un aire de lumbre anunció la llegada de la primavera y arrasó con la república letrada en forma de *hashtags*: #MeTooEscritoresMexicanos, #YoSíTeCreo y #SeVaACaer –el patriarcado– recorrieron en pocas horas los innumerables caminos de Twitter y se volvió *trending topic* durante días. A la iniciativa de varias escritoras mexicanas en la cuenta @MeTooEscritoresMexicanos de denunciar acoso, agresiones y violaciones contra mujeres escritoras, se sumaron varias cuentas más y hubo #MeToo de académicos, creativos, periodistas, músicos...

Frente a mi pantalla aparecían nombres, listas, reclamos, denuncias atroces. ¿Qué hacer? ¿Cómo distinguir un acoso de un flirteo? ¿Por qué mi hija debe vivir con miedo? ¿De qué forma detener la violencia? ¿Cómo vivirá y se enamorará mi hijo? ¿Cómo olvidar que en los últimos tres meses el número de mu-

¿eres asesinadas diariamente en México subió de siete a nueve? ¿No existe la presunción de inocencia? ¿Qué hacer si el sistema de justicia no defiende ni apoya a las denunciadas de violación? ¿Podemos, debemos, convertirnos en tribunal? ¿Cuál debe ser el papel del Estado? #MujeresJuntasMarabunta fue el nuevo *hashtag* que congregó la reivindicación de las mujeres. Mientras tanto, en otra de las comarcas letradas ocurría un pequeño sismo: Paco Ignacio Taibo II decidió que el Fondo de Cultura Económica saliera de la organización y patrocinio del Premio a Lenguas Romances de la FIL Guadalajara, pero pocos hicieron eco de esa decisión: tan crudas eran aquellas historias que se filtraban en forma de denuncias anónimas y nos tenían a todos azorados. En esas horas aciagas, varias publicaciones (*Letras Libres*, *Nexos*, entre otras) hicieron públicas sus respectivas posturas de defensa y respeto a las mujeres. La Secretaría de Cultura emitió un comunicado similar.

Se respiraba miedo el día que amanecemos con la noticia de que el roquero Armando Vega Gil, acusado en el #MeTooMúsicos, se había suicidado. Por breves minutos la noticia voló solitaria en todas las pantallas y sólo el mensaje suicida, anunciado en la cuenta de Twitter del músico durante su madrugada final, se repetía incansable, dolorosamente. El asombro y el mutismo duraron poco tiempo: fue el día más atroz de las redes sociales y llegó hasta la prensa y la televisión. El queso informativo era un bocado putrefacto: de sus orillas salían heces y gusanos. En su centro se acendrabá el odio. ¿Cómo vinimos a parar aquí?, me preguntaba. Los justos reclamamos en favor de una sociedad más equitativa, menos violenta y más protectora de las víctimas parecía volverse el coto de nuevos victimarios. De uno y otro lado de esta aparente guerra de los sexos aparecían comentarios atroces, como si no hubiera sitio ya no digamos para la empatía, al menos para la reflexión. La duda es un bien escaso y tantas «certezas» nos están matando.

Tras varios días de silencio, la cuenta de @MeTooEscritoresMexicanos publicó un comunicado donde se estableció que #MeTooEscritoresMexicanos no era «un mecanismo de denuncia que pretenda el escarnio público, es una herramienta política que señala y pone al descubierto violencias que han querido permanecer en el dominio público de lo privado para conveniencia de los que perpetran actos de acoso y hostigamiento». Asimismo, dio a conocer el nacimiento de #MujeresJuntasMarabunta, un movimiento con varias exigencias que podrían resumirse en

medidas para erradicar la violencia de género en los espacios culturales y en la vida toda; el reclamo de paridad de género en las publicaciones subvencionadas por el Estado, así como en los jurados y selección de los concursos nacionales y estatales. Exigían también que los pares escritores iniciaran una reflexión profunda para responderse «de qué manera perpetúan una tradición de solapamiento»; que se hiciera efectiva la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia; que se apoyara la realización de cursos, documentos y talleres con perspectiva de género y, significativamente, hicieron un llamado a dos editoriales privadas, Random House Mondadori y Planeta, para que abrieran un comité de ética de recursos humanos que atendiera las denuncias de acoso.

El 5 de abril apareció un comunicado de Penguin Random House Group. La editorial compartía «la necesidad de denunciar los acosos sexuales y las actitudes impropias de cualquier índole hacia las mujeres» e informaba que el grupo contaba desde 2013 «con un comité local e internacional de esta naturaleza así como con un *Ombudsperson* que atiende imparcial y confidencialmente cualquier denuncia de acoso sexual o de otra índole». Apenas estábamos pensando en todo esto, cuando desde la cuenta oficial del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología se publicó un tuit alarmante que decía: «El pensamiento científico racionalista, hegemónico y colonizador debe ser reemplazado por un diálogo de saberes transversal y multidimensional», muy acorde con la solicitud del presidente de la República, en días anteriores, de que los reyes españoles ofrecieran una disculpa por la conquista de México. La noticia de la carta a los reyes había aparecido días antes en el diario *Reforma*, como un trascendido del borrador de la misiva dirigida a la península y causó gran revuelo. Parecía que ése sería el nuevo motivo de chunga o de discordia cuando el 6 de abril ONU Mujeres México difundió un tuit en apoyo al #MeToo: «Las víctimas de violencia tienen derecho a la confidencialidad en sus denuncias».

Sobre la confidencialidad de las fuentes pocos días después ocurriría lo inaudito: en su diaria conferencia matutina, el presidente solicitó al diario *Reforma* que hiciera públicas sus fuentes, en un claro ataque a la libertad de prensa. ¿Quién había filtrado el borrador de la carta a los reyes? Por supuesto, el *Reforma* no lo reveló pero sí publicó la carta completa. Al mismo tiempo, nos enterábamos de que, contra el deseo de la inmensa mayoría de los mexicanos, finalmente sí era un militar, el general Luis Rodrí-

guez Bucio, quien quedó al mando de la recién creada Guardia Nacional. También supimos que una veintena de investigadores mexicanos había contribuido para que se realizara la primera fotografía de un hoyo negro.

Pasa trinando otra noticia: «Crisis de tristeza en México. Para el 2020 la depresión será la principal causa de discapacidad». La simultaneidad de la información no nos deja pensar. Todo ocurre tan de prisa que apenas si nuestros atribulados cerebros están terminando de leer una noticia cuando otra, en menos de lo que dura un parpadeo, ya retiene nuestra atención. Y luego otra: miles de noticias circulando mientras el hoyo negro, allá tan lejos, mira de reojo con su anillo incandescente la nota que nos informa –mientras vemos el video de la captura de Julian Assange en la embajada de Ecuador–, que su gato había sido «puesto a salvo y retirado de la sede diplomática antes de que sucediera la extracción». La imagen del gato con corbata de colores compitió en celebridad con la noticia de que en Barcelona una escuela prohibió la lectura de la *Caperucita Roja*, por «sexista»...

Sentada frente a mi pantalla, vi arder Notre Dame durante horas. Ese mismo día sombrío aparecieron finalmente las convocatorias del FONCA, pero todos polemizaban sobre si uno debía lamentarse o no por la calcinación de aquel símbolo de Occidente. Antes del, para mí, desolador acontecimiento, se discutían las declaraciones del presidente en relación con la pregunta que el periodista Jorge Ramos le había hecho en días previos y lo había mostrado como un presidente desinformado y errático. Después de señalarle que en México se habían asesinado a más personas en los primeros tres meses de su gobierno que en toda la vida moderna de México para ese periodo (8,524 mexicanos de diciembre a febrero), el presidente se había «hecho bolas» con las cifras, y a la mañana siguiente, en su conferencia mañanera, y a pregunta expresa de otro periodista sobre si juzgaba buen periodista a Ramos, aseguró: «Dicen que Jorge Ramos es mejor periodista que ustedes, yo no creo. Ustedes son prudentes, si se pasan ya saben lo que les pasa. Pero no soy yo, es la gente». Esta amenaza velada cruzó mil veces por mi pantalla hasta que vimos caer la aguja de Notre Dame envuelta en llamas. Al día siguiente, amanecemos con la noticia de que el presidente había enviado un memorándum, sin validez constitucional, para cancelar la reforma educativa vigente. No debería asombrarnos: un miembro de su equipo, Paco Ignacio Taibo II,

dijo para *El País* que «No habrá otra opción que gobernar por decreto para transformar México».

Viernes Santo. En Minatitlán, Veracruz, un comando armado mata a trece personas en una fiesta, entre ellos un bebé de un año. El sábado de gloria, el presidente sigue peleando con sus adversarios por las críticas a su memorándum y emite un tuit: «Callaron como momias cuando saqueaban y pisoteaban los derechos humanos y ahora gritan como pregoneros que es inconstitucional hacer justicia y desterrar la corrupción. No cabe duda de que la única doctrina de los conservadores es la hipocresía. Son como sepulcros blanqueados». Ni una palabra sobre Minatitlán. Mientras tanto, se confirmaba que el primer trimestre del año había sido el más violento de la historia: 8,737 homicidios dolosos de enero a marzo. «8.9% más que en el mismo periodo del 2018», informó *El Universal*, con datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. 2,931 sólo en marzo. Un *trending topic* recorría las redes el Domingo de Resurrección: #AMLORENUNCIA; y competía con otro: #AMLOelPuebloTeApoya. Las primeras palabras del presidente sobre la matanza en Minatitlán fueron: «Nos dejaron un cochinerito». Mientras tanto, el partido del presidente, Morena, lanza una iniciativa de ley contra el alcoholismo, que movería a risa si no fuera tan patético: que se venda la cerveza tibia.

«Twitter no es México», leo. Es verdad. Vivo en uno de los estados más violentos del país: Veracruz. Cuando llegamos aquí, hace quince años, salíamos a conocer los alrededores, a ver el mar, pueblitos, caminos hermosos que serpenteaban junto a la playa. Poco a poco dejamos de hacerlo y nos refugiamos en nuestra casa, frente a nuestras respectivas pantallas. Ayer, en la realidad, mataron a un conocido de mi hijo. En su conferencia mañanera y a raíz de los hechos en Minatitlán, el presidente dijo que la petición de mayor seguridad era una exigencia de los conservadores.

El último día de abril se celebra el Día del Niño en mi país. En México, al menos tres son asesinados diariamente. Levanto los ojos de la pantalla que me avisa que en la Ciudad de México mataron a una joven en un salón de clase a plena luz del día y que en Venezuela liberaron a Leopoldo López. Veo los tanques de Nicolás Maduro pasando por encima de la gente.

Empieza mayo. Comienza a aparecer la información de la economía a la baja en el país. A cinco meses de iniciar su gobierno, se realiza una marcha en varias ciudades exigiendo la renuncia del presidente. En las redes, una guerra de palabras acompaña

la marcha. El 10 de mayo, día de las madres y en el que acabo mi crónica, un grito recorre las redes sociales. Las mujeres, yo entre ellas, escriben: «Soy Malva, hija de Antonieta, nieta de Paz y Rita, madre de Valeria y Emiliano y quiero que, en el día y mes de las madres, les digan a las (decenas de miles de) madres de l@s desaparecid@s: ¿qué les pasó y dónde están sus hij@s y niet@s? #NosFaltanMásde43».

El número de muertos y desaparecidos aumenta. ¿Cómo salir de la ratonera? El «relámpago verde de los loros» pasa in-tempestivamente sobre mi balcón con gran alharaca. Hace tanto calor. Dos, tres goterones me anuncian también la proximidad de un chubasco.

(México)



**¿Cuántos tiranos alcanzan
en una vida?**

Por Gioconda Belli

Se dice que los antiguos nicaraguas tomaron camino hacia el sur para esquivar los impuestos y dominio del Imperio azteca. Sus sacerdotes les indicaron que debían andar hasta encontrar un lago con una isla que poseyera dos volcanes gemelos. La isla está situada en el lago Cocibolca o Gran Lago de Nicaragua. Se llama Ometepe. Es una larga y fértil lengua de tierra y sobre ella se alzan los volcanes Concepción y Maderas, dos colosos en cuyas cimas las nubes se enredan como blancas estolas sobre sus verdes faldas.

Se dice que Nicaragua significa «hasta aquí llegó el náhuatl». Los recién llegados desplazaron a tribus caribes, que migraron hacia el norte del país y que hoy constituyen la etnia misquita. «Misquito» quiere decir: «de aquí no me mueve nadie».

Este país, de ciento treinta mil kilómetros cuadrados, está al centro de la franja conocida como Centroamérica, por cuya cintura desfilan volcanes que forman parte del «cinturón de fuego» del Pacífico. Los volcanes, lagos y lagunas son el paisaje de Nicaragua. Están insertos en medio de una vegetación lujuriosa y tropical.

El país es hermoso. Tiene los atardeceres más bellos del mundo, una sobreproducción de poetas y un sino histórico que parece sacado del mito de Sísifo. Los nicaragüenses hemos vivido entre guerras, terremotos y huracanes. Cuando, tras cruentas luchas, parece que hemos conquistado la paz, la paz nos evade. Un conflicto sigue al otro, un tirano engendra a otro.

¿Cuántos tiranos alcanzan en una vida? En la mía varios: los Somoza y ahora Daniel Ortega.

Daniel Ortega fue electo coordinador de la Junta de Gobierno de Nicaragua en 1979, al triunfo de la revolución que derrocó al último Somoza, Anastasio.

Dentro de las filas sandinistas, Daniel era poco conocido. Había estado preso siete años por robar un banco para obtener fondos para la lucha sandinista. Fue liberado en 1974 por un comando del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que tomó rehenes en una fiesta navideña, entre los cuales se encontraba el cuñado de Somoza, Guillermo Sevilla Sacasa, y los intercambió por prisioneros. Estuvo en Cuba, luego un breve período clandestino en Nicaragua y de 1977 a 1979 en Costa Rica, donde inició su vida marital con Rosario Murillo y fue miembro de la tendencia Tercerista, una de las tres facciones en que se había dividido el sandinismo, que se reunificó a principios de 1979.

«Enrique» –seudónimo con el que se le conocía– no tenía la vistosidad ni la labia de su hermano Humberto. Tras sus grandes gafas, se ocultaba una personalidad hosca y silenciosa, de observador taimado y calculador. Su recato de entonces hizo creer a sus compañeros dirigentes –nueve comandantes guerrilleros que conformaron la Dirección Nacional sandinista– que la egolatría no sería problema suyo, aun cuando se le encomendara la presidencia y representatividad del FSLN. Así fue como llegó a ocupar la primera magistratura del país en 1984, año en que se llevaron a cabo elecciones en Nicaragua. Dado el concepto vanguardista del movimiento, que devino en partido después de la toma del poder, la tarea de presidente y orador principal que se le asignó era considerada secundaria por sus colegas. Las decisiones se tomaban en conjunto, *primus inter pares*. Cada comandante de la Dirección Nacional manejaba su propio feudo. Sin embargo, a raíz de la guerra financiada por Estados Unidos contra la Revolución nicaragüense, que se inició en 1981, la visibilidad de Ortega aumentó considerablemente hasta que éste se convirtió en la figura más destacada de la revolución. Sus discursos eran aburridos y repetitivos, pero el fervor popular fue magnánimo con su oratoria. Su mejor discurso lo dijo la madrugada que aceptó su derrota electoral frente a Violeta Chamorro, en enero de 1990. Su tono de estadista se esfumó al día siguiente, cuando en una concentración con sus adeptos, prometió «gobernar desde abajo».

La revolución, que había sido un esfuerzo heroico de miles para derrocar la dinastía de los Somoza, que gobernó Nicaragua por cuarenta y cinco años, fue derrotada no sólo por la guerra de la «contra», como se llamó a los contrarrevolucionarios, sino por la puesta en práctica de una política gubernamental excluyente que castigó el disenso y exacerbó la idea de la lucha de clases para justificar confiscaciones, nacionalizaciones, y limitar la democracia y las libertades ciudadanas de información y asociación. La «contra» no sólo reunió a campesinos desafectos, sino a amplios sectores medios y altos de la sociedad. Fue una guerra civil que dejó miles de muertos y una economía en ruinas. La lucha revolucionaria, sin embargo, las historias de heroísmo, las vivencias enormemente románticas e idealistas de los diez años que duró el sandinismo en el poder, sumados a la ausencia de un análisis crítico honesto de las fallas incurridas, derivó en una mitificación del sandinismo y en una fidelidad fervorosa a Daniel Ortega, el líder derrotado cuya figura debía protegerse como el símbolo de esos tiempos. Por otro lado, ante la pérdida de un proyecto que

se consideraba invencible, el partido justificó una rapiña nefasta de los bienes del Estado, que distribuyó propiedades entre sus miembros para compensarles y asegurarles su futuro. Estos favores también devinieron en compromisos de lealtad con el sandinismo y su más celebrado dirigente.

Para un hombre que, tras ser prisionero y operador clandestino, pasó sin más experiencia o preparación académica a la presidencia del país (el Bachi, por bachiller, es un apodo frecuente para nombrarlo, incluso entre sus adeptos), la derrota electoral, el retorno a la vida anónima de ciudadano, resultó un trauma insuperable. Gobernar desde abajo, montar constantes asonadas, huelgas (que fueron prohibidas durante la revolución), y convertirse en la piedra en el zapato del nuevo gobierno, fue su manera de conservar la notoriedad. Confrontado por sus propios compañeros, no vaciló en desprestigiarlos, obligándolos, *de facto*, a dejar el partido que estaba remodelando para retomar el poder. Esta vez, se habrá prometido, lo haría sin *primus inter pares*, o nadie que cuestionara sus tácticas o su lenguaje cada vez más desprovisto del freno de un colectivo y, por ende, más personalista y desafiante.

Para un pueblo harto de guerra, su tono beligerante y su asociación con el conflicto y la escasez le valieron nuevas derrotas electorales en las contiendas de 1996 y 2001. La mayoría de los nicaragüenses pensaba que, si retornaba al poder, una nueva confrontación entre sus partidarios y quienes se le oponían sería inevitable.

En 1998 se produjo un hecho que resultó irónicamente clave para su futuro. La hija del primer matrimonio de Rosario Murillo, Zoilamérica Narváez, lo acusó de haberla abusado sexualmente y violado desde que era muy jovencita, desde que él y su madre habían empezado a vivir juntos. En esa situación, el testimonio de la madre de la víctima era determinante para él. Sólo ella podía salvarlo o condenarlo para siempre, según decidiera defenderlo o acusarlo. Rodeada por los siete hijos que había procreado con Ortega, Murillo acusó a la hija de fraguar una maniobra política nacida de su ambición y salió en defensa de su pareja. En esos días, en un discurso en plaza pública, Daniel se dirigió a sus partidarios y, mientras una Murillo lacrimosa lucía acongojada tras de él, les dijo que Rosario quería que les pidiera perdón por haber tenido una hija como esa.

Hasta entonces Rosario Murillo, su asistente por muchos años en la presidencia y luego directora de la Asociación Sandi-

nista de Trabajadores de la Cultura, había sido una figura secundaria, sin otro poder que el que obtuvo como eficiente organizadora de los artistas. Excepto por los escritores con quienes tuvo una serie de encontronazos, ella se ganó la lealtad de otros gremios, suministrándoles telas, óleos, espacios para teatro y danza, y hasta una escuela circense. Pero su suerte cambió a partir del escándalo de Zoilamérica. Su lealtad fue compensada con creces. Su influencia comenzó a ser notoria en la campaña electoral de 2001. La imagen de Daniel Ortega fue relanzada para presentarlo como un hombre nuevo, un hombre de paz, vestido de blanco y con un discurso conciliador. Pero tan súbito cambio no tuvo efecto inmediato, un sermón del arzobispo de Managua, el cardenal Miguel Obando y Bravo, némesis de Ortega, el domingo anterior a los comicios, advirtió a los fieles del peligro de dar crédito a esa transformación. El cardenal contó la parábola del ingenuo caminante que recoge una serpiente del camino para protegerla, sólo para morir producto del veneno de su picadura.

En la campaña de 2006, sin embargo, afianzado su poder de consejera, Rosario Murillo se hizo cargo de la campaña electoral de lleno y sin admitir interferencias. Así fue como el rojinegro del sandinismo de la revolución fue sustituido por colores sicodélicos: rosa, amarillo, celeste. El pasado hippie de Murillo revivió el espíritu de los sesenta, los signos de paz y amor aparecieron en las camisetas de sus partidarios, la canción de John Lennon *Give Peace a Chance* se convirtió en el himno de campaña con una letra que prometía trabajo y paz. Ella empezó a dar discursos en las plazas hablando un lenguaje *new age* de luz y armonía, y ambos aparecieron como nuevos cristianos, usando frecuentes referencias a Dios, al amor y la reconciliación. En una jugada sorpresiva, iniciaron una serie de visitas al cardenal Obando y, tras veinticinco años de unión libre, lo convencieron de casarlos por la Iglesia. Obando terminó siendo su cómplice fiel. Ya en el poder, lo nombraron prócer de la patria.

Pero del sombrero de sus múltiples trucos, el más efectivo fue el pacto que hizo Daniel Ortega con el presidente más corrupto de esos años, Arnoldo Alemán (1996-2001). A cambio de la promesa de liberarlo de la cárcel, Ortega logró que, con los votos de su Partido Liberal, más los del FSLN en la Asamblea Legislativa, se modificara el porcentaje necesario para ganar las elecciones en primera vuelta, reduciéndolo de 50 a 35%. Ese pacto, más la corrupción de Alemán, dividió el Partido Liberal, que se presentó a los comicios, dividido en dos facciones: Partido

Liberal Constitucionalista y Alianza Liberal Nicaragüense. Dentro del sandinismo, había surgido en los noventa el Movimiento Renovador Sandinista, fundado por Sergio Ramírez, exvicepresidente de Ortega. El candidato del MRS en 2006, Herty Lewites, un hombre con enorme arraigo popular por haber sido alcalde de Managua, la capital, habría podido restarle buena cantidad de votos a Ortega, pero Lewites murió sorpresiva y sospechosamente durante la campaña. Se desangró en su casa tras una colonoscopia. La familia sostiene que fue asesinado.

Ortega ganó las elecciones de 2006 con 37.5% de los votos. El resto de los nicaragüenses votaron contra él, pero el voto dividido le favoreció.

El alma de los pueblos es misteriosa. Durante once años, Ortega hizo de las suyas para concentrar en él y su mujer un poder de estilo monárquico. Una serie de fraudes electorales le permitieron contar con la mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa. Así logró que una Constitución que, al inicio de su mandato, prohibía la reelección terminara permitiendo la reelección indefinida. Desapareció la división Estado-partido, la independencia de los poderes, la apoliticidad del Ejército y la Policía. Coludido con los capitales del sector privado, que aceptaron sus desmanes políticos a cambio del crecimiento económico, y con el práctico beneplácito de los Estados Unidos, complacido por la labor del gobierno contra el pase de migrantes por Nicaragua y su colaboración contra el narcotráfico, Ortega hasta se atrevió, en 2016, a elegir a su mujer como vicepresidenta, algo sólo visto en la serie de televisión, *House of Cards*.

Sumida en una inexplicable inercia, la población parecía dormir inoculada por una pesada sensación de impotencia e indiferente a los reclamos de la debilitada oposición.

La calma duró hasta el 18 de abril de 2018. El magma de la rabia contenida afloró a la superficie. Fue como una explosión volcánica. Todo empezó con la pequeña protesta de estudiantes contra una reforma a la ley de Seguridad Social. Hordas de hombres, en moto y armados con hierros, y grupos de choque de la mal llamada Juventud Sandinista atacaron ferozmente a los manifestantes bajo la mirada pasiva de la policía. Todo esto fue grabado por los estudiantes con sus celulares y difundido por las redes sociales. Los jóvenes se refugiaron en la catedral de Managua y en universidades. El 19 de abril empezó la matanza a manos de francotiradores. Un muchachito de quince años, Alvarito Con-

rado, que llevaba agua a los refugiados, recibió un balazo mortal en el cuello. El hospital al que lo llevaron rehusó atenderlo. Tenían órdenes de no aceptar heridos de las protestas. Alvarito Conrado murió. «Me duele respirar», decía. Esa frase se convirtió en consigna. En tres días, la cifra mortal subió a veintitrés, la mayoría universitarios. El país entero se alzó y se atrincheró tras barricadas levantadas con los mismos adoquines que sirvieron de parapeto a los guerrilleros sandinistas en 1979. Gente de todos los estratos sociales se organizó. Se llamaron «autoconvocados» porque no respondían a nadie más que a su deseo de manifestar su rechazo al régimen y no permitir el ingreso de la policía. Una fuerza policial que, desde la revolución, era considerada ejemplar, le dio la espalda a la población y se convirtió en una sangui-naria maquinaria represiva. La jefa de la policía fue reemplazada por el consuegro de Ortega, Francisco Díaz. Por las calles empezó a sonar el grito de «Que se vayan, que se vayan», exigiendo la renuncia de Ortega y su esposa. La bandera rojinegra del FSLN, omnipresente, fue bajada de los mástiles y quemada. El pabellón nacional azul y blanco se convirtió en la bandera de la revuelta.

Tomados de sorpresa por un pueblo que creían que los respaldaba, Daniel Ortega y su gobierno llamaron a un diálogo nacional con mediación de la Conferencia Episcopal de la Iglesia católica. Los participantes civiles representaban diversos sectores de la sociedad designados a dedo por los sacerdotes. El primer día, custodiados por múltiples patrullas de policía, antimotines y hasta helicópteros, Ortega y su esposa se presentaron al diálogo. El gobernante empezó su monótono discurso, pero fue interrumpido casi de inmediato por la voz fuerte y sonora de un estudiante de veinte años, Lester Alemán. «No hemos venido a escuchar sus discursos –le dijo–. Hemos venido a discutir los términos de su rendición». Rosario Murillo intentó tomar la palabra. Alguien le enrostró el comportamiento con su hija. La arrogancia pudo más que la madurez. Ortega y Murillo no supieron asumir ninguna responsabilidad por lo sucedido. Salieron con su comitiva, preocupados por salvar su orgullo. Poco después, el diálogo fracasó. El gobierno empezó a tejer una narrativa falsa en que se acusaba a quienes protestaban de haber intentado un golpe de estado financiado por Estados Unidos. La Asamblea Legislativa aprobó a toda carrera una ley antiterrorista, redactada de tal manera que cualquiera podía ser acusado de terrorismo.

El ejército se había declarado al margen, aludiendo a su misión de proteger sólo la soberanía nacional y no inmiscuirse en

conflictos de orden interno. Con el país paralizado por las barricadas controladas por los autoconvocados, Ortega y Murillo decidieron ser implacables. «Vamos con todo», mandó Murillo a sus mandos del partido. Con viejos combatientes, policías y militares retirados, se montó, en pocos días, una nutrida fuerza paramilitar. En conjunto con la policía, durante junio y julio, estas fuerzas se dedicaron a ir ciudad por ciudad, destruyendo las barricadas y asesinando civiles armados con hondas, piedras y morteros. La represión no respetó siquiera a los sacerdotes que tomaron el lado del pueblo: acusados de «golpistas y vende patrias» también fueron atacados por turbas de fanatizados partidarios de Ortega.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el Grupo de Expertos Internacionales de Naciones Unidas, cuya presencia fue reclamada durante el diálogo por los representantes de la sociedad civil, elaboraron informes demoledores denunciando la actuación del gobierno. Reportaron más de trescientos veinticinco asesinados, dos mil heridos, más de cincuenta y dos mil personas perseguidas buscando refugio en Costa Rica y otros destinos, y setecientas personas presas. Ante estas denuncias, el gobierno decidió echar a los organismos de Derechos Humanos del país.

Las multitudinarias marchas, las más grandes que se vieran jamás en la capital, acabaron varias de ellas en masacres. En la más grande, el 30 de mayo, día de las madres en Nicaragua, dieciocho personas fueron asesinadas por francotiradores apostados en el Estadio Nacional.

Acorralado y desenfrenado en su baño de sangre, el gobierno de Ortega prohibió toda manifestación en las calles, y fue capturando y poniendo en prisión a los líderes de las protestas. Campesinos, estudiantes y mujeres recibieron y reciben trato inhumano en las cárceles del régimen. Juicios a puertas cerradas los han condenado sin pruebas hasta a doscientos años de prisión. Pero ni siquiera una masiva presencia policial, alerta ante cualquier señal de protesta, ha podido contener la resistencia. Los nicaragüenses han hecho alarde de singular creatividad. Las protestas han continuado. Algunas veces son «piquetes exprés» de un grupo relámpago que sale a la calle ondeando la bandera azul y blanco del país. O son centenares de globos azul y blanco derramados por las calles por bicicletas o motocicletas anónimas. O son líneas de pintura azul y blanco pintadas en las carreteras con tarros de pintura regados desde una camioneta. Cuando, durante una protesta, encarcelaron a muchas mujeres, una de ellas com-

partió su lápiz labial rojo para que las otras se pintaran los labios en señal de rebelión. Cuando la dueña del labial fue interrogada y le preguntaron a qué organización pertenecía, ella respondió: «Pertenezco a la asociación de Mujeres Pico Rojo». Las redes sociales, sitio de reunión de los rebeldes, viralizaron su reacción. Pronto, los «picos rojos» proliferaron. Muchos hombres, incluso, se pintaron los labios de rojo. Cacerolazos, pitazos y un paro de todo el día, mientras escribo estas líneas, siguen demandando la libertad de los presos políticos y el cese de la represión.

Gobiernos del mundo, la Organización de Estados Americanos y las Naciones Unidas han condenado al gobierno de Nicaragua exhortándolo a detener la represión. Los Estados Unidos han impuesto sanciones individuales a personeros del régimen, declarándoles la «muerte económica», al prohibirles el acceso a bancos que tengan alguna relación con Estados Unidos (todos). Dentro de estos sancionados se encuentran Rosario Murillo y, más recientemente, el hijo mayor de la pareja, Laureano Ortega. La amenaza de mayores sanciones, por parte de la Unión Europea y los mismos Estados Unidos, penden como espada de Damocles de la cabeza del régimen de Ortega, trocado en una dictadura cuya crueldad y saña no se había visto en América Latina desde los tiempos de Videla y Pinochet.

Otro diálogo, iniciado en febrero y donde el régimen se comprometió a liberar a los presos políticos el 18 de junio, está estancado por el incumplimiento de sus acuerdos.

El 16 de mayo, el prisionero político Eddy Montes Praslin fue asesinado en la cárcel La Modelo por un guarda. Su muerte ha vuelto a reavivar la protesta popular. El 23 de mayo, el país se detuvo en un paro nacional convocado por la Alianza Cívica por la Democracia y la Justicia.

El régimen de Ortega hace promesas y acuerdos que no cumple. En vez de liberar presos políticos, ha sacado a doscientos a lo que llaman «régimen de convivencia familiar», o sea casa por cárcel. Pero los principales dirigentes, entre ellos Miguel Mora y Lucía Pineda, dos sobresalientes periodistas cuyo medio fue clausurado y vandalizado por la dictadura, están presos sin juicio desde el 21 de diciembre de 2018. Esos presos y muchos más son rehenes, moneda de cambio para una dictadura que exige que la oposición abogue porque les levanten las sanciones a sus familiares y empleados.

Nicaragua, «tan violentamente dulce», como le llamaba Julio Cortázar, no se merecería encarnar el mito de Sísifo, luchar una y

otra vez por su libertad para volver al punto de partida. Pero las tiranías están destinadas por la historia a cavar su propia tumba.

¿Cuántos tiranos alcanzan en una vida? Espero que, en Nicaragua y en la mía, éstos sean los últimos.

(Nicaragua)

Gilma

Por Víctor A. Mojica



Una abogada sin muchos recursos logró lo imposible: condenar en un tribunal internacional a Estados Unidos por la invasión a Panamá. La potencia mundial ignora el fallo y, en consecuencia, la jurista, que no tiene ni minutos en su teléfono celular, debe vencerlos una vez más para que reparen a las víctimas.

*

Diez mil doscientos veinte días después de haber presentado una denuncia contra Estados Unidos por los crímenes ocurridos durante la invasión a Panamá en 1989, Gilma Camargo y unas sobrevivientes del ataque se abrazarían y llorarían en la casa de la abogada porque le habían ganado finalmente al imperio. La defensora de los derechos humanos, que jamás llora en público, lloró frente a ellas. Hacer justicia para otros sería el acto más bello que puede experimentar una mujer que se dedica a restaurar escombros humanos.

*

Del otro lado del teléfono, una enfermera angustiada repetía: «hay demasiados muertos aquí». El terror se escuchaba muy próximo a más de siete mil kilómetros de distancia. Antes llamó a su abuela que, tirada en el piso de su casa, le dijo que escuchaba a los aviones y a las tanquetas atacando a sus vecinos. También llamó a una tía que vivía en la ciudad de Colón, pero estaba desaparecida. Panamá ya era cenizas. Estados Unidos los había atacado con miles de soldados y con el armamento más sofisticado y brutal que tenían para capturar a un dictador de su confianza que dirigía uno de los ejércitos más pequeños del hemisferio. Gilma Camargo estudiaba en la Escuela de Derecho de la Universidad de la Ciudad de Nueva York y era reportera en WBAI, una radio comunitaria que opera en esta capital. Indignada, preparó un reporte sobre la masacre para la radio y marchó a la universidad porque tenía clases. Apenas salía el sol.

*

Algunas fosas comunes desaparecen con el tiempo. Gilma Camargo, José Luis Morín, el abogado puertorriqueño que presentó el 10 de mayo de 1990 en la Organización de los Estados Americanos (OEA) la denuncia contra Estados Unidos por la inva-

sión a Panamá, y un excolaborador del general Manuel Antonio Noriega, un contador de las extintas Fuerzas de Defensa, buscan una tumba que sigue oculta en un cementerio en Pacora, una comunidad ubicada a unos cincuenta kilómetros de la Ciudad de Panamá que habitan sobrevivientes de la masacre. Los muertos los escondieron en fosas clandestinas que desconocemos, otros –se piensa– fueron arrojados al mar, otros tantos fueron ubicados en necrópolis, apiñados en agujeros, en bolsas, unos encima de otros. En 1995 unos forenses argentinos visitaron este cementerio para dejar constancia de la brutalidad del ejército norteamericano, pero no fue posible excavar porque las autoridades panameñas retrasaron la búsqueda y cayó una lluvia muy fuerte. El cementerio se ha expandido con el incremento natural de muertos, lo que dificulta precisar el lugar de la fosa común. El colaborador de Noriega señala distintos lugares; Gilma Camargo piensa que están cerca de un árbol, en una esquina del cementerio. «Por el tamaño del hueco –dice Camargo– en esta fosa muy bien caben unos cien cuerpos».

*

Gilma Camargo es hija de una generación de panameños que creció entre golpes de estados y asesinatos estudiantiles. En 1964 acompañó a su madre Lucila Camargo al aeropuerto porque se iría a trabajar a Estados Unidos por una crisis política. La abogada –que también tiene una licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad Friends World College– tenía seis años y jamás olvidó ese adiós forzado. «Yo estaba llorando mucho y me dijo que me iba a traer cosas muy bonitas». Ese año, un 9 de enero, las tropas de Estados Unidos mataron a veintidós estudiantes panameños que intentaron izar la bandera del país en la «Zona del Canal», un enclave cedido a perpetuidad en 1903 a los norteamericanos que era más grande que la ciudad de Los Ángeles, que la ciudad de Nueva York, que la ciudad de Barcelona y que rodeaba el peaje para barcos que construyó Estados Unidos a inicios del siglo xx en Panamá. Desde ese momento, su abuela, Gilma Gladys Woolnough, una negra de ascendencia africana, que trabajó de lavandera para los americanos, se convirtió en su guía. Su abuela le enseñó a defender su color de piel, a defender su nacionalidad y a trabajar para otros. Fue con ella que presencié el racismo de la época y el ascenso de Omar Torrijos, un 11 de octubre de 1968, a través de un golpe de estado. «Estaba en

casa. Mi abuelo estaba trabajando en la Zona del Canal y no pudo regresar por un día. La finca estaba tomada por militares y había gente corriendo, tratando de salvar sus vidas».

*

Las grandes denuncias se hacen por escrito. Un boletín del Gremio Nacional de Abogados, una organización en Nueva York que, desde 1936, se involucra en temas poco atractivos, como el racismo y la represión contra las minorías étnicas o la defensa de los derechos humanos, se publicó en marzo de 1990. Es, tal vez, el documento más crítico que existe sobre la invasión, que los panameños no han leído. No tiene ni veinticinco hojas y, dentro de él, hay un reporte sobre la invasión que se titula: «No hubo causa justa para Panamá». Allí, se denuncia que el número de muertos podría superar las dos mil personas, que la Iglesia católica elaboró un listado de seiscientos sesenta y cinco muertos, que la invasión se extendió por más días, que borrarían barrios enteros como El Chorrillo, que los panameños tuvieron que cremar los cuerpos de sus hermanos putrefactos, que unas dieciocho mil personas quedaron sin hogar, que hay campos de concentración para refugiados donde no hay leche para niños, que los traumas mentales son inevitables, que las bombas y los misiles atravesaron hogares, ventanas, cráneos, cuerpos, que los medios de comunicación fueron controlados por los Estados Unidos, que la oposición política panameña, que asumió el poder con la invasión, no tenía un gran apoyo de la población y que son representantes de la élite económica, que los americanos tienen un gobierno paralelo que les da órdenes, que el país está ocupado, que el ejército de Estados Unidos ha repartido entre la población camisetas, gorras, calcomanías que dicen que la invasión es una causa justa, que algunos panameños están contentos con la acción militar y celebran en las calles la caída del régimen y el retorno de la democracia tras veintiún años de autoritarismo, que se violaron leyes internacionales, que los hospitales están saturados, que el ataque fue lanzado contra las comunidades sin avisarles, por lo que no pudieron evacuar la zona, que las mujeres embarazadas perdieron sus hijos. El reporte fue preparado por una delegación de cinco personas que visitó Panamá unos días después de la invasión, en enero de 1990, y recorrió hospitales, barrios, morgues y conversó con dirigentes, militares, víctimas, etcétera, etcétera. En la página cinco del boletín, en un pequeño recua-

dro, se pueden leer los nombres de los redactores: tres mujeres del Gremio Nacional de Abogados, José Luis Morín, jurista del Centro de Derecho Constitucional, y la estudiante de derecho Gilma Camargo. Camargo había conseguido –y esto no lo dice el documento–, con el apoyo de sus profesores universitarios, que esta delegación viajara a Panamá.

*

Rolando Herrera, un amigo de la juventud de Gilma Camargo, reconoce que ha sido cruel con la niña cariñosa y respetuosa que conoció hace más de cuatro décadas. «Yo me siento culpable – dice– porque también la abandoné». Herrera fue un dirigente estudiantil que se opuso al golpe de estado de Salvador Allende en Chile y a la firma de los tratados Torrijos-Carter, acuerdo que puso fin temporal a la presencia de las bases norteamericanas en Panamá en 1977. Herrera pensó que jamás se haría justicia, que Gilma Camargo no podría sola contra los hijos de Abraham Lincoln, y que el caso, tal cual las víctimas de la masacre, quedaría sepultado. Pero Herrera no era el único que no se involucró, tampoco lo hizo el estado panameño, ni muchos medios de comunicación, ni muchas organizaciones sociales, ni la justicia. «No recibió apoyo de nadie».

*

La llegada al poder de Omar Torrijos cambió el orden social panameño y fomentó una fuerte represión contra los estudiantes que, durante la década del setenta del siglo pasado, encabezaban las luchas sociales panameñas. A Félix Montañez, un dirigente del Frente Estudiantil Revolucionario 29 de Noviembre (FER-29), en 1975, lo atropellaron y luego los militares lo presentaron descuartizado en fotos. Eran tiempos de torturas y de aparente progresismo político, de interrogatorios que culminaban en decesos, de secuestros en cafeterías que terminaban en violaciones. Gilma Camargo era dirigente de esa organización revolucionaria que consideraba que el acuerdo Torrijos-Carter no sólo no eliminaba la presencia de los norteamericanos en el país –Torrijos al regresar de la firma del nuevo tratado canalero le dijo a los panameños que el país quedaba «bajo el paraguas del Pentágono»–, sino que lo extendía de por vida. La líder estudiantil se convirtió con el tiempo en un objetivo de la Guardia Nacional, la institu-

ción que se encargó de desaparecer panameños incómodos, creada por Omar Torrijos y dirigida por Manuel Antonio Noriega, y decidió salir del país. Estando en Nueva York, recién llegada, Gilma Camargo, leyó en un periódico que habían matado a otro compañero del FER-29. Paramilitares se habían infiltrado en la Universidad de Panamá y dispararon a su gran amigo Jorge Camacho. Era el 14 de junio de 1978. Faltaban cuarenta y ocho horas para que Jimmy Carter, el presidente de Estados Unidos, visitara Panamá. «Me dio un ataque de nervios horribles –dice Camargo–. Doy gracias a la vida que yo estaba allá, porque si estaba acá no sé qué hubiera hecho».

*

Un día viajamos a Colón, al Atlántico, al cementerio de la comunidad de Pilón. Afuera del auto hay una comunidad de negros habitando viviendas coloridas improvisadas a medio construir. La visita tiene un sólo objetivo: encontrar la tumba de José Isabel Salas, la víctima de la invasión que seleccionó el abogado José Luis Morín para evidenciar la excesiva crueldad del ataque contra una población indefensa ante la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH). Morín se inclinó por este tribunal internacional –unas semanas después que recorrió con Gilma Camargo y otras tres juristas del Gremio Nacional de Abogados las áreas afectadas por la invasión– porque en Estados Unidos los militares gozan de impunidad en casos de guerra y porque en Panamá la justicia estaba controlada por Estados Unidos. Antes de este viaje estuvo con la periodista Amy Goodman en el programa *Democracy Now*. Allí explicó cómo murió la esposa del señor Salas. «Fue atacada por artillería. Ella estaba en la cocina en ese momento. Su cuerpo fue destruido, es decir, literalmente destruido en ese ataque, mientras ella estaba en casa, y en formas que eran simplemente indescriptibles. La gente dijo que sus restos estaban esparcidos en la cocina y tuvieron que ser metidos en una bolsa». Dionisia Meneses Castrellón de Salas tenía cincuenta y ocho años. Era el 22 de diciembre de 1989 y un helicóptero de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos disparó un misil contra su hogar. Murió descuartizada instantáneamente entre su familia. En Pilón, no obstante, la tumba del señor Salas no aparece. El cementerio está organizado por números en desorden. Una de sus hijas nos acompaña y sólo recuerda que su padre estaba enterrado con unos familiares. Repentinamente aparece un sepulturero

que vive en el cementerio y nos dice que José Isabel Salas fue removido de su tumba porque alquilaron el hueco a otra familia que tenía un cadáver por enterrar. El señor Salas murió de un infarto el 17 de diciembre de 1993, tres días después de que Morín y Camargo le informaran que se había admitido la denuncia.

*

«Gilma –dice su amiga Isis Jaén– prefiere que coman sus perros antes que ella». Tiene dos criollos: Laila y Fula, que la protegen en casa y un gato sin domesticar que se llama Noche. Cuando la visitas, los perros están en su único sofá de dos puestos y también ocupan su cama de dormir. Isis Jaén dice que sus animales son sus familiares más cercanos. Isis Jaén también sabe que la doctora Camargo se acuesta muchas veces sin comer, que prefiere tener internet que alimentos para poder seguir con el caso y que en antaño, cuando ejercía su profesión en Estados Unidos, le pagaban hasta doscientos cincuenta dólares la hora. Gilma Camargo se ha empobrecido porque le ha dedicado la mitad de su vida a una causa. «Se ha enamorado –dice su amiga–, pero los amores se han quedado en medio del camino porque sus objetivos eran otros».

*

Es la última audiencia que celebraría la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH) sobre el caso Salas y la invasión a Panamá. A un costado del salón, una decena de abogados americanos, entre hombres y mujeres blancas, que defienden a Estados Unidos. Del otro lado del salón, Gilma Camargo, una abogada negra, progresista, antiimperialista, que ha trabajado toda su vida a favor de los pueblos y sus autonomías, defiende a los sobrevivientes. En el centro los jueces que deciden quién tiene la razón. Es 9 de diciembre de 2016 y la sesión se realiza en Washington. Es la última oportunidad para recordar la historia de un caso que tenía más de dos décadas de trabajo. Gilma Camargo lleva un abrigo prestado color crema, el turbante que usualmente utiliza en su cabeza, las uñas y los labios pintados de rojo. Está en ese salón por un milagro, porque no tenía dinero para viajar, no tenía ropa para afrontar el frío y no tenía cómo llevar a los testigos al tribunal. En este largo recorrido murió su madre de cáncer, su padrastro, su abuela, su abuelo, se murieron algunas víctimas y otras enfermaron. Más de veinte años acumulados de llamadas

telefónicas, de envíos de cartas al tribunal notificando cada situación que sucedía en Panamá con los sobrevivientes. Gilma Camargo está en este tribunal internacional convertida en una experta en el terror. Sabe cómo se asesinan cientos de humanos en acciones cortas, sabe los traumas que sufrieron sus clientes que son imperceptibles para muchos, conoce al Pentágono y a sus tropas, las estrategias que tomaron para invadir sin sentir culpa. Les ha dicho que ya es el momento de tener una sentencia, que se han acreditado más de doscientas víctimas, les ha recordado que el gobierno de Estados Unidos reconoció que eran conscientes del crimen de Dionisia de Salas. Gilma Camargo tiene la serenidad que le caracteriza y los ojos brillantes de aquella niña de Pueblo Nuevo que jamás abandonó su cuerpo. Yolanda Varcaía, la microempresaria que perdió su salud y la de su esposo en la invasión a Panamá, y que le ayudó a recolectar las evidencias durante este tiempo en los rincones más inhóspitos de Panamá donde enviaron a los desplazados, también está allí, con un abrigo prestado, testificando. Estados Unidos no acepta su responsabilidad porque estaban en una guerra y atribuye a Noriega la culpa. Gilma Camargo les dice que las víctimas empeoran con el pasar del tiempo y que una gran mayoría de los casos documentados no tienen vínculos con el general acusado de narcotraficante. Casi al finalizar la audiencia, Camargo tiene la última palabra de su equipo que conforma ella misma. La abogada pide que se aclare lo que no se aclara. Quiere saber dónde están los muertos y cuántos son, y quiere además que más nunca se invada a su país. «Sólo podemos pedir que se haga justicia al pueblo panameño».

*

El 5 de octubre de 2018 este tribunal recomendó a Estados Unidos reparar integralmente a las víctimas de la invasión, ofrecer las medidas de salud físicas y mentales que sean necesarias para los sobrevivientes y realizar una investigación para aclarar los sucesos que nunca se investigaron. El abogado Miguel Antonio Bernal, un veterano defensor de los derechos humanos en Panamá, quien llamó a Gilma Camargo la madrugada del 20 de diciembre para alertarle de que invadían el país, me dice en su oficina que esta victoria sólo lo puede lograr una persona con mucho conocimiento y determinación. «No es cualquier persona que asume la responsabilidad, por lo engorroso del tema, por lo dificultoso de las pruebas documentales, pero sobre todo por la denuncia que

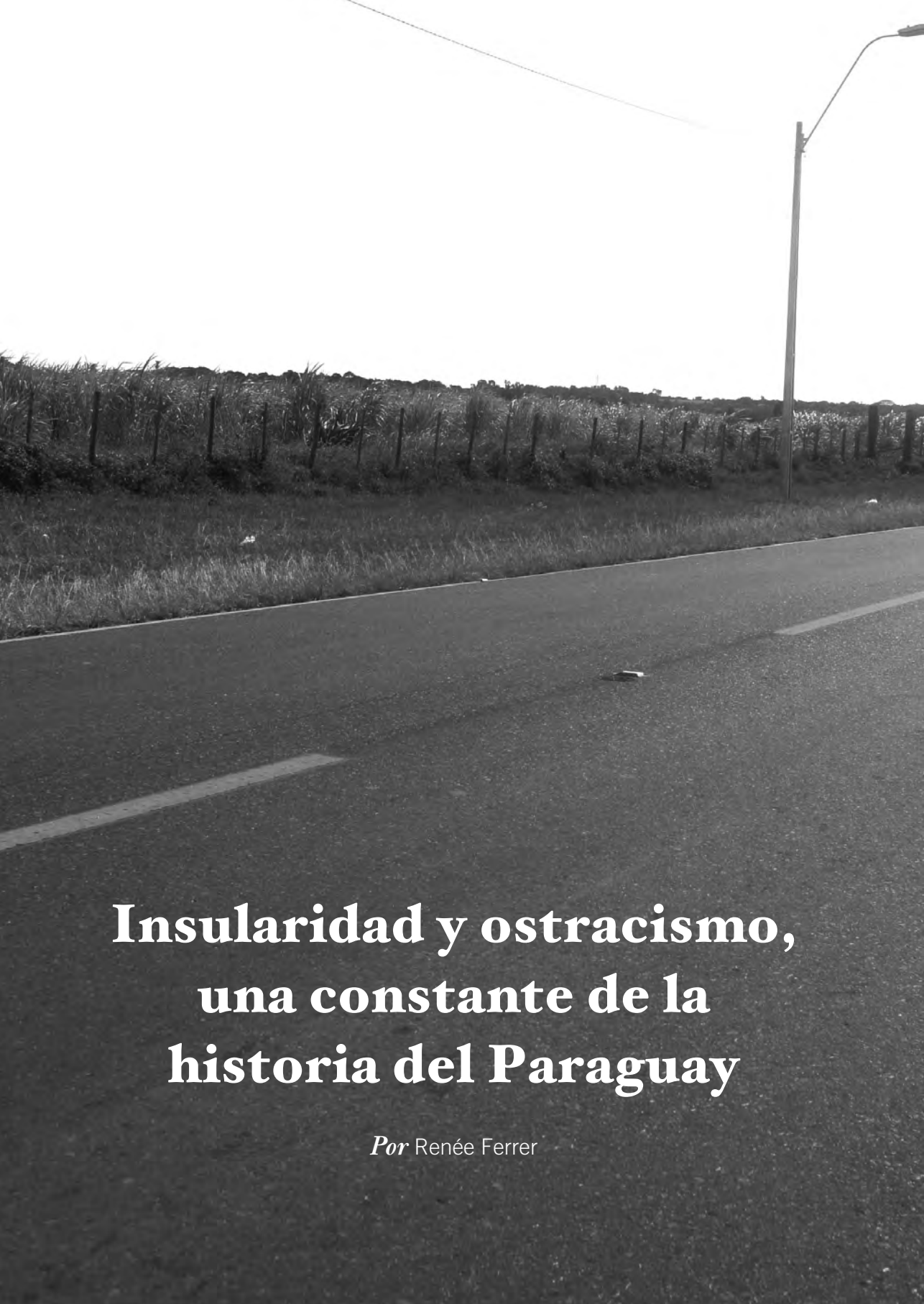
se está haciendo. Se está denunciando al ejército de Estados Unidos, al Gobierno de Estados Unidos. No estamos peleando con el Gobierno de Belice». La joven que alguna vez practicó en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que realizó su tesis universitaria sobre las operaciones de paz en El Congo, la mujer que defiende a personas acusadas falsamente de terrorismo en Estados Unidos o que son acusadas de violar el bloqueo que tiene este país contra Cuba, la jurista que defiende a la Reina Congo de un Palenque muy pobre, recibió la noticia de la victoria primero que todos y por correo electrónico. Aquella tarde enmudeció y de sus ojos salieron unas lágrimas que podrían ser de felicidad, pero que también podrían ser de dolor.

*

Voy camino a la casa de Gilma Camargo a llevarle una tarjeta para su teléfono celular porque necesita hacer unas llamadas y no tiene dinero. Hace unos días le llevé un café pero no tenía gas en la cocina y quedó pendiente para otra ocasión. La abogada prepara una nueva estrategia para hacer que Estados Unidos le haga caso al fallo. En las últimas semanas ha visitado Colón, Villa Luchín, Felipillo, Arraiján, El Chorrillo, ha recorrido los sitios donde sucedió la tragedia y donde fueron enviadas las víctimas de la invasión después de la masacre. A las reuniones, lleva el fallo de la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH) para que los sobrevivientes entiendan que ganaron el caso aunque los medios no hablen mucho del tema y les dice que necesita su apoyo más que nunca para buscar a los muertos que no aparecen. Recuperar la dignidad de una persona rota es lo que más disfruta esta abogada. Fueron las víctimas quienes desde el primer día se organizaron para recolectar las evidencias que posteriormente Gilma Camargo utilizaría en las audiencias. Fueron las víctimas quienes apoyaron económicamente a la abogada en muchas ocasiones para que el caso siguiera su curso. Son los sobrevivientes quienes han conformado el Frente Salas para que Estados Unidos respete la decisión final. Gilma Camargo cree que los escombros humanos se pueden restaurar cuando asumen su defensa. Ese día que le llevé la tarjeta de teléfono me dijo que ha soportado todo este proceso porque es resiliente como una pantera y que era además su obligación porque, si no lo hacía ella, nadie más lo iba a hacer. Unos días después de esta visita recibí un mensaje de la abogada en mi teléfono celular. Estaba

contenta, como usualmente, porque a la abogada los problemas que consideramos complicados no le afectan. El mensaje decía: «Comeremos pollo. Me pagaron 15 dólares que me debían. Llego a casa justo antes del diluvio. Tomo un descanso y luego voy a combatir al imperialismo». Y seguido agregó un emoticono de un rostro llorando de risa.

(Panamá)



**Insularidad y ostracismo,
una constante de la
historia del Paraguay**

Por Renée Ferrer

La insularidad y el ostracismo han sido una constante de la historia paraguaya con altibajos y consecuencias negativas para la difusión del arte y la cultura, así como de quienes permanecieron en esta isla largamente incomunicada con el exterior. Sin salir de los límites que nos marcan los ríos Paraguay y Paraná, la visión del mundo se torna estrecha, salvo para profesionales, estudiantes y becarios que se perfeccionan fuera del país.

La tendencia a borrar fronteras, en aras de intereses económicos y unidades regionales, en diferentes áreas del planeta, no ha logrado totalmente su objetivo, si confundimos la globalización con una tabla rasa en la cual se pretende limar, indiscriminadamente, las diferencias en favor de la similitud. Paradójicamente, la falta de una comunicación real entre pueblos e individuos sigue sin ser superada en esta sociedad global contemporánea.

El aislamiento del Paraguay desde los tiempos de la colonia, la independencia, la dictadura de José Rodríguez de Francia, las presidencias de Carlos Antonio López y su hijo, el mariscal Francisco Solano López, la guerra de la Triple Alianza de 1864 a 1870, y la del Chaco, de 1932 a 1935, además de las postguerras, las incontables revoluciones, más las dictaduras de Higinio Morínigo y Alfredo Stroessner, sumadas a la mediterraneidad, han dado por resultado un país concentrado en sí mismo. Prisioneros del autoritarismo y de las circunstancias, sus habitantes desarrollaron un sentido de silenciosa y resignada aceptación de las adversidades.

No bien llegaron los conquistadores a la posterior provincia del Paraguay, constataron que el lugar no era el «El Dorado», al cual se ansiaba llegar. Este hecho la condenó a un destino más humilde, olvidado de la Corona de España, no tanto por la lejanía sino por la falta de posibilidades de enriquecimiento rápido. Su situación geográfica y la Revolución de los Comuneros sometieron a la Provincia a la ley del «Puerto preciso de Santa Fe», impidiendo la libre navegación de sus ríos. Conquistada la independencia en 1811, la República del Paraguay se libera tanto de España como del Río de la Plata. Posteriormente, bajo el gobierno del dictador José Gaspar Rodríguez de Francia, defensor acérrimo de la independencia nacional, el Paraguay se mantuvo aislado, inaccesible y autosuficiente, con el alma forjada en la fragua del estoicismo. En los siglos XIX y XX, las contiendas bélicas o fratricidas y los sucesivos gobiernos despóticos provocaron una diáspora económica y política, convirtiendo a cada exiliado en

una isla viviente. Debido a estos factores, el paraguayo asume la insularidad como un modo natural de convivencia.

Si bien el mestizaje entre el conquistador y la mujer indígena fue prematuro, la insularidad social o personal, generalmente, estuvo presente. Ante el avance de los españoles, el indígena se repliega a zonas más seguras, abandona su hábitat preguntándose: «¿De qué paraje vienen? / ¿De qué lugar sin nombre? / Sin nombre para mí, que diferencio / los mínimos matices de la selva?». El indio resiste la agresión con un hosco mutismo y padece el destierro en su propio territorio, en tanto sus «Lanzas entrejuntas golpean el tambor tirante de la tierra / [...]. Se entreveran, / se contentan, / se alucinan de sombra / al sentirse desposeído de la gran fogata / y desgajados».

La insularidad finalmente acaba por imponerse y ser aceptada por el aborígen, que se repliega partiendo con agobio, «[...] para permanecer en el centro de interminables distancias marginales, / más allá de la puesta de los dioses», sin otra alternativa que la sublevación o el consentimiento. Desde lejos «[...] atisbará su ajeteo / y desde los campamentos recientemente saciados / le llegarán voces / cuyo sonido no reconocerán sus ojos». Extraño en su propio territorio, cada uno se convierte en parte de una isla trashumante. «Comprenderá que no entiende. / Algo fuera de sí / respirará con la fuerza del desconocimiento», aceptando, finalmente, que «Las deidades que cuidaron su infancia se quedaron sin rostro / [...] Desheredado de su canto / escuchará al extranjero. / Conocerá el exilio».

Si bien el ostracismo, como castigo superlativo, tiene largas raíces en la historia, se sigue utilizando. Al exiliado, la incomunicación con su lugar de origen lo vuelve un errante un buscador de ausencias. Aunque goce de los oropeles de una metrópoli o la placidez de cualquier poblado, siempre será una isla que extraña a la madre tierra y se identificará con ella, padeciendo el dolor de la distancia. La congoja es recíproca. Tanto el desterrado como la tierra abandonada se añoran mutuamente. El llamado de la patria es rebelde y suplicante a la vez. «Soy la tierra que llora. Un regazo vacío que abre su tibieza / para acunar tu ausencia. / Una espera infinita. / Soy el lecho de un sueño desvalido, / el puerto de algún barco que se fue / con su mástil radiante / hacia el olvido. / Soy la voz de tu palabra silenciada. Soy tu madre / y te quiero aquí conmigo, / sin réplica / o demora, / porque sin ti soy una vida / atrozmente incompleta».

El exilio no sólo consiste en el desalojo del país, también puede darse en la intimidad del ser. Así como una gran parte de la población del Paraguay ha sido víctima del ostracismo, otros vivieron un sentimiento de insularidad en el exilio interior, ya sea en libertad o en las mazmorras de la dictadura. Mirar las luces de su ciudad, desde la lejanía del encierro, transforma al prisionero en un islote de resentimiento porque sabe que «los ruegos son manzanas de otro tiempo, / frutos que la vida ha podrido; / [...] un monosílabo rebota en la quietud, / [...] en la irrevocable ausencia». La expatriación es un castigo más espiritual que físico. «El presente enceguece, como una navaja clavada entre las cejas desde este lado del mar / [...] En todos los jarros de hojalata / las luces intocables amargan el café».

Tanto en las prisiones del Paraguay, como en Alcatraz o en el Archipiélago Gulag, el detenido es un desheredado de su presente e identidad; una isla en el medio de la nada, en donde al mirar el horizonte piensa «aquellas luces / -láminas de sol en las ventanas enrejadas- / se han puesto a girar como carruseles de donde arrojaron su nombre». No sólo en el Paraguay, sino en el resto de América Latina, y en todos los países víctimas del totalitarismo, la población ha corrido el riesgo de convertirse en una isla rodeada de barrotes en lugar de arena, de grilletes en vez de espuma, por donde vagan mentes torturadas por la sospecha y bocas clausuradas por el temor a la delación y a la arbitrariedad del mandamás.

No es extraño que, ante una amenaza permanente de persecución, cada individuo sienta en el fondo de sí mismo «La inconfesada mordedura del desaliento» / [...] ¿Cómo zafarme del miedo para pensarse entera», y acepte finalmente que «El hermetismo sitúa la lengua», murmurando «El agobio de fingir nos transfigura /, nos pone a traficar con lo sonrisa devaluada / de un llanto en quiebra». En el Paraguay, donde se ha vivido en permanente estado de sitio, en épocas de represión insoportable, el individuo se repliega en sí mismo, volviéndose una isla rodeada de voces, denuncias, posibilidad de torturas, desaparición y muerte.

El exilio presenta dos facetas: una es el extrañamiento lejos de la patria; la otra, el exilio interior. «Cuando el hacha raja el arco sonoro de la canción; / cuando sazona la pólvora los suntuosos sabores de la promesa; / cuando el candado es capaz de estrangular la respiración del ramaje... y se abandonan los cuerpos a merced de las lluvias; entonces / el alma / se recoge en un cántaro / a beber su destierro». Ante tantas iniquidades, el hombre, movido por el instinto de conservación, se refugia en sí mismo, tratando

de pasar desapercibido. Los campesinos perseguidos por el sistema opresor se convierten en parias, llegando a ser «En su misma nación: / extranjeros. / Huérfanos de la miel que aroma / el escondido corazón del monte. / Sin tierra, / sin cántaro, / sin helechos tapizando por dentro la intimidad del pozo. / Con hambre, / sin pan, / con la duda abierta y la certeza avara... / Desheredados de la roza ardiente, / [...] arrojados a un páramo en destierro».

Gobiernos como la dictadura de Alfredo Stroessner tienen profundas consecuencias en los ciudadanos, en quienes se quiebra la confianza y la comunicación sincera, convirtiendo la convivencia en un bloque enmudecidos. La palabra amordazada es más real que cualquier confesión, por más espantosa que se la piense. «El silencio, ¿no nos convierte acaso en cómplices ominoso de cualquier acto, evitando que escarbemos en la raíz del misterio [...]». El círculo cercano al dictador, ante el peligro de perder los privilegios, se distancia también de los otros. Una reserva precavida oficia de muralla protectora, aunque asfixiante.

Tanto la componenda complaciente con el régimen como la indiferencia ante él propician frecuentemente la falta de sinceridad y el exilio interior; la adaptación al *statu quo*, sin tomar en cuenta que existen leyes que no se cumplen o se promulgan otras que legalizan los vejámenes del gobierno. El inventario de delitos fabricados para involucrar a los enemigos del poder es tan extenso que muchas veces se ignora. ¿Cómo podrían los indiferentes imaginarse semejante cosa, «viviendo en una jaula de cristal»? El deseo de no saber no sólo es una jaula de cristal, es también una isla que distancia de la realidad, haciendo creer que nada de lo que sucede está pasando. La insularidad está hondamente entroncada con la engañosa ilusión. Pasa en el presente, sucedió en el ayer y sucederá mañana.

En el Paraguay del siglo XVIII, cuando el gobernador Agustín Fernando de Pinedo ordenó el reclutamiento de gente para ir a poblar la frontera norte de la provincia, dando lugar a la formación de «una población desguarnecida» en torno al casco de la Villa Real de la Concepción, muchos colonos fueron forzados al traslado, pero otros partieron empujados por la quimera de la tierra propia, a pesar de saber que en la provincia del Paraguay «[...] ir al norte era meterse en la boca misma de la muerte, con las penurias apretadas entre los dientes a lo largo de esos parajes desalentados por el abandono». Aquellos campesinos de existencia paupérrima, llamados «vagos sin tierra y mal entretenidos» en los documentos de la época, vivían como arrendatarios de las

tierras de la Corona o en las asignadas a los pueblos de indios, y partieron al norte por obligación o tras el deseo de poblar «esa tierra ávida de cerco y sementera, disputada palmo a palmo al infiel». «Aquella cantera desamparada de Dios y de toda civilidad; protegida nada más por el olvido» se convirtió en un archipiélago de ranchos solitarios desperdigados por la campiña abandonada, formando pequeños enclaves sin comunicación ni posibilidades de apoyo.

Convertida en una isla dentro de otra, como tantos otros poblados y asentamientos distantes de la provincia, la Villa Real de la Concepción y sus valles aledaños resistieron estoicamente el apartamiento y las condiciones de extremo peligro, sin recibir, generalmente, la ayuda necesaria para la defensa. La colonia subsistió con la mirada concentrada en sí misma, ante la desidia de las autoridades coloniales y los «encomenderos» de la zona, sirviendo de antemural contra las pretensiones lusitanas y los malones de los indios del Chaco. La colonización norteña, aunque tuvo un papel preponderante en la defensa de los territorios fronterizos, no obtuvo un justo reconocimiento, sobre todo los pobladores más pobres, ubicados en las tierras más alejadas y de peor calidad.

La ilusión del enriquecimiento en los yerbales fue otro de los motivos de insularidad voluntaria de numerosos colonos, quienes, atraídos por las promesas económicas, firmaban una contrata por seis meses para trabajar en los beneficios de la yerba, pero volvían de esos campamentos alucinantes, después de varios años, con los bolsillos vacíos o no retornaban jamás. La partida de los varones creaba un doble aislamiento: por un lado, el del «mensú», sujeto a condiciones miserables en su lugar de trabajo del cual no podía regresar libremente, ni tampoco evadirse sin enfrentar la muerte. Por otro, el de las mujeres abandonadas a cargo de sus familias, quienes sobrellevaban una existencia de subsistencia mínima, atadas a los riesgos fronterizos, la quemazón de sus ranchos, la violación y el secuestro por parte de los chaqueños mbayaes, en tanto soportaban «el inventario de los inviernos sin el hombre, las sementeras agonizantes, los malones», que se repetían con idénticas consecuencias. Si la colonización norteña puede identificarse con islotes de población desconectada del núcleo principal de la Villa Real de la Concepción, la colonia de Tevegó, fundada en el periodo independiente, con «pardos libres, presidiarios, mujerzuelas, malvivientes de toda laya, acollados o sueltos según la proporción de sus delitos», constituye el

ejemplo más terrible de una isla perdida en la inmensidad de la tierra deshabitada. Aislada por la distancia y las penurias «la colonia de Tevegó se convirtió al poco tiempo de su establecimiento en un reducto de aparecidos», en donde aquellos sentenciados evitaban «susurrar frente al fuego por temor al Maligno». Y «se debatían entre la bravura de los indios, la apatía del gobierno, sorbidos por el infortunio y la orfandad, sin más alternativa que la muerte».

Volviendo a la situación actual de nuestros países, encontramos que la insularidad no sólo se presenta entre pueblos discrepantes, también está ligada a un sentido de identidad y pertenencia, cuando se exageran las dificultades políticas, las persecuciones, la opresión o las razias que provocan el odio y la desesperanza. Ante el caos, la incomprensión y la falta de amparo, el individuo «de su cárcel desespera, / de la cárcel de los hombres desespera. / Los barrotes del odio lo tienen prisionero. / Mas que el hierro o el fuego, / el egoísmo. / Más que el estruendo suicida, / la pavorosa incapacidad de amar. Quizás el aislamiento genera esa «pavorosa incapacidad de amar», y la única manera de superarla sea el olvido de sí mismo, una real comunicación con el otro, recuperando de esta forma el sentido fraterno de la vida, al respetar la igualdad «en cada hombre, / en cada vuelo, / en cada nevadura». La causa de esta insularidad no sólo se basa en la posición geográfica, sino en el aislamiento personal, debido al autoritarismo, la codicia del poder, la intransigencia, los prejuicios y la injusticia. No sólo el Paraguay es «una isla rodeada de tierra», hay otras islas rodeadas de mar en las que también se siente el peso de la insularidad, cuyos habitantes, en vez de tener el mar como apertura al mundo lo tienen como cerrojo. La otra orilla no es sino «una bisagra silenciosa entre la gente y la sonoridad oceánica / con sus barcos lejanos que se acercan llamando a despedida». La incomunicación está más relacionada con las circunstancias que coartan la libertad y la posibilidad de pensar y expresarse sin censura que con las coordenadas del planeta Tierra.

El mundo está lleno de insularidades. Allí donde se desarrolle un terrorismo de estado, prospere la marginalidad y el acoso racial, político, social o ideológico, tendremos guetos y desesperanza. Resta decir que la insularidad no es privativa de este país, considerado el corazón de América del Sur, ni una prerrogativa del tiempo actual. Desde siempre han existido poblados «desperdigados por los campos», etnias irreconciliables, diferencias so-

ciales y prejuicios aberrantes, que propician el distanciamiento, la persecución y el rechazo a la diversidad.

Parecería un contrasentido hablar de la insularidad de un país mediterráneo cuando el campo semántico de la palabra isla nos relaciona con la apertura, sin embargo, esa falta de mar confina enormemente a los pueblos, sobre todo, si su ubicación es proclive al enclaustramiento. Cercado por una frontera fluctuante hasta la guerra del Chaco (1932-1935), por el lado de Bolivia, y por dos estados poderosos en cuanto a recursos y ambiciones, como lo fueron Argentina y Brasil durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870), el Paraguay mantuvo porfiadamente su solitaria existencia a despecho de las vicisitudes pendulares de la política y la economía del Cono Sur, aunque pagó por ello el alto precio que demanda su autonomía como nación. El Paraguay se replegó sobre sí mismo luego de la hecatombe del setenta, la cual terminó con su situación ventajosa, dejándolo despoblado y exánime para continuar con su existencia a contracorriente de la adversidad y los nuevos desafíos de la historia.

La anarquía primero y «la paz de los cementerios» propugnadas por la dictadura de Alfredo Stroessner, después, aislaron aún más a la gente pensante del Paraguay y al pueblo mismo. De esta «isla sin mar», partían a congresos y conferencias, sobre todo, individuos favorecidos por la «dedocracia» del sistema, quienes utilizaron tales tribunas como plataforma para la propaganda gubernamental. Algunas golondrinas salimos a volar, sin embargo, más allá de las fronteras, llevando la imagen de ese otro Paraguay que palpitaba bajo el peso del despotismo. Pero una golondrina no hace luz en las tinieblas. Ya lo decía el gobernador de la provincia del Paraguay, don Agustín Fernando de Pinedo, en su memorial al Rey de España, escrito en el siglo XVIII: «Necesita, Señor, de redención el Paraguay».

Ciertamente, el Paraguay necesita de redención, para que se nos conozca no solamente por el sufrimiento, sino por el trabajo honesto y talentoso de sus hijos. Esta circunstancia de encierro no sólo perjudicó a la población opositora al régimen, también a los artistas, músicos, escritores, quienes fueron enviados al exilio o padecieron el exilio interior. Una de las razones primordiales del desconocimiento de la literatura paraguaya en el exterior es la falta de difusión y apoyo a fin de que llegue a los centros de cultura, las galerías, las editoriales, que posibiliten la divulgación y el valor de nuestro trabajo artístico, tecnológico y científico.

La integración es, a todas luces, la mejor forma de salvar los obstáculos del aislamiento, siempre que ella venga acompañada de un tratamiento equitativo de los estados poderosos y el respeto a la riqueza espiritual de cada pueblo, los cuales deben primar ante la presente globalización del mundo. En la actualidad, libres ya de las sombras del «estronismo», el pueblo, aunque libre, vive un ambiente de inseguridad, debido al incremento de las acciones delictivas: crímenes, robos, corrupción, narcotráfico, secuestros, atentados contra los productores por el autodenominado Ejército del Pueblo Paraguayo; así como se espera una mayor atención a la salud y la reforma educativa. Uno de los flagelos más nefastos que proliferan en la actual democracia paraguaya es la impunidad y la corrupción de las instituciones del Estado. Sin embargo, la conquista primordial, en este momento, es la actitud de la gente que no se calla como antes. Los paraguayos hemos tomado conciencia del valor de la protesta y el derecho a exigir justicia. Con esta actitud se está logrando una limpieza en las instituciones judiciales, legislativas y privadas, desaforando a los corruptos y encarcelando a los traficantes de influencias, enriquecimiento ilícito y demás violaciones a la ley.

El arte, sobre todo, necesita el apoyo del Estado, pues aporta una aproximación a la realidad, en ocasiones más profunda y certera que la misma ciencia. Es cierto que esa lectura del presente y del futuro se basa en el ejercicio constante de la imaginación, la línea y el color, el sonido y la voz, el movimiento, el teatro, el cine, la palabra. En síntesis, la alucinada clarividencia del artista busca romper el aislamiento por medio de su obra con el propósito de que ésta sea apreciada, pues no se puede valorar lo que se desconoce.

Concluyendo esta crónica, que partiendo de la época colonial llega a nuestros días, me surge una interrogante: ¿Seguirá siendo el Paraguay «una isla rodeada de tierra» en este nuevo milenio? Espero que todos los paraguayos trabajemos, cada uno en su campo, para que nuestro país supere la insularidad y el ostracismo.

(Paraguay)

BIBLIOGRAFÍA

- Ferrer, René. *Poesía completa hasta el año 2000. El acantilado y el mar* (1992), editorial Arandurá, Asunción, 2000.
 - . *Poesía completa hasta el año 2000. Peregrino de la eternidad*, (1985), editorial Arandurá. Asunción, 2000.
 - . *Poesía Completa hasta el año 2000. El resplandor y la sombra*, (1996), editorial Arandurá. Asunción, 2000.
 - . *Poesía Completa hasta el año 2000. Viaje a destiempo*, (1989), editorial Arandurá. Asunción, 2000.
 - . *Los nudos del silencio*. Ediciones Alta Voz Asunción, quinta edición, Asunción, 2013. Colección Academia Paraguaya de la Lengua Española, Tomo 4.
- . *Vagos sin tierra*. Tercera edición. Editorial Servilibro. Asunción, 2003, basada en su tesis doctoral *Un siglo de Expansión Colonizadora. Núcleo establecido en torno a la Villa Real de la Concepción. Origen y desarrollo socio-económico*. Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica (CEADUC) Biblioteca de Estudios Paraguayos, volumen 70.
- . *Poesía Completa hasta el año 2000 – El ocaso del milenio* (1999), editorial Arandurá. Asunción, 2000.
- Velilla Laconich, Julia. *El informe del gobernador Agustín Fernando de Pinedo y el destino internacional del Paraguay*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía. Universidad Nacional de Asunción, 1976.



**¿Y a usted qué le gusta
más, el ceviche o la causa?**

Por Jorge Eduardo Benavides

El primero de febrero de 2012, a los pocos minutos de haber colgado su texto «Con la tinta aún húmeda» en su blog Vano Oficio, el escritor peruano Iván Thays vio cómo se iban multiplicando los comentarios de los internautas a una velocidad asombrosa, hasta alcanzar, con el último, registrado el 11 de julio de 2013, la cifra de mil ciento noventa y seis. Nunca un *post* suyo había tenido semejante impacto.

Pero, en realidad, esos mil comentarios sólo eran la punta de un iceberg monstruoso que se había convertido en verdadera espiral mediática, en aquello que con el tiempo conoceríamos como «viralización en las redes» y que no es otra cosa que una avalancha de respuestas, a menudo epidérmicas, circunstanciales, dañinas y efímeras, a un comentario o actitud supuestamente censurable de alguien. Porque el *post* de Thays, que en principio se refería a *Cocinero en su tinta*, una reciente novela de otro escritor peruano, Gustavo Rodríguez, descansaba en una dura crítica a la comida peruana. Allí afirmaba que ésta era básicamente «indigesta y poco saludable. Casi sin excepción se trata de un petardo de carbohidratos al cubo, una mezcla inexplicable de ingredientes».

Del blog y sus indignadas respuestas, la noticia saltó a los medios tradicionales peruanos, abrió telediarios, despertó un estupor prácticamente unánime en la población, convocó a los chefs que hicieron una piña para defender rápidamente «la gastronomía patria» y fueron muchos los peruanos que se dedicaron durante días a vapulear al escritor desde todos los ángulos y con la más variada munición: comentarios denigratorios, amenazas de muerte, insultos, diatribas y vivas recomendaciones a no leer sus libros. No faltó el despistado que entendió que Thays escribía desde España, puesto que su blog estaba albergado en la versión *online* del periódico *El País*, y que en ese supino alarde de desdén para con la gastronomía del Perú había un sinuoso y abyecto afán de «mimetizarse» con la cultura colonial renegando de su propia identidad. Poco más o menos.

Desde que ocurrió aquello no he dejado de preguntarme – como muchos otros – qué suerte de enajenación chauvinista llevó a internautas, periodistas, cocineros, críticos culinarios y, en general, a un buen muestrario de la sociedad peruana a tomar los comentarios del escritor como una gravísima afrenta al corazón mismo de lo nacional sin que las defensas de su posición fueran poco menos que testimoniales.

El propio diario *El País*, dándose cuenta del fenómeno, encargó a otro escritor peruano, Fernando Iwasaki, que escribiera un artículo tratando de explicar lo ocurrido porque era evidente que el asunto estaba escapando de los cauces más o menos propios de la situación. «El loco filantrópico»¹ fue un ingenioso y documentado intento de quitar hierro al *impasse* y explicar que, en rigor, la comida es mestiza, que Iván Thays tenía derecho a opinar lo que quisiera sobre la misma y que «el patriotismo culinario no es perverso y hasta me inspira simpatía, pero quienes sí me parecen malignos y peligrosos son los modernos adalides de la cocina de vanguardia».

Como era de esperar, también fueron muchos quienes afearon el artículo de Iwasaki más o menos con la misma sentida reprobación con que se habían referido al de Thays y apelando al mismo espíritu nacional que, al parecer, a ambos escritores les faltaba. Nadie parecía mantener la cabeza fría como para permitir un mínimo comentario que pusiera en tela de juicio el valor de la rica, compleja e identitaria comida nacional. Las críticas resultaban, pues, simplemente inaceptables, fuera de lugar.

Es cierto que en otras culturas, por no decir en la mayoría de ellas, la comida es un vehículo cohesionador que da respuesta a la construcción de identidades que vinculan lo que de otra manera podría ser rápidamente atomizado y contribuyen a crear un sentido nacional más intenso. «Además de reflejar formas de estructura y organización social, las culturas culinarias sirven a la definición de los ideales de nación» explica Raúl Matta en su interesante estudio «República gastronómica y país de cocineros: comida, política, medios y una nueva idea de nación para el Perú». Y el colombiano pone el ejemplo de Francia, donde se da con gran explicitud la idea de coincidencia entre cocina y nación. Pero aun así, lo ocurrido con Iván Thays se reveló como el síntoma de que algo extremadamente complejo estaba ocurriendo en un país con preocupaciones mucho más serias, como nuestros precarios índices educativos, la fragilidad de nuestras instituciones democráticas, nuestro muy reciente pasado al borde del colapso durante el tiempo en que Sendero Luminoso puso en jaque al Estado entre inicios de la década del ochenta y principios de la del noventa y, sobre todo, la corrupción política que desde los tiempos de Fujimori estaban horadando los cimientos de la convivencia nacional.

¿Cómo era posible que jamás hubiera habido un debate así de encendido, una defensa así de inmediata y furibunda so-

bre alguno de estos aspectos de carácter nacional? Pero lo que era más interesante: ¿Cómo habíamos llegado hasta allí? ¿Qué había ocurrido para que un país entero se movilizara en defensa de algo como su gastronomía con tal virulencia y fervor obnubilante?

El propio escritor, después de sufrir aquel ataque mediático, reflexionaba acerca de lo que sospecho que, en rigor, es el meollo de la cuestión y afirmaba sin amedrentarse en un siguiente *post*: «Si hay algo más indigesto que la comida peruana es el patriotismo de parroquia. Esta bulla mediática demuestra que el llamado *boom* gastronómico peruano no es ese elemento unificador de halo místico, generoso, sentimental y mestizo que se nos ha querido vender sino, al contrario, un elemento marginador, que exacerba el peor nacionalismo».

Pero, naturalmente, para que se hubiera llegado a tal extremo, sería necesario conocer un poco mejor el fenómeno más singular y epidérmico que le ha ocurrido al Perú en décadas y sobre lo que se ha empezado a escribir cada vez con más cautela y seriedad, ese *boom* culinario que hace que el recién llegado al Perú, y en especial a Lima, su capital, se encuentre con que las primeras preguntas que suelen hacer los peruanos al extranjero son un verdadero *tercer grado*, sutil y amable, pero también férreo, y que, dependiendo de las respuestas, puede replantear la relación con el nativo: ¿Has probado la comida peruana? ¿Qué plato te gusta más?

Preguntas similares sacaron de quicio al cantante Miguel Bosé cuando, en junio de 2013, en plena rueda de prensa y a propósito de un concierto que ofrecería en breve, se encaró con la periodista que le lanzó la consabida pregunta –si había probado un determinado plato peruano– y luego se dirigió a los demás periodistas para inquirir, con un punto de hartazgo en la voz, si alguien se creía que, en realidad, le hubieran formulado aquella pregunta. No ha sido el único cantante, actor o personalidad mediática que al pisar territorio peruano se haya visto abordado por una pregunta similar ni ha habido medio de comunicación que no destaque la relación de este con algún guiso o bebida nacional. Así, Steven Tyler, el cantante de Aerosmith, quedó fascinado con la chicha morada, Beyoncé se maravilló con la variedad de guisos que probó en un conocido restaurante de la capital, Susan Sarandon añadió platos peruanos a la carta de su restaurante neoyorkino y a Will Smith lo vieron comiendo en un restaurante del reconocido chef Gastón Acurio en Miami

Al margen de que a estos famosos, como a cualquier hijo de vecino que visita un país con una elaborada gastronomía, le puedan gustar los platillos que prueba, lo destacable resulta el elevar estos hechos más bien anecdóticos a la categoría de nota de prensa, algo reseñable que incluso puede salir en el espacio de un telediario.

En realidad, esta exageración ditirámica, un poco incomprendida desde fuera del Perú, es el síntoma de un éxito –como lo es la resaca que sucede a la euforia de una gran noche de fiesta–, pues no de otra cosa hablamos: se trata de una verdadera revolución que ha sacudido de arriba a abajo el país y luego ha dado la vuelta al mundo. La prensa especializada ha tomado buena nota, consignando la rapidez con que los restaurantes peruanos se han colado en las listas anuales de los veinte o cincuenta más exclusivos y celebrados del mundo, codeándose y tratándose de tú a tú con los sofisticados restaurantes de otras latitudes, más asentados en tales lides: La Mère Brazier, Eleven Madison Park, Celler de Can Roca o la Osteria Franciscana, entre otros que a lo largo de los años han enseñoreado la calidad de sus fogones y la brillantez de sus cocineros. Así, Virgilio Martínez de Central y Mitsuharu Tsumura de Maido (sexto y séptimo mejores del mundo, respectivamente en 2018, según «The50best», que elabora anualmente la revista británica *Restaurant*), Rafael Osterling, de Rafael, Pedro Miguel Schiaffino, de Malabar y Amaz, son una pequeña muestra de una generación de cocineros de altísima calidad que se han curtido en las mejores escuelas y han hecho *stages* con los más reputados chefs para volver al Perú y revolucionar la cocina nacional. ¿Quién en Lima no sabe el nombre de alguno de ellos?

Para muchos, esta epifanía culinaria, este arrobamiento con que el peruano mira a sus cocineros, a la manera en que en otros países miran a sus futbolistas, delata una intensa búsqueda de identidad, la necesidad de encontrar un referente en el que asentar un orgullo comunitario que nos coloquen, como peruanos, en una vitrina especial. Como apunta el escritor y uno de los más prestigiosos comunicadores del Perú, Gustavo Rodríguez –sí, el mismo que puso sin querer en el disparador a Iván Thays –, «El Perú moderno es un pueblo muy diverso que, como todo adolescente, busca rabiosamente forjarse una identidad y, en los últimos veinte años, encontró en nuestra cocina un símbolo de aquello que andamos buscando».

Para Rodríguez, el hecho de que esa cocina se haya gestado primero a nivel popular, «en modestos fogones», y que desde allí

haya conquistado todos los estratos sociales y otros mercados del mundo explica por qué los peruanos sienten tanto orgullo por ella: «es una muestra de sabiduría popular que aprovechó nuestra diversidad cultural y que –¡encima!–, como le gusta a cualquier identidad en formación, recibe el respaldo de afuera».

No es una reflexión baladí ni tampoco del todo nueva, lo que indica que estos últimos veinte años han servido para proyectar un sentimiento nacional-gastronómico que siempre estuvo allí, cociéndose en el fuego lento de nuestra conciencia nacional. Ya en 1845, Manuel Ascencio Segura se burla en «Ña Catita», popular comedia en verso de su autoría, de una señorona que por mostrar gusto inglés dice haber olvidado el sabor de los dulces peruanos. Dicho sea de paso, este autor es quien mejor retrató lo que, con el tiempo, se conocería como *huachafería*, una intrincada variante peruana de la cursilería española.

Ya en el siglo xx, Federico More, miembro del grupo literario Colónida, personaje contradictorio que tan pronto denigraba Lima como rescataba la riqueza de su gastronomía, nos dejó piezas irrepetibles en «Del buen comer y beber», sentando las bases para el quehacer de la crítica gastronómica. Más adelante el poeta Rodolfo Hinostroza, el periodista Raúl Vargas o el economista y sociólogo Mariano Valderrama –quien además es gerente de la sociedad peruana de gastronomía– han escrito, analizado, glosado y reunido material suficiente como para elaborar un potente guiso intelectual sobre la comida peruana.

Para muchos, no obstante, si emplazamos el telescopio de nuestras pesquisas hacia el fondo recóndito de este *big bang* gastronómico, encontraremos brillando con deslumbradora potencia a Gastón Acurio, un chef de cincuenta y dos años e hijo de un reconocido político cusqueño que fue ministro en el primero gobierno de Fernando Belaúnde y elegido senador en 1980, cargo en el que se mantuvo hasta el autogolpe de Fujimori en 1992. Su hijo, el chef que lleva su nombre, estudió derecho por un cierto imperativo familiar, pero redescubrió su antigua vocación por la cocina mientras estudiaba en la española universidad Complutense. Acurio dejó pronto el derecho para matricularse en la escuela de hostelería de Madrid y, posteriormente, en el famoso Cordon Bleu parisino, donde conoció a Astrid Gutsche, una pastelera alemana criada en Francia, con quien se casó y compartió su aventura culinaria de volver al Perú: un Perú que acababa de dejar atrás el terrorismo de Sendero Luminoso y vivía los primeros repuntes económicos durante el gobierno de Alberto Fujimo-

ri, quien había cerrado el Congreso de la República y gobernaba, desde entonces, como un autócrata. Para Gustavo Rodríguez es imprescindible atender el contexto. «Creo que después de la debacle moral post Vladivideos y la crisis asiática de fines de los noventa –explica–, los peruanos necesitábamos volver a creer en nosotros. El deporte nos era esquivo, y esta corriente gastronómica se convirtió en esa carta ganadora».²

Efectivamente, en medio de esa fragilidad institucional y aprovechando una bonanza económica –con la tasa de inflación del 4.3%, la más baja en veinticinco años– que generaba cierto optimismo en la población, Acurio se dio maña para, con un préstamo de casi cincuenta mil dólares, abrir su primer Astrid & Gastón en una callecita estrecha y no muy transitada del centro de Miraflores, en Lima. Cocina francesa, al principio. Buena bodega y refinamiento a altos precios. Pero pronto encontró el filón de los insumos locales y rescató del fondo de la cocina a esa bella y modesta cenicienta que era la gastronomía nacional, esa que gustaba a la gran mayoría de peruanos pero no para ponerle mantel de hilo y maridarla con un buen vino: la cocina de casa se quedaba hasta ese momento en casa. El hijo del senador cusqueño demostró que había heredado el olfato político de su padre y extrajo del imaginario colectivo un país de todas las sangres, es decir, profundo, de raíces, lleno de tradición, al que sólo le faltaba una pizca de innovación. El cocinero renegado del derecho aprovechó el término *novoandino* e hizo estallar la caja de caudales de los sabores de la cocina casera, y se lanzó a ponerle ese mantel de hilo que tanto necesitaba, a arrancarla de su modestia. Y ese fue el inicio.

Acurio pronto demostró que no sólo era un excelente chef, sino un avisado empresario y un brillante comunicador, como confirmó con su paso por un par de programas televisivos, *Ceviche con sentimiento* y *Anticuchos con corazón*, que lo convirtieron en poco tiempo en un personaje mediático. Por esos años abrió una sucursal de Astrid & Gastón en Santiago de Chile y de allí pasó, literalmente, a conquistar Ecuador, Panamá, Venezuela, México, España así hasta alcanzar once países y treinta y cuatro restaurantes. Todo esto mientras diversificaba su oferta como si hubiese encontrado un manantial secreto donde borboteaba, inagotable, una variedad de propuestas que tenían que ver siempre con la gastronomía peruana y su variado mestizaje. Pronto abrió la cevichería La Mar, y antes de ello, T'anta (que en quechua significa pan), una es-

pecie de *bistrot* de sabor más casual que sus otros restaurantes; el *chifa* –cocina mestiza china peruana– Madame Tusan; la sanguchería Pasquale hermanos, rescatando del fondo de la variada cocina peruana el gusto tradicional por los *sánguches*, una suerte de bocadillos fundamentalmente hechos de carnes o chicharrón de cerdo con diversos aderezos; la anticuchería Panchita, de enorme éxito en Lima, toda vez que el anticucho –algo así como un pincho moruno, hecho de corazón de vaca– resultaba un plato tan tradicional como humilde, que se solía vender en parrillas ambulantes conocidas como *carretillas* y que han estado vinculadas a las calles coloniales de Lima, condicionando la estampa noctámbula y modesta del gusto popular por esta peruanísima brocheta.

Es sintomático entender que los tres años en que el primer Astrid & Gastón, el del 175 de la calle Cantuarias, se mantuvo como un restaurante francés tuvo un público exigente y cautivo, pero restringido. Sólo fue cuando decidieron dar el paso de lo que se podría llamar «la aventura novoandina», cuando estalló el fenómeno que hoy conocemos como el *boom* de la gastronomía peruana y que ha despertado tal interés que, desde el 2008, se viene organizando Mistura, una feria internacional gastronómica que si el primer año convocó a casi treinta mil visitantes, en 2016 se acercó al medio millón, de los cuales casi un diez por ciento venían del extranjero; incluso se organizan «tours gastronómicos» por Lima, habitualmente una ciudad de paso para el turista extranjero que solía visitar el Cuzco y Machu Pichu, la colonial Arequipa o la selva amazónica, sin atender los escasos reclamos turísticos de la que fue la capital de uno de los dos virreinos más importantes de la corona española. Lima es ya, desde varios años, destino gastronómico sin lugar a dudas.

Porque al socaire de esa vertiginosa y variada expansión de los negocios gastronómicos de Acurio se abrieron en Lima –y poco a poco en otras ciudades del Perú– restaurantes de gran calidad, cuyas cartas empezaron a ofrecer exquisitos y reelaborados platos de la cocina tradicional, deconstrucciones, recreaciones y variadas interpretaciones, muchas de ellas salidas de las manos de jóvenes chefs que habían visto en Acurio al héroe contemporáneo y nacional al que todos ellos querían parecerse: triunfador, joven, de arraigado sentir nacional y, como se reclama por allí, «más peruano que la papa», frase que en un país tan apegado a lo suyo tiene valor poco menos que de título nobiliario. Incluso hay quien lo quiere de presidente...

Pero Gastón Acurio no fue el primero. Para Gustavo Rodríguez, los antecedentes de la filosofía detrás de este *boom* pueden rastrearse hasta Bernardo Roca Rey y Cucho La Rosa que, a mediados de los noventa, ya esbozaban un menú «novoandino» en contraposición a la cocina francesa y mediterránea de los restaurantes peruanos caros, entre ellos el del propio Gastón de su primera etapa culinaria.

Como señalan Gustavo Yamada y Juan Chacaltana en su «Generación de empleo en el Perú: seis casos de éxito», esto actuó como un revulsivo de la economía peruana y, como vemos, de la propia autoestima del peruano. Refieren Yamada y Chacaltana que hasta el 2006 aparecieron veintidós escuelas de cocina cuando en la década anterior sólo había tres y que el empleo generado en restaurantes y bares con diez trabajadores o más registrado por el Ministerio de Trabajo se incrementó en un total de 38.6% entre enero y mayo del 2001, y enero y mayo del 2006, de acuerdo con la Encuesta Mensual de Variación de Empleo del Ministerio de Trabajo. En un artículo periodístico de 2011, Bruno Giuffra, economista y en ese momento profesor de Centrum, decía que la gastronomía peruana explica nuestra «capacidad inventiva, creatividad, osadía culinaria», pero el economista no dejaba de consignar que el sector tenía una informalidad de casi el 80% y que sólo el 62% del personal vinculado con la industria gastronómica registraba como terminados sus estudios secundarios (de bachillerato). Y ya desde entonces eran muchas las voces que apuntaban a que la locomotora económica y de optimismo identitario en que se había convertido la cocina peruana corría el riesgo de descarrilar, generando grandes diferencias económicas entre los empresarios y sus trabajadores u ofreciendo unas expectativas de trabajo que, a largo plazo, podrían resultar ilusorias pues, en la actualidad, hay más de un centenar de escuelas de cocina en institutos y universidades, y más de quinientas especialidades para ser chefs, críticos culinarios, *bartenders*... En definitiva, que es factible pensar en una «burbuja» que estalle como la de las *punto-com* si no se estudia con seriedad el fenómeno y se intenta enfocar y estimular adecuadamente desde las instituciones para que nadie mate a la gallina de los huevos de oro aunque sea para hacer un buen caldo o un ají.

La necesidad identitaria y de orgullo nacional ha encontrado en la gastronomía su modo de expresión, pero además se ha convertido en una fuente de riqueza, de visibilidad internacional y, ojalá, de mayor cohesión social para que la comida peruana y el

boom gastronómico que ha crecido al calor de sus calderos no están ligados a ese sombrío poema de Juan Gonzalo Rose que dice:

*Para comerse un hombre en el Perú
hay que sacarle antes las espinas,
las vísceras heridas,
los residuos de llanto y de tabaco.
Purificarlo a fuego lento,
cortarlo a pedacitos
y servirlo en la mesa con los ojos cerrados,
mientras se va pensando
que nuestro buen gobierno nos protege.
Luego:
afirmar que los poetas exageran.
Y como buen final:
tomarse un trago.*

(Perú)

NOTAS

- ¹ Locro es un plato de ingentes variantes en muchos países hispanoamericanos, entre ellos el Perú.
- ² Un escándalo en el que se vieron involucrados gran número de políticos peruanos a causa de la filtración

de unos videos comprometedores con la, en ese entonces, eminencia gris de Fujimori, Vladimiro Montesinos.

A high-contrast, black and white aerial photograph of a hurricane. The eye of the storm is a bright, circular center, surrounded by a dense, swirling ring of white clouds. The surrounding ocean is dark and turbulent, with white foam from the storm's outer bands visible. The overall image has a dramatic, almost abstract quality due to the high contrast and the swirling patterns of the storm.

Puerto Rico **«Huracánópolis»**

Por Eduardo Lalo

HURACANÓPOLIS

Destrozos en Barbuda, San Martín, las Islas Vírgenes estadounidenses y británicas, en Puerto Rico, Cuba y la Florida. Inexplicable retiro del mar hasta el horizonte en playas de las Bahamas. Unos días antes, cincuenta pulgadas de lluvia en Houston. Hace unas semanas, la violencia racista de Charlottesville y el mitin electoral de Arizona en el que el presidente Trump validó a supremacistas blancos y a la derecha alternativa. Dos meses atrás la afirmación de que la estadidad de Puerto Rico será un hecho en solamente cinco años. Huracanópolis, el presente de nuestro país reposa sobre la degradación de la realidad y los desvaríos de la imaginación.

La fantasía colectiva del excepcionalismo de Puerto Rico ha adquirido en estos días una formulación machacona: «somos bendecidos», «hemos sido bendecidos», «gracias a Dios» y frases semejantes son repetidas por doquier por ciudadanos, políticos, meteorólogos y periodistas. Extraña forma de misericordia divina ésta que lleva al huracán más descomunal del último siglo a descargar su furia en otros lares. La suerte se disfraza como un privilegio o don que sirve para continuar ignorando lo que nos circunda. La decadencia del país se transforma en una singularidad maravillosa. En Huracanópolis se miden las velocidades de los vientos, pero deberían calcularse también las fuerzas meteóricas de las fantasías.

¿Qué pasó en estos días? El peligro extraordinario del huracán Irma, con vientos de hasta ciento ochenta y cinco millas por hora, apenas rozó nuestras casas. La suerte es cuestión de probabilidades: en esta ocasión no fue, pero en otra será. Puerto Rico no disfruta de un manto de protección, sino todo lo contrario. El Caribe no ofrece escondites ni escapatorias. Cada año, al igual que cualquier miembro de la comunidad de pueblos de la región, estaremos amenazados y, más temprano que tarde, no habrá suerte. En esta ocasión, vientos y lluvias menores de la periferia más débil de la tormenta dejaron al menos al 70% de la población sin electricidad y al 25% sin agua. Esto no es normal ni justificable y es muestra dramática de pobreza y subdesarrollo. Una semana después, alrededor del 40% del país sigue sin energía eléctrica. San Juan y su área metropolitana son de las zonas más afectadas. No hizo falta que el huracán entrara a tierra para comprobar la debilidad del sistema: en las semanas que lo precedieron, la

frecuencia y duración de los apagones fueron constantes. Huracánópolis no es el resultado de un estado de excepción, sino la conversión en normalidad de un estado crítico.

Los enfermos producen dinero. Con ellos hacen fortunas médicos, hospitales y farmacéuticas. La normalización del estado crítico tiene también sus profesionales. Inversionistas, políticos, politólogos, periodistas, relacionistas públicos, viven del mercado y gerencia de la gravedad. La semana del huracán acabó de convertir a la meteorología en espectáculo. Más que científicos, ciertos meteorólogos son personajes de redes y medios. Sus informes se dan con el patrocinio de firmas comerciales y llegué a escuchar a uno referirse a los que lo contrataban y a sus oyentes como sus «clientes». Lo dijo con naturalidad, sin mostrar ninguna consciencia del daño que le causaba a su profesión al convertirla en empresarismo tecnológico.

En la radio la «cobertura de Irma» mostró prácticas de eficiencia económica. Se ahorró en periodistas, o más bien en locutores, y las emisoras vehicularon la información por medio de un maratónico locutor estrella, que durante horas recibió llamadas de alcaldes y de compañeros de trabajo, que ilustraban sobre el paso del fenómeno desde sus casas. Al día siguiente, la radio regresó a la cotidianidad de sus espacios de tiempo pagado por asociaciones o comercios. A diferencia de otros periodos de huracán, no hubo quién acompañara en las noches sin electricidad. Todo tiene excepciones, por supuesto, y tuve la oportunidad, no habiendo transcurrido todavía veinticuatro horas de los vientos, de escuchar a un politólogo *janguear* junto a otros negociantes de los tiempos de huracán. Las risotadas y el autobombo eran dramáticos en ese cónclave que reunía a un oficial de Hacienda con ferreteros, dueños de restaurantes y una meteoróloga. Con el 70% del país a oscuras se elogió la labor del gobierno, se disertó sobre los mejores tequilas y la calidad de los generadores eléctricos. El jolgorio motivó a un exsecretario de Justicia a escribir un mensaje de texto al anfitrión del programa que, con suma sensibilidad y alegre complicidad, lo leyó ante el micrófono. El letrado comunicaba a sus cuates y al mundo que soportaba la segunda noche con planta eléctrica central bebiendo champán.

A la mañana siguiente, aparentemente repuesto ya de su presencia maratónica en las ondas, el locutor estrella de la emisora tuvo una curiosidad repentina cuando le dejaba la cancha libre en su programa al secretario de Salud: «¿Qué prefiere usted, un

sándwich de mantequilla o uno de mayonesa?»). De esta manera, quedaban aclarados los peligros de envenenamiento, en un país que, en ese momento, tomaba la decisión de meter en bolsas de basura la compra de la semana.

En Huracánópolis sólo se habla en singular. Del gobernador a los alcaldes y legisladores, del exsecretario de Justicia al locutor de la radio, todos comienzan sus frases con el pronombre yo y las terminan con «de la mano de Dios». El problema no está en vincular al «yo» con la divinidad, sino en estar convencido de que la divinidad produce un milagro que exime de malestar y esfuerzo.

En cinco años, Huracánópolis será una provincia de Estados Unidos. En cinco años, la Autoridad de Energía Eléctrica estará en manos privadas. En cinco años, los políticos regalarán generadores eléctricos como antes compraban votos a fuerza de neveras. En cinco años, una emisora volverá a autoelogiar su labor informativa diciendo «El día del huracán convertimos nuestra cobertura en categoría 5» y, nuevamente, sus locutores no se habrán dado cuenta de lo que verdaderamente están diciendo. En cinco años o en menos, no seremos bendecidos. Ese día, porque en esta ocasión no ocurrió, nos daremos cuenta de lo que significa vivir en Huracánópolis. Entonces, conjugaremos el verbo sufrir en todas sus personas diciendo: yo sufro, tú sufres, él o ella sufre, nosotros sufrimos, ustedes sufren, ellos sufren. Y en Huracánópolis no habrá champán para estar lejos de las personas del verbo.

«No fueron necesarios cinco años, sino tan sólo cinco días para que Puerto Rico se convirtiera en Huracánópolis. El 20 de septiembre de 2016 la isla entera sería atravesada por el huracán María».

EL ESTADO FALLIDO

En días recientes leí que más de novecientos treinta mil puertorriqueños tienen como único ingreso las ayudas del Programa de Asistencia Nutricional y que este programa atiende a más de un millón trescientos mil ciudadanos, lo que constituye más de una tercera parte del total de la población. Según otras estadísticas, el 7.3% de los adultos padece de enfermedades mentales serias y más del 50% de las familias viven en condiciones de pobreza. A ciento diecinueve años de la invasión estadounidense y sesenta y cinco de la creación del Estado Libre Asociado, estos números nos ofrecen una noción bastante certera de la situación del país. Las estadísticas se calcularon antes de los huracanes Irma y María

y han mantenido sus tendencias por muchos años. Sin embargo, al menos por medio siglo, esta situación pareció increíble y un gran número de puertorriqueños estuvo seguro de que la situación lóbrega que transmiten éstas y otras cifras era una ensoñación de sociólogos.

Irma y María han hecho muchas cosas: nos dejaron sin electricidad, sin agua y sin comunicaciones; mostraron la fragilidad de la infraestructura y la inexistencia de la previsión, pero además hicieron algo más pavoroso: destruyeron la vegetación que servía de barrera, y ahora la realidad abyecta del territorio no incorporado a Estados Unidos de Puerto Rico se haya a simple vista. A más de tres semanas de María, todavía nosotros somos los que menos hemos percibido la cara descarnada de nuestra realidad. Debido a nuestra incomunicación, apenas hemos visto los miles de fotografías y vídeos que han inundado los medios de prensa y asombrado al mundo, como tampoco, a pesar de las sesiones de información diarias, hemos tenido a un gobierno dispuesto a decirnos la verdad. Quizá un día podamos ver la documentación de lo que ha ocurrido pero, mientras tanto, en nuestros cuerpos y en los de nuestros conocidos cargamos un testimonio que, con cada día que pasa, se hace más atroz.

En las últimas cinco semanas, como cualquier ciudadano, he tenido que hacer enormes filas en los supermercados y las gasolineras, que luchar para conocer la suerte de hijos, amigos y de una madre anciana, que eludir obstáculos para llegar a casa de familiares y descubrir que en la noche previa sufrieron una evacuación con el agua cubriéndolos hasta el pecho. Día a día me he enterado de la pérdida de ventanas, muebles, enseres, carros y casas. Durante jornadas, que se convirtieron en semanas y luego en quincenas, asistí al colapso de un gobierno que no cesaba de afirmar que nos encontrábamos en la fase 1 de un plan que parecía constreñirse a la transportación caótica de diésel. Supe de la llegada de Trump y Pence, de sus medias jornadas laborales dedicadas a transmitir a los «ciudadanos estadounidenses residentes en Puerto Rico» la humillación y la indiferencia. Casi cuarenta días después, parecería que nada ocurre y la fase 1, a la que alude constantemente el gobierno, se ha convertido en una «unión permanente» con la desgracia.

Pero algo más he hecho en estos días. En carro a veces, pero casi siempre en bicicleta, he recorrido el área metropolitana. De Guaynabo al viejo San Juan, de Puerta de Tierra, atravesando

Santurce, hasta que la arena acumulada en la carretera me impidió llegar a Isla Verde, he visto al Puerto Rico de las estadísticas que ocultaban los árboles. Las casas sin techo y sin ventanas, el sistema eléctrico destrozado, el olor constante a muerte e inmundicia. He visto ancianas empujando coches de bebé, en los que llevaban lo que poseían, buscando qué comer en los botes de basura. He visto decenas y decenas de adictos sufriendo la carencia de algo que hoy es más difícil de encontrar que agua o comida. El huracán los ha dejado sin escondrijos ni pudor y yacen sobre las aceras consustanciados con las montañas de escombros. Me he sentado en plazas y parques que parecían haber sido bombardeados y en los que convivían palomas, gallinas y gatos en una alfombra de basura. He visto, junto al lago de Levittown, una acera de más de una milla con los colchones, los juegos de sala, las neveras, las lavadoras destruidas por la inundación de una urbanización entera. He ido hasta el Centro de Operaciones de Emergencia del Gobierno y no he encontrado más que un estacionamiento repleto, custodiado por guardias nacionales, al que nadie entró ni del que nadie salió en media hora. He escuchado y sentido el ruido y los gases de innumerables generadores que electrifican los satélites del privilegio. Y sé que no he visto casi nada, porque no he llegado ni a Vieques ni a Orocovis, ni a Toa Alta ni a Lares, porque he tenido agua, comida, salud y un techo.

El 28 de septiembre la administración del aeropuerto informó que habían partido de Puerto Rico siete mil quinientas personas. El 4 de octubre fueron dieciséis mil. Hoy serán muchos más. El largo siglo americano de nuestra historia y los cien años de ciudadanía estadounidense han desembocado en un Estado fallido. El propio gobernador afirmó hace pocos días que no había plan b: sólo se puede esperar que FEMA y Estados Unidos hagan algo. Desprovisto de poder, lastrado hasta la incapacidad por la corrupción y los malos manejos de la política, el Estado de Puerto Rico no es diferente de los más de novecientos treinta mil ciudadanos que no tienen otro ingreso que las ayudas del Programa de Asistencia Nutricional. Es lo mismo que Somalia o Siria, sólo que allí Estados Unidos es sustituido por la ONU u otras potencias. Es lo mismo, pero sin guerra; aquí bastó la depredación centenaria del país que nos ha dominado y de las mafias políticas y empresariales locales. Pero el resultado es idéntico: una población paupérrima a la que se arrojan suministros insuficientes desde helicópteros; una población acanallada que está dispuesta

a robar el diésel de un centro de diálisis; un puente aéreo por el que huyen miles de refugiados en lo que ya se ha convertido en el Mariel puertorriqueño. La vegetación que cayó muestra ahora sin paliativos ni medias tintas lo que somos. En la segunda década del siglo XXI, se ha actualizado el «Lamento borincano» de Rafael Hernández.

Muchos cerrarán los ojos para no ver, esperando que vuelvan a crecer los árboles, que vuelvan a ocultar lo que el colonialismo nos ha posibilitado ser. Pero un Estado fallido no ofrece tregua. Crea tres tipos de ciudadanos: pobres, emigrantes y déspotas. El huracán no fue una tormenta que nos embistió y se fue, sino una imagen que perdura en el espejo. Del Estado fallido no se sale si no se emprende un plan que use otras letras del alfabeto. Si no se trasciende la «a» y la «b», no habrá reconstrucción ni esperanza.

TODO PUERTO RICO ES SAN GERMÁN (DE 1692)

Recuerdo un suceso que Fernando Picó relató en su *Historia general de Puerto Rico*. En 1692 la villa de San Germán logró, luego de considerables negociaciones, que la corona española le autorizara, por un periodo de cuatro años, la llegada de barcos a su costa. En su momento, fue un logro considerable que auguraba un aumento en el arribo de suministros y mercaderías y le abría una vía de exportación a los productos del país. El permiso real permitía la reducción del aislamiento de toda una porción del país y esperaba a los sangermeños con lo que, anacrónicamente, podríamos llamar su progreso.

Puedo imaginar la energía que insuflaron entonces los afanes de los dueños de trapiches, siembras de jengibre y secaderos de tabaco; puedo figurarme las ampliaciones obradas por los almaceneros, la llegada de jíbaros venidos de los montes, las negociaciones para comprar esclavos o el empeño puesto en reducir a los indios a la obediencia. El poblado y sus extensas zonas aldeanas se dispuso a escrutar el horizonte y debe de haber ocurrido en más de una ocasión que se confundiera una formación de nubes o una goleta costera con la llegada de un bergantín de tres palos venido del otro lado del océano.

San Germán esperó el 1692 y el 1693. Aguardó todo el 1694 y maldijo cada mes de 1695 y un pedazo de 1696. El horizonte nunca fue quebrado por las velas y los cuatro años del permiso se agotaron. En ese cuatrienio sólo atracó un barco en los muelles de San Juan y éste no tuvo interés de allegarse a la ciudad del sur.

A pesar de las expectativas, en cuatro años no pasó nada. Fue el reino de la espera, una institucionalización del limbo.

Estos eventos (o, mejor sería decir, esta ausencia de eventos) de hace más de tres siglos, han probado ser una constante en la historia de Puerto Rico. Las generaciones crecen, maduran, decaen y desaparecen, esperando la llegada de los barcos. O, lo que es lo mismo, aguardando por las decisiones de otros. Aguardamos por los españoles por algo más de cuatrocientos años y hemos aguardado por los estadounidenses por ya más de una centuria. Se nos dio largas con el «gobierno propio», y el Estado Libre Asociado arribó luego de más de medio siglo de «pacientar» en las antecámaras. Simultáneamente, proponentes de otras fórmulas políticas han hecho indefinidos ejercicios de paciencia por la estadidad y la independencia y, empecinadamente, todavía las esperan. Los hombres y las mujeres de todas las generaciones que han poblado esta tierra nacen, viven y mueren atisbando el horizonte. Nunca, nadie en Puerto Rico ha dejado de ser como los sangermeños de 1692.

En nuestro país pareciera no haber pasado ni presente ni futuro. Desconocemos el tiempo, nunca lo hemos poseído y no sabemos concretamente que es perpetuamente móvil: que lo futuro se hace presente e inmediatamente se transmuta en pasado. Esperar equivale a ignorar la dinámica del tiempo y sus consecuencias, que son siempre el vacío y el hundimiento.

Desde la crisis que obligó al gobierno a cerrar durante dos semanas en 2006, nuestra economía no sólo no crece, sino que se contrae. Desde entonces y hasta hoy nuestra deuda externa creció exponencialmente y, luego de María, la insolvencia del gobierno multiplica los estragos del huracán. Esta semana, el periodista Benjamín Torres Gotay reportaba que, según un estudio del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico-Cayey, la proporción de la población que vive en la pobreza podría elevarse próximamente al 60%. Esto era lo estimado en 1980, hace treinta y siete años. En 1960, esta estadística alcanzaba el 62.8%. A casi tres meses del huracán, al menos dos terceras partes del país no tienen servicio eléctrico y es común escuchar que regresamos a la infame década de los treinta del siglo pasado. Esperar es hundirse. Los números no mienten.

A tres meses del huracán, esperamos que se construyan, se inspeccionen, se transporten, se descarguen y se erijan los postes que reconstruirán el sistema eléctrico. Nadie sabe o nadie quiere

decir cuánto tiempo habrá que aguardar. En tanto, los negocios cierran, la gente sufre, algunos mueren. En este periodo no he visto a un solo político tener la epifanía, o simplemente la decencia intelectual, de darse cuenta de que hay que hacer las cosas de otra manera; que la salvación no llega en barcos o aviones, que la política y la economía no deben ser objetos de importación y compraventa.

El Centro de Estudios Puertorriqueños de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) estima que trescientos mil puertorriqueños han llegado, luego de María, solamente al estado de Florida. Esa cifra duplica el éxodo cubano del Mariel. Esa sangría de población fluye de las heridas abiertas de la espera.

En las últimas dos o tres semanas, el gobernador y sus portavoces, los analistas y comentaristas de la radio e incluso los ciudadanos, hablan con otro tono. La urgencia se ha debilitado hasta casi desaparecer. El cansancio de muchas semanas obra sobre cuerpos y mentes, induce a la complacencia, reduce a la indiferencia. El limbo se institucionaliza y se reconoce como un estado familiar. Las tinieblas del reino de la espera descienden sobre el país a plena luz del día. Nos queda nuestra extensa colección de mínimos y entre éstos también están esos contratos a amigos de toda la vida y a empresas casi fantasmales, que son también formas de pervivir en el achicamiento.

Como los sangermeños de 1692, luego de cuatro años, ya no se espera nada. Cada día son menos los que escrutan el horizonte. Han transcurrido las diez décadas del siglo anterior y pronto terminarán las primeras dos del presente. Hemos sido obstinada y estúpidamente pacientes. Los pobres de hoy equivalen a los de 1980 y 1960, y no tienen electricidad como los de la década de 1930.

El reino de la espera nos despoja de la memoria. ¿Quién recuerda hoy que tan sólo hace unos meses, en este mismo 2017, el gobernador nos aseguró que en cinco años arribaba el barco de la estadidad? Todavía no ha podido lograr que lleguen y se instalen toldos de plástico sobre los techos desaparecidos de las casas, se abran las escuelas, corra el Tren Urbano, llegue la electricidad a dos terceras partes de la población.

El reino de la espera es un tiempo necio que invierte las décadas y hace que 1980 se ubique en 2017 o 1930, en 2025; que el general Miles de la invasión militar estadounidense de 1898 sea miembro del actual proconsulado de la Junta de Control Fiscal,

o que el gobernador sea alcalde de Cataño en los cuatrienios del Amolao y ande en busca de la estatua más grande y abyecta de Cristóbal Colón. No hay pasado ni presente ni futuro cuando se espera. Solamente la melcocha y el fraude que es la espera.

Todo Puerto Rico es San Germán (de 1692).

(Puerto Rico)

La sobrevida

Por Ramiro Sanchiz



A veces me gusta pensar que, en los últimos veinte años, el mundo llegó dos veces a su fin en Uruguay. Es posible que el número de estos apocalipsis de bolsillo sea todavía más grande: que proliferen al calor y los nutrientes de la memoria de cada uruguayo, pero no menos cierto es que uno de estos fines del mundo, el más reciente, dejó su huella. O sería mejor decir su cicatriz.

Vamos a empezar por este último, entonces. Aconteció en 2002. Yo estaba por cumplir veinticuatro años y me tocaba vivir un año complicado, que incluyó el final de mi primera relación «seria» de pareja y la mudanza fuera de la casa donde pasé buena parte de mi niñez, toda mi adolescencia y los primeros años de la juventud. También datan de mi 2002, la decisión de probar suerte en la música (intento infructuoso que se prolongó más o menos hasta el 2008), nuevas amistades y repentinas distancias con algunos amigos que habían sido íntimos, nuevas lecturas, entusiasmos y desilusiones.

A fines del año anterior, Argentina había atravesado una profunda crisis social, política y económica, que todos los uruguayos temíamos que atravesara el Río de la Plata. De hecho, después de que el ministro de economía argentino Domingo Cavallo decretara un «corralito», los ahorristas argentinos con dinero en bancos uruguayos se lanzaron a un frenesí de retiros que dio el primer paso a ese cruce del charco. Entre los banqueros cundió el pánico y el gobierno pensó primero en ellos: las medidas de «rescate», según el entonces presidente Jorge Batlle, se enfocaban en asegurar que las calificadoras internacionales mantuviesen a Uruguay catalogado como un país en el que valía la pena invertir. Pero esa fachada *for export* no podía ocultar la cruda realidad interior: en 2002 el precio del dólar se duplicó, los salarios reales cayeron un 11%, cuarenta mil uruguayos pasaron a ser categorizados como «indigentes» y más de trescientos cincuenta mil como «pobres», mientras entre enero y agosto unos treinta mil uruguayos (casi todos jóvenes) emigraron a España y Estados Unidos.

Mi familia tuvo suerte, por decirlo así. No pasamos mayores penurias ni enfrentamos el problema de que los pesos que ganábamos pudiesen, de pronto, comprar apenas la mitad de los dólares que habían comprado meses atrás para pagar alguna deuda en esa moneda. Cierta ética austera o frugalidad que mis padres habían heredado de mis abuelos catalanes y vascos hacía que en casa se viviera con lo mínimo y se ahorrara lo que se pudiera: nunca tuvimos auto, nunca nos tomamos vacaciones y el relativamente pequeño apartamento donde vivíamos había sido com-

prado con el dinero de la venta de la antigua casa de mi abuelo materno. A la vez, mis amigos más cercanos vivían en situaciones similares y sólo de antiguos compañeros de liceo, ya distantes, supe más tarde que habían salido a buscar suerte en el extranjero. Yo disfrutaba, por decirlo así, de la relativa comodidad de una burbuja creada por el empleo público en que se desempeñaba mi padre y por los hábitos de austeridad de la familia. Pero mi caso está muy lejos de ser la norma para aquellos días.

Recuerdo que el 2 de agosto, un viernes, mi padre había vuelto temprano a casa. Yo estaba en mi cuarto, trabajando en una demo grabada en el estudio casero que había improvisado para ocuparme de la composición en mi banda de entonces. Eran más o menos las dos de la tarde, recién pasado el almuerzo, y yo no tenía, en verdad, nada que hacer hasta la noche, así que iba a dejarme llevar por una lenta tarde de viernes. Escuché de pronto que mi padre hablaba por teléfono con mi madre y que su tono de voz sonaba tenso, quizá incluso angustiado. Salí de mi cuarto y me puse a escuchar. Papá colgó el teléfono y me miró.

–Parece que viene brava la mano –dijo.

Le pregunté qué quería decir.

–En la radio están diciendo que vienen *hordas* bajando al centro, quemando y saqueando comercios. Me voy a buscar a tu madre... vos quedate atento.

Algo era cierto: la noche anterior los noticieros habían reportado un par de saqueos en supermercados, en barrios periféricos. Nadie había salido herido ni lastimado, y la cosa no había pasado de un robo algo aparatoso, pero en el clima de miedo y desesperanza que se vivía entonces era fácil aprovechar acontecimientos de ese tipo, que en otro contexto podrían parecer poca cosa, y narrarlos con la intención de disparar todavía más el temor. Después de todo, era fácil recordar ese tipo de saqueos y desmanes: bastaba con evocar el verano anterior en Argentina. La idea de que pronto Uruguay pasaría por la misma situación persistía en la opinión pública, y se temía, por ejemplo, que, por primera vez en décadas, un presidente uruguayo no pudiera terminar su mandato constitucional.

Prendí la televisión y busqué noticias en los canales locales. En efecto, las *hordas* estaban llegando. Ese era el término elegido, *hordas*, repito, tan cargado de connotaciones terribles, de miedo y discriminación. Se hablaba de helicópteros que presenciaban el río de bárbaros que se aprestaba a derribar las puertas de la ciudad (es decir, de los barrios céntricos), se hablaba de fuego,

de destrucción. Pero no había imágenes: sólo relatos, testimonios dudosos y poca cosa más.

Mis padres volvieron media hora más tarde. El centro es un desierto, recuerdo que dijo papá.

–Pero no está pasando nada –añadió mi madre–; había un policía parado en la esquina, como si nada. Si fuera verdad que vienen rompiendo todo habrían puesto un batallón en la calle, y no hay nada

Nos sentamos los tres ante el televisor. Papá prendió además su radio y se colocó un auricular en su oído bueno, el izquierdo. Hicimos *zapping*. Telenovelas, un programa argentino, avisos Nada más que eso. Ningún *flash* informativo, ninguna cobertura en vivo del fuego y la destrucción.

Y eso fue todo. Con el tiempo la historia de las hordas invasoras pasó a engrosar la lista de anécdotas pintorescas y tristes de la crisis de 2002. ¿Quién lanzó el rumor y por qué? Las hipótesis abundan todavía hoy, pero no pasan de eso: paranoias, conspiraciones.

Sin embargo, por una o dos horas algo pareció a punto de pasar en Uruguay. Algo que desafiaba lo que nos hemos contado siempre acerca de cómo somos los uruguayos, gente tranquila, medida, civilizada, racional, confiada en las instituciones, en la democracia, en la república. Ese mundo del que nos hablaron nuestros abuelos, que hundía sus raíces en los años «de las vacas gordas», en la socialdemocracia batllista y su estado de bienestar, ese mundo que había sido herido de muerte por la dictadura cívico-militar de las décadas de 1970 y 1980 pero que, habíamos querido creer, logró sobrevivir y abrirse camino, al menos entre sueños y esperanzas, ese mundo estaba llegando a su fin, entre fuego y masas enfurecidas: habíamos (los uruguayos de clase media, los que creímos todos aquellos cuentos) vivido en un espejismo.

Es curioso que la literatura uruguaya registre tan pocas ucronías. De alguna manera, somos un país atravesado por el trauma: sea el de la pequeñez («país pequeño pero de gran corazón»), el de la carencia de recursos naturales (a mi abuelo, por ejemplo, le encantaba contar historias de buscadores uruguayos de petróleo, eternos perdedores) o lo diminuto del mercado local y la mínima escala de su economía. Nuestro prócer, José Gervasio Artigas, perdió sus campañas militares, se supo traicionado y se exilió en Paraguay para no regresar jamás; cuando se nos liberó (del Brasil), fueron argentinos quienes lo hicieron, y, a partir de

allí, si Uruguay se convirtió en estado independiente no fue por ideales nacionalistas (a lo sumo cabía pensarse como parte de lo que sería Argentina, o parte de lo que sería Brasil), sino por acción de la diplomacia inglesa, que vio la oportunidad de crear un «estado tapón» entre dos grandes. El relato de la identidad uruguaya habla de desilusión, de promesas nunca cumplidas, de resignación. Por eso es, como mínimo, curioso que la literatura no haya registrado sueños de otredad histórica: un Uruguay grande, un Uruguay rico, un Uruguay victorioso, épico, más terrible incluso, más colorido. ¿Qué hubiese pasado, entonces, si aquello de las hordas se volvía real? ¿Si efectivamente «bajaban» aquellas multitudes? Un centro hecho añicos, vidrios en las calles, heridos, represión, bombas de humo; la imagen de país civilizado y confiable, que el gobierno intentaba presentar al exterior, desaparecida en cuestión de horas: el mundo habría visto disturbios inéditos en un país tan civilizado, tan tranquilo, tan mediocre. ¿Y después? ¿Habría renunciado a la presidencia Jorge Batlle?, ¿quién lo habría sucedido? ¿Habría acontecido un quiebre de la institucionalidad?, ¿un golpe de estado?

Quizá la respuesta uruguaya a las ucronías sea una variante de aquella idea de Leibnitz sobre vivir en el mejor de los mundos posibles: algo así como «menos mal que no pasó».

A todos los efectos, entonces, el mundo del pequeño Uruguay no terminó allí. Salvo, por supuesto, en las últimas esperanzas de tantas personas. Salvo, por supuesto, en todos los que dejaron atrás el paisito, para ya no volver. Salvo, también, en los que optaron por el suicidio.

Y hay otro fin del mundo que también fue y no fue, que pasó y no pasó. No hace falta más que remontarse un par de años y unos meses hacia el pasado. En alguno de sus escritos para el CCRU (Cybernetic Culture Research Unit), el filósofo y crítico cultural Nick Land se preguntó, en clave hipersticional, en clave de teoría-ficción, qué *no pasó* con el cambio de milenio. Porque muchos daban por sentado que, en efecto, *pasaría algo* y, quizá, algo terrible. Quizá se trate de uno de los últimos mitos de nuestra modernidad tardía, inmediatamente anterior a la caída de las torres en Nueva York, el verdadero comienzo, dicen, del siglo XXI. En 1999 no eran pocos los que hablaban del virus Y2K, un «apocalipsis informático» que, se temía, ocasionaría todo tipo de problemas. La idea básica era la que sigue: había en operación *software* que registraba la cifra de los años con sus últimos dos dígitos, de manera que el año 2000 resultaba indistinguible del

1900. El resto era fácil de imaginar: saldos negativos en tarjetas de crédito, en las cuentas de servicios del estado, errores matemáticos en la gestión pública y privada, crisis del sistema financiero, crisis económica (y social) generalizada: antorchas, hordas y vidrios rotos.

¿Qué pasó entonces tras los últimos segundos de 1999? Poca cosa. Algunas transacciones de tarjetas de crédito hechas «a último momento» fueron rechazadas. En Pennsylvania, Estados Unidos, el soporte informático de una biblioteca quiso cobrar una multa por cien años de atraso. En Italia, una compañía telefónica imprimió facturas con el año 1900.

Poca cosa. El fin del mundo, en efecto, no sucedió.

Pero volvamos a Uruguay. Durante los últimos meses de 1999, los conspiranoicos de siempre no hablaban de otra cosa que del virus 2YK. Recuerdo a un amigo de mi novia de entonces referir apasionadamente al tema: habló de precauciones tomadas a nivel del gobierno, de estimaciones de daños, de la ineficacia de las medidas propuestas para «emparchar» el error. Su solución estaba clara: había que irse, dejar la ciudad, dejar el estado de derecho, el orden establecido y esconderse. La crisis, eventualmente, iba a pasar; un orden nuevo tenía que aflorar después: un mundo nuevo y mejor, menos tecnológico, más humano, ya no infectado por el capitalismo. ¿Por qué habíamos confiado en las computadoras, después de todo? Al final, el fin del mundo no iba a sobrevenir por una inteligencia artificial genocida, como la Skynet de la saga de *Terminator*, ni por una sublevación de las máquinas, de los robots esclavos, como en la recientemente (entonces) estrenada *The Matrix*, o en tantos otros relatos de ciencia ficción, no: al final iba a ser un simple error de cálculo, una falla aritmética. No con una explosión, sino con un suspiro.

O, decían los conspiranoicos, la explosión vendría después, tras la crisis y el fuego. Del que, repetían, saldríamos purificados.

Este amigo de mi novia, que creo recordar se llamaba Gustavo, concluyó su profecía con una visión digna de una película postapocalíptica. Él y su hijo adolescente vivirían (junto a otros tantos amigos) en un búnker, oculto en alguna parte del despobladísimo interior uruguayo. En Treinta y Tres, añadió, casi como diciendo también «pero no me crean, no les voy a decir exactamente dónde porque ha de ser un secreto».

Alguien debió señalarle que un búnker es algo que no se construye de la noche a la mañana, y que una verdadera prepa-

ración para semejante crisis debía llevar más tiempo del que se disponía. La respuesta fue que todo el asunto del Y2K «era algo sabido» desde hacía años, y que no se contaban pocos los que venían tomando precauciones. Él había tenido la suerte de conocerlos, y pronto se uniría a sus filas. Pasarían la nochevieja de 1999 brindando bajo tierra, mientras en las horas siguientes la civilización occidental se desmoronaba. En términos informáticos (no recuerdo si él lo dijo así, más bien supongo que no, ya que ahora lo imagino luddita acérrimo, alérgico a toda imagen o metáfora de corte tecno), la historia humana sería *reseteada*. Y ellos recorrerían las ruinas humeantes.

–Tenemos latas de conserva para dos años, tanques y purificadores de agua, y todos estamos tomando cursillos de horticultura –dijo, muy serio.

Nunca más supe de este Gustavo. Dejé de salir con su amiga y ya no volvimos a cruzarnos. A veces pensaba que esa ausencia, rara en una ciudad relativamente pequeña como Montevideo, era sospechosa. Quizá Antonio sí había procurado un búnker, así fuese un sótano en alguna ciudad o pueblo perdidos del interior, lleno de latas de carne y atún, más cuatro bidones de agua. Quizá sí llegó a esconderse tras el 2YK y, después, prefirió no volver. Como uno de esos soldados japoneses de tantas historias, seguía en su reclusión, seguro de que, afuera, el mundo había llegado a su fin.

No fue el único que sintió la cercanía del fin. En lo personal, he querido contar esta historia muchas veces, con más sustancia que la que habrá aquí, porque hay algo en ella que lo merece, algo que toca no sólo ese final de los noventa, sino, me parece, esa cosa que nos contamos que somos los uruguayos, ese espíritu amargo, opaco, resignado.

Si las visiones de Antonio tenían su costado «realista», por decirlo de alguna manera (en efecto, el Y2K era un problema «real», por más que sus consecuencias hubiesen sido tremendamente exageradas), las de Daviko, el autoproclamado «judío del libro» de la calle Tristán Narvaja (la de las librerías de viejo en Montevideo), minúsculo de estatura, siempre de gorra y parpadeando detrás de sus gafas de vidrios verdosos y gruesos, se hundió en terrenos afines a lo oculto y lo hermético.

Esto pasó en agosto o septiembre de 1999. Yo estaba en algún salón de la facultad de humanidades, en clase de Filosofía Moderna o Introducción a la Lingüística. Se trataba de sesiones largas, de tres horas, con una pausa de quince o veinte minutos

en el medio, y recuerdo haber salido de la primera mitad determinado a comprarme algo para comer. Serían las cuatro de la tarde, no mucho más. Mi amigo Antonio (que dos años más tarde viajaría a Estados Unidos para radicarse allí y convertirse en mujer trans, pero esa es otra historia) irrumpió en el *hall* de la facultad, agitado como si hubiese corrido cuatro cuadras sin parar. ¡No sabés!, dijo, ¡el viejo Daviko hizo una pila de libros y los está regalando!

Salimos disparados hacia Tristán Narvaja, no sé si movidos por las ansias de hacernos con libros gratis o más bien por entender qué estaba pasando allí y participar de un hecho tan extraño, tan anómalo. Resultó ser cierto: en una esquina había una pila de más de un metro de altura de libros viejos, rodeada de tres o cuatro curiosos que hurgaban entre los tomos sin portadas o con hojas arrancadas: páginas amarillentas que habían pasado los últimos años a la sombra, en las catacumbas de aquella librería en la que, se decía, podía encontrarse cualquier cosa.

Y estaba también Daviko, con una carretilla. Literalmente: una carretilla llena de libros que eran descargados en la pila. El librero entraba a su local y salía, pocos minutos después, con más alimento para aquel cerrito amarronado de papel y cartón. Y gritaba. Gritaba que el mundo se iba a acabar, que vivíamos los últimos días, que el universo entero se desvanecería en un suspiro. No hablaba del Y2K; su visión era mística, por decirlo así, inmiscuida en lo divino, en lo fatal. Tampoco era una cuestión astrofísica: una de esas catástrofes del falso vacío o de cambios en la constante de Higgs, ni mucho menos resultados de la operación de algún acelerador de partículas (como no falta quien advierta en relación al CERN). Era, simplemente, que el tiempo se acababa y todo desaparecería. ¿Para qué conservar aquellos libros?

–Ustedes que se los llevan –dijo– piensan que estoy loco y se ríen de mí; pero se los llevan para nada, porque ni ustedes, ni yo, ni los libros vamos a existir después de fin de año. Y voy a ser yo el que me ría, todos estos meses que nos quedan.

Por momentos dejaba de gritar, se paraba en medio de la vereda, increpaba a alguien que pasaba o tomaba libros de la pila y los arrojaba contra los autos. Antonio me dijo después que Daviko lo había mirado, y que en esa mirada él sintió por primera vez la presencia de la locura: sintió, es decir, que la locura era algo, algo definido, algo cierto, y que estaba allí, en los ojos del librero.

Por mi parte, encontré un libro de Charles Dickens, en inglés y sin tapas, más una novela de Alasdair Gray y un ejemplar de *El sueño de Tesla*, de Emilio Scarone, una de las pocas novelas de ciencia ficción publicadas en Uruguay, a comienzos de los noventa.

No se supo más de Daviko. Al día siguiente, la librería estaba clausurada y la pila de libros había desaparecido. Me contaron después que el librero fue internado en un hospital psiquiátrico, donde pasó varios años, hasta que salió recuperado y volvió al negocio. Abrió una librería no muy lejos de Tristán Narvaja, y se las arregló para subsistir.

Recientemente, he desarrollado la afición de coleccionar libros y revistas de ciencia ficción, ediciones españolas de las décadas de 1970 y 1980, en editoriales como Martínez Roca, Acervo o Ultramar, más los ya míticos tomos de Ediciones Minotauro, publicados en Argentina, primero, y en España ya en los noventa. Buscando en la red di (y doy todavía) con libros manoseados, amarillentos como los libros de la pila de Daviko, dañados, pero de otro modo inconseguibles.

Un día encontré un ejemplar del número uno de *Vermilion Sands*, la primera revista uruguaya de ciencia ficción, publicada en 1989. El precio era razonable y lo compré. De inmediato, me llegó al celular un mensaje de texto: gracias por su compra, el cadete le llevará el libro mañana por la mañana. Y así fue: a las diez y media sonó el timbre. Bajé, abrí la puerta, y un hombre enfundado en gorra, bufanda y campera de cuero me tendió un sobre manila asegurado por bandas elásticas, doblado para adecuarse a las proporciones de la revista que contenía. Le pagué. El hombre tomó los billetes, los contó y se los guardó en el bolsillo interno de la campera. En ese momento recorrió su bufanda y pude verle la cara, más o menos completa. Me sonrió detrás de sus cristales verdes, de elevadas dioptrías. Lo reconocí al instante: Daviko.

Con el libro venía un papelito. Era el mismo logo de aquella librería, con su apodo, «el judío del libro», pero sin el nombre por el que lo habíamos conocido siempre, y que cabe imaginar, un seudónimo. Un búho y una pipa, pero no «Daviko», como si esa máscara perteneciese a otra vida, a otro mundo, enterrada en el fondo de cierto hospital psiquiátrico. Libros antiguos y modernos, añadía, compramos bibliotecas completas. Revistas. Historietas.

Las hordas no bajaron, Gustavo no se guardó en el búnker (o no salió de él), pero aquel Daviko desaparecido había vuelto: un fantasma de carne y hueso al que observé subirse a su motocicleta y salir disparado hacia quién sabe dónde. Lo supe un mensaje desde el lado de acá del fin del mundo, un signo de sobrevivencia, como la presencia no-muerta de un zombi o un vampiro. Guardé el papelito y todavía lo conservo. Tengo para mí que habla de Uruguay.

(Uruguay)



Venezuela 2019

Por José Balza

*En el sueño el hombre quema
leños de tilo dulce se tizna
los dedos y escribe sobre la piedra*

*yo soy el hombre que escribe y sueña
mi lengua tiene el color del humo
y gira con el mundo [...]*

ERNESTO SUÁREZ, *El relato del cartógrafo*, 1997

1

Un joven negro percibe la mirada hipnótica de otro hombre de piel oscura. Advertir eso lo estremece y parece despertarle ansiedades recónditas. Ocurre en la salvaje zona de Barlovento, a mediados del siglo XIX. Y en las páginas de dosificada afectividad con que Rómulo Gallegos conduce su novela *Pobre negro*.

La guerra federal los colocará en bandos políticos y éticos opuestos, y sabremos que son hijos de un mismo padre. Estos destinos bien pueden ser un signo del fratricidio entre nosotros y de nuestra incesante división suicida.

Andrés Bello, con el logro reticular de su gramática, evidenció el extremo opuesto: la flexible unión del continente y mucho más. Uno de sus discípulos actuales, Francisco Javier Pérez, también es exponente de tal obsesión y concreción por la vital unicidad. En otro lugar hemos indicado cómo realiza la reescritura del país: en sus libros surge Julio Calcaño, suprema (y equívoca) autoridad de la palabra en su época; despierta al fascinante Félix E. Bigotte, desmesurado creador de un diccionario para (casi) todas las lenguas, orientalista e indólogo; a la vez que el autor revisa a Julio César Salas, también políglota; y actualiza a Amenodoro Urdaneta.

Con ese mismo espíritu, Francisco Javier Pérez acaba de prologar y editar los más importantes textos críticos de María Rosa Alonso (*Residente en Venezuela*), venida desde Canarias a Venezuela en 1950 y cuya labor docente y literaria no sólo refresca nuestras letras, sino que ausculta con agudeza obras y autores valiosos de todos los tiempos. Logra así el autor destacar el noble vínculo entre crítica y realidad a la vez que ampliar la unidad de la escritura aquí realizada con los elementos que la relacionan a España.

Concibo estas notas mientras Venezuela parece reescribir su propio destino al haber iniciado un fulgurante proceso de cambio. 2019 estalla desde su primera semana con formulaciones para un futuro que había estado acumulándose, en los últimos años, con lentos o vertiginosos momentos de euforia, muerte, pe-

queños triunfos y derrotas, hoy ya marcados, al parecer, por la luminosa (aunque feble) reconstrucción.

No ha querido la exégesis, entre nosotros, asomarse a los notables indicios literarios de las obras que tienen como centro y atractiva intriga la oposición, la lucha, la división de un mismo pueblo, de unos contra otros. Fondo, claro, que es universal y salta en el ser humano desde sus orígenes.

Hay allí un sentimiento de infinitos matices y causas, cuyo testimonio persistente (y hasta su justificación) podemos designar, a falta de un término más preciso, como historia –historia: «cadáver de un murciélago, sabandija negra, sucia y mal agorera», según Ramos Sucre–.

De manera sintética, queremos observar aquí algunos destellos del fratricidio y de sus ecos, según consta en escrituras que recorren el acontecer venezolano.

Hacia 1930, Tulio Febres Cordero registró un canto, de remoto origen, entonado, al parecer, por timotes y cuicas de los Andes, que concluye así: «Pelead guerreros; / pelead valientes. / Mostraos fuertes / como los árboles, / como las rocas, / como la nieve de la montaña».

Aunque no podemos datar esta exaltación, hay en ella una confrontación contra *los otros* (que obviamente pueden ser españoles, pero también indígenas). Tenemos tiempos casi precisos para las escenas de crueldad entre éstos, según registran Juan de Castellanos y Walter Raleigh. (Estoy evitando citar a cronistas de aquellas y otras épocas; tanto por sus fantasías como por su interés religioso, económico y político al escribir).

Leída hoy, es notable la estrategia (¿inconsciente?) de José de Oviedo y Baños, cuando inicia, hacia 1705, la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1725), porque su elegantísimo estilo parece ocultar dos elementos: las agresiones y luchas de los indígenas unos contra otros y, también, aunque Oviedo se considera parte de los «nuestros» (los blancos), una sutil admiración por los líderes indígenas. Es asimismo memorable su narración del breve reino del negro Miguel (1553), donde la lucha se realiza entre negros, blancos e indios.

Doy un salto de siglos para hallar en ciertos cuentos y, sobre todo, en *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927) de José Rafael Pocaterra («La patria andrajosa, enferma, negada, poseída, abandonada en el fondo de una barraca –la tuya, amigo; la nuestra, enemigo, la de todos nosotros– mientras al borde del canjilón holgaba y yantaba una larga insensatez) dolorosas escenas de cárceles, torturas, persecuciones, que en *Puros hombres* (1938) de Antonio Arráiz encarnan personajes atrapados. En la

poesía de Ramos Sucre, la práctica del mal asciende a condición de oxímoron: cruda y metafísica. Todo tras un barniz de sociedades y tradiciones remotas, sofisticadamente cultas.

Bajo la dictadura del momento, Ramos Sucre escribió en su texto *El mandarín*:

En alguna región sobrevienen desórdenes, intentos de resistencia, porque la miseria había soliviantado a los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilenciales. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorrabán escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Restableció la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Los soldados cortaron después las manos de las mujeres.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de los rivales salieron a mendigar por los caminos. Vemos en Guillermo Meneses las familias interrumpidas por el poder político. Yo mismo hago un esbozo de la actualidad en mis narraciones «Dilución», «Uno», *Trampas* y *Un hombre de aceite*. Así como traté el despojo de las minas y la naturaleza en *Después Caracas*.

Así que gran parte de la poesía, el ensayo y la ficción en Venezuela, antes y hoy, desnuda la perversión del poder y su crueldad. Extremo actual de todo eso, que desemboca, para citar un leve asomo, en obras como «Del corazón todavía» de Silda Cordoliani («Me empeñaba en entender por qué algunos de los grandes amigos de otras épocas, aquellos con quienes compartí el sueño de “un mundo mejor”, ocupaban ahora importantes cargos en la administración pública y apoyaban de viva voz o con asertivo silencio lo que parecían atroces desatinos políticos. ¿Es que mi sueño no fue el mismo de ellos?»), *The night* de Rodrigo Blanco, *Los maletines* de Méndez Guédez, *La herencia de la tribu* de Ana Teresa Torres y el perturbador ensayo *Venezuela: Biografía de un suicidio*, de Juan Carlos Chirinos, donde define con claridad lo que ocurre en estos momentos: «La gente empieza a darse cuenta de que, en el fondo, el malévol plan estuvo frente a sus narices todo el tiempo y ni siquiera era un plan malévol, sino algo más simple, más pedestre: el totalitarismo no era un héroe, ni un ser sobrenatural, ni un elegido. Era un simple malandro».

Violación al otro, podemos decir, que no toca límites, como en el artículo de Adriana Bertorelli acerca del saqueo actual a las tumbas en el cementerio de Caracas («Sobre mi cadáver», *Prodavinci*).

De noche me despierto, adolorido y furioso, como si viviera el momento en que los buscadores de perlas, en el mar de Cubagua, hace quinientos años, son obligados y torturados a bajar a su fondo para traer bolsitas de perlas, hasta que el agua se tiñe con la sangre de sus pulmones, tal como los retrata Juan de Castellanos en sus versos.

Imagen que es idéntica a lo que ocurre hoy en las catacumbas del SEBIN, en pleno corazón de Caracas, casi a la vista de todos, donde los prisioneros políticos pierden ojos, piel y sangre bajo varios sótanos, en la oscuridad de meses y años. O son arrojados vivos desde pisos altos.

Y, sin embargo, aquí estoy hablando de literatura venezolana. Como en la letra de los cantos negros de mi país, que vienen desde hace siglos y en los que el dolor y la esclavitud no pudieron exterminar la gracia, la sonrisa, el ritmo y hasta la picardía. Nuestros negros, que entonaron y aún cantan cosas como estas:

*No tengo hermana,
No tengo prima:
Tengo una llaga,
María, que me lastima.
[...]
Amor, amor, amor
Que en el amor me duermo.
Está la guerra prendía
Que en el amor me duermo.*

Por supuesto, la injusticia y la destrucción ética y casi biológica de la población han creado hoy esa literatura que la diáspora, la huida de los habitantes, lleva consigo como sello de la fuga y el dolor; también para la salvación del talento.

Dentro de los matices antes sugeridos del fratricidio, anoto uno más, expuesto, en septiembre de 2018, por Antonio López Ortega, quien escribía en «Islas de ida y vuelta»: *Hoy en día Venezuela se ha convertido en una isla que extraña su territorio y expulsa a sus habitantes. La idea es vaciarla para que su camarilla de delincuentes la reseque y la deje como aquel huracán de 1543 dejó a Cubagua: sin ciudades, sin paisajes, sin habitantes. Un territorio yerto, fantasmal, desconocido. Hemos llegado al punto de querer borrar también la memoria, y allí es donde nuestros novelistas encienden sus alarmas, pues ir contra el borrón y generar nuevas narraciones es nuestro único credo. La desestructuración llega a tal grado que cada venezolano es en sí mismo una isla: solo, ignorado, a la buena de Dios.*

Quizá sea un principio básico de lo humano la acción de separar, separarse de lo que es único. Y la política, hasta en aquello que pasa desapercibido, la grieta ideal para iniciar o lograr la separación. Dividir lo unitivo, en arte y en otras facetas del conocimiento, estimula la creatividad. En política puede producir debilidades, impotencia, sometimiento. Para oponerse a algo, en política, hay que preguntarse continuamente ¿por qué? Tolerancia. Democracia. Libertad. Autoritarismo, Dictadura. Tiranía. ¿Sabes a cada minuto dentro de cuáles de estas palabras vives? Tales palabras son sonidos y nada contienen a menos que tú, con tu pensamiento y tus actos, las actives. Para lo social, necesitamos líderes que nos representen, pero que no sustituyan lo que somos. El líder debe realizar el bien de la colectividad. Y obedecer a los estrictos límites de su poder. Si un gobernante miente una vez no puede seguir gobernando. Los militares (cualquiera que sea su justificación y si aceptamos su existencia) deben ser convertidos en trabajadores humanistas. La ignominia política puede causar tan grande descontento que parecería, por momentos, habernos hecho perder la capacidad de pensar. Ante esa incertidumbre personal, hay que volver con rapidez a las ideas y buscar aquellas que se asienten sobre el derecho y la libertad. Extraer de la cotidianidad o de las leyes sanas un punto para orientarnos: tarea exigente y urgente que debemos realizar ante la adversidad política. Nunca olvidar que somos individuos y que los otros forman parte de nuestra personalidad. Nos debemos al equilibrio de lo impersonal para favorecer nuestra estabilidad y el bien colectivo. Inteligencia, profesionalismo, honestidad y creatividad son rasgos imprescindibles en un directivo político y social. El gobernante tiene prohibido rodearse de empleados que sean sus familiares. La democracia debe ser atendida siempre como a un hijo. La democracia es flexible, pero su estructura requiere de bases extremadamente sólidas y nítidas. Las leyes deben ser tan claras y elementales que no necesiten de «interpretaciones». Si un gobernante intenta modificar las leyes de la nación, sin la aprobación nítida de la mayoría, se convierte en sospechoso y culpable. Debe ser destituido y castigado. Los partidos políticos son los pulmones de la democracia. Pero sobre ellos se imponen los intereses (justicia, equilibrio, bienestar, progreso) de la nación. Desde el momento en que es elegido, y durante su gestión, todo gobernante o funcionario público debe someter los postulados de su partido a las leyes que rigen su cargo, su gremio, en beneficio de la nación. Un partido político no puede representar a la nación entera. Sabiéndolo, o no, nosotros, algún detalle de nuestra conduc-

ta interviene en la vida de otra persona. Así ocurre con la familia, los amigos, la gente amada. Los desconocidos –en el presente, en el futuro– también pueden recibir ese influjo. Sobre todo, a través de nuestras obras. Un buen político está obligado a cumplir con todo ello. El político indeseado busca dominar, hacernos creer en él. En nuestros tiempos, la palabra democracia (como principio y método de vida social) debe convertirse en el centro del lenguaje, de toda comunicación y acción. Tarea inmediata e incesante: enseñar democracia. Democracia es estar siempre (aun en los sueños) ante otras personas. Para equilibrar, aceptar, resolver lo relativo a las diferencias. Los gestos, las palabras, el silencio, el ruido que ocasionamos, esconden las disidencias y convergencias sociales: son el subsuelo de la democracia. La democracia es nuestro suelo y también el cielo elaborado por todos. Sísifo es el vigilante de la democracia. Sísifo culmina, perfecciona su tarea. Entonces la rehace, idéntica y distinta, en un tiempo diferente. Así vive la democracia.

(Y los pilares que la sostienen, en estos años, se llaman conocimiento –científico, filosófico, estético–; bienestar –íntimo, social, económico–; salud; comunicación interpersonal, impresa, electrónica; servicios públicos correctos y funcionales; cuidado de la naturaleza...).

3

Venezuela: 2019, no en el siglo XIX, que fue la consagración del horror fratricida, sino en los años de aprendizaje hacia la democracia, que caracteriza las cuatro últimas décadas del siglo XX, allí es donde están de manera carnal las claves para establecer el cuerpo definitivo de la unión entre nosotros. Y eso es lo que estos meses del presente año han traído con entusiasmo, coraje, decisión y sinceridad. Poder del bien, transparencia política: unión de quienes luchan, debilitamiento y transformación o condena de quienes destruyen: es la ruta apropiada. Afirmación de una ética sana, ajena a religiones e ideologías, a negocio de drogas y guerrillas; practicada como ley bajo principios humanistas.

No en vano, nuestra literatura ha insistido en el hecho de la división, de la disgregación. Reconocer el mal es parte del método para diagnosticar sus componentes. La diversidad democrática, una vía para la búsqueda del equilibrio. Dividir lo unitivo, en arte y en otras facetas del conocimiento, estimula la creatividad, acabamos de decir. El arte, como lo ha hecho nuestra literatura, al enriquecerse en su dinámica interna y formal, fue y continúa siendo audaz paralelismo de la sociedad. Debe ser autónomo e independiente ante lo que refleja y, sin embargo, es imprescindible que

pueda recrearlo, porque nunca cesa de interpretar, adelantando con sus crudezas, sombras y heridas el cruce del dolor dentro del individuo, para extraer a éste de la colectividad ciega, iluminarlo y horadar con él la injusticia, la oscuridad, el desajuste ético.

La literatura, en general, no se constituye como el presente de los sucesos: los presiente o los rememora y entonces el presente revive/pervive allí. En ese aparente alejamiento de los hechos residen su fuerza y su certeza (los *otros* forman parte de nuestra sensibilidad). Porque tampoco da cuerpo a una corrección moral, aunque esto pueda surgir, la literatura encarna su propia diferencia: expresiva, temática, y esto la hace ubicua. Así puede traspasar lo unitario y lo múltiple: Sísifo trabaja dentro de *todos*, como la libertad.

Necesitaría un vocabulario nuevo para calificar la ignominia, la acentuada esclavitud que se ejerce hoy en Venezuela. Pienso y busco esas palabras, y termino por utilizar las mismas que todos empleamos a cada momento. ¿Quién podría creer lo que está ocurriendo en este país? Al parecer solo quienes viven o vivieron en sistemas comunistas, en naciones ya saqueadas por sus gobernantes, por el mercado del narcotráfico y por militares infinitamente corruptos. Porque ni los altos organismos mundiales, creados para atender y resolver problemas como los de Venezuela, parecen entender, desde sus cómodas tertulias, nuestra ignominiosa realidad.

Esto nos hace, en la literatura y en lo cotidiano, desde hace meses, vivir en un estado de alerta alucinante. Actuamos en las marchas multitudinarias, captamos con la creación lo que nos ocurre, tratamos de hacer conscientes a todos del saqueo ocurrido en el país, de cómo pocas personas ejercen un poder imperial con millones de dólares a su disposición, aquí y en el planeta, mientras aún el más distinguido profesor, científico o intelectual sólo gana, acaso, diez dólares al mes; y la población emigra o muere de hambre y de enfermedades porque fueron destruidos los rudimentos de la civilización: seguridad, agua, transporte, información, cultura.

Para colmo, el negocio de nuestros tesoros mineros, el del petróleo y el narcotráfico (todo manejado desde el poder dictatorial) nos han convertido en centro de discusiones y tensiones absurdas entre potencias mundiales, con reducida visión de la democracia y del bien colectivo.

Al parecer, con la acción nueva de estos meses, ese estado de mórbida realidad alucinante está a punto de concluir.

(Venezuela)

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Don _____
Con residencia en _____ c/ _____
_____ nº _____
Ciudad _____ CP _____
DNI _____ Pasaporte _____ Email _____

Se suscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____
A partir del número _____
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario o transferencia a nombre de:
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España

Anual (12m): 52€

Ejemplar mes: 5€

Europa

Anual (12m): 109€

Ejemplar mes: 10€

Resto del mundo

Anual (12m): 120€

Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.

T. 915827945. E-mail: suscripcion.cuadernohispanoamericanos@aecid.es

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en ficheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN



9 771131 643008



0 0 7 6 2